

**Alonso de Ercilla**

# **La Araucana. Tercera parte**

**Colección Averroes**

**Colección Averroes**  
**Consejería de Educación y Ciencia**  
**Junta de Andalucía**

## ÍNDICE

Tercera parte de La Araucana de don Alonso de Ercilla y Çúñiga.....	5
Canto XXX.....	5
Canto XXXI.....	66
Canto XXXII.....	82
Canto XXXIII.....	111
Canto XXXIII.....	138
Canto XXXV.....	159
Canto XXXVI.....	175
Canto XXXVII.....	190
Tabla de las cosas más notables desta Tercera parte de La Araucana.....	214



**Tercera parte de La Araucana de don Alonso de  
Ercilla y Cúñiga**

**Canto XXX**

Contiene este canto el fin que tuvo el combate de tuapel y rengo.  
Asimismo lo que Pran, araucano, pasó con el indio Andresillo,  
yanacona de los españoles

Cualquiera desafío es reprobado  
por ley divina y natural derecho,  
cuando no va el designio enderezado  
al bien común y universal provecho,  
y no por causa propia y fin privado  
mas por autoridad pública hecho,  
que es la que en los combates y estacadas  
justifica las armas condenadas.

Muchos querrán decir que el desafío  
es de derecho y de costumbre usada  
pues con el ser del hombre y albedrío  
justamente la ira fue criada;  
pero sujeta al freno y señorío  
de la razón, a quien encomendada

quedó, para que así la corrigiese  
que los términos justos no excediese.

Y el Profeta nos da por documento  
que en ocasión y a tiempo nos airemos,  
pero con tal templanza y regimiento  
que de la raya y punto no pasemos,  
pues dejados llevar del movimiento,  
el ser y la razón de hombres perdemos  
y es visto que difiere en muy poco  
el hombre airado y el furioso loco.

Y aunque se diga, y es verdad, que sea  
ímpetu natural el que nos lleva,  
y por la alteración de ira se vea  
que a combatir la voluntad se mueva,  
la ejecución, el acto, la pelea  
es lo que se condena y se reprueba  
cuando aquella pasión que nos induce,  
al yugo de razón no se reduce.

Por donde claramente, si se mira,  
parece como parte conveniente,  
ser en el hombre natural la ira  
en cuanto a la razón fuere obediente;  
y en la causa común puesta la mira,  
puede contra el campión el combatiente  
usar della en el tiempo necesario,  
como contra legítimo adversario.

Mas si es el combatir por gallardía,  
o por jatancia vana o alabanza,  
o por mostrar la fuerza y valentía,  
o por rencor, por odio, o por venganza;  
si es por declaración de la porfía  
remitiendo a las armas la probanza,  
es el combate injusto, es prohibido,  
aunque esté en la costumbre recibido.

Tenemos hoy la prueba aquí en la mano  
de Rengo y Tucapel, que peleando  
por sólo presunción y orgullo vano  
como fieras se están despedazando;  
y con protervia y ánimo inhumano  
de llegarse a la muerte trabajando,  
estaban ya los dos tan cerca della  
cuanto lejos de justa su querella.

Digo que los combates, aunque usados,  
por corrupción del tiempo introducidos,  
son de todas las leyes condenados  
y en razón militar no permitidos,  
salvo en algunos casos reservados  
que serán a su tiempo referidos,  
materia a los soldados importante  
según que lo veremos adelante.

Déjolo aquí indeciso, porque viendo  
el brazo en alto a Tucapel alzado,

me culpo, me castigo y reprehendo  
de haberle tanto tiempo así dejado;  
pero a la historia y narración volviendo,  
me oísteis ya gritar a Rengo airado,  
que bajaba sobre él la fiera espada  
por el gallardo brazo gobernada:

el cual viéndose junto, y que no pudo  
huir del grave golpe la caída,  
alzó con ambas manos el escudo,  
la persona debajo recogida;  
no se detuvo en él el filo agudo,  
ni bastó la celada aunque fornida,  
que todo lo cortó, y llegó a la frente  
abriendo una abundante y roja fuente.

Quedó por grande rato adormecido  
y en pie difícilmente se detuvo,  
que, del recio dolor desvanecido,  
fuera de acuerdo vacilando anduvo;  
pero volviendo a tiempo en su sentido,  
visto el último término en que estuvo,  
de manera cerró con Tucapelo  
que estuvo en punto de batirle al suelo.

Hallóle tan vecino y descompuesto  
que por poco le hubiera trabucado,  
que de la gran pujanza que había puesto,  
anduvo de los pies desbaratado;

pero volviendo a recobrase presto,  
viéndose del contrario así aferrado,  
le echó los fuertes y ñudosos brazos  
pensando deshacerle en mil pedazos,

y con aquella fuerza sin medida,  
le suspende, sacude y le rodea;  
mas Rengo, la persona recogida,  
la suya a tiempo y la destreza emplea.  
No la falta de sangre allí vertida  
ni el largo y gran tesón en la pelea  
les menguaba la fuerza y ardimiento,  
antes iba el furor en crecimiento.

En esto Rengo a tiempo el pie trocado  
del firme Tucapel ciñó el derecho,  
y entre los duros brazos apretado  
cargó sobre él con fuerza el duro pecho.  
Fue tanto el forcejar, que ambos de lado,  
sin poderlo escusar, a su despecho,  
dieron a un tiempo en tierra de manera  
como si un muro o torreón cayera.

Pero con rabia nueva y mayor fuego  
comienzan por el campo a revolcarse  
y con puños de tierra a un tiempo luego  
procuran y trabajan por cegarse,  
tanto que al fin el uno y otro ciego,  
no pudiendo del hierro aprovecharse,

con las agudas uñas y los dientes  
se muerden y apedazan impacientes.

Así, fieros, sangrientos y furiosos,  
cuál ya debajo, cuál ya encima andaban,  
y los rancos acezos presurosos  
del apretado pecho resonaban;  
mas no por esto un punto vagorosos  
en la rabia y el ímpetu aflojaban,  
mostrando en el tesón y larga prueba  
criar aliento nuevo y fuerza nueva.

Eran pasadas ya tres horas, cuando  
los dos campeones, de valor iguales,  
en la creciente furia declinando  
dieron muestra y señal de ser mortales,  
que las últimas fuerzas apurando  
sin poderse vencer, quedaron tales  
que ya en parte ninguna se movían  
y más muertos que vivos parecían.

Estaban par a par desacordados,  
faltos de sangre, de vigor y aliento,  
los pechos garleando levantados,  
lentos de polvo y de sudor sangriento;  
los brazos y los pies enclavijados,  
sin muestra ni señal de sentimiento,  
aunque de Tucapel pudo notarse  
haber más porfiado a levantarse.

La pierna diestra y diestro brazo echado  
sobre el contrario a la sazón tenía,  
lo cual de sus amigos fue juzgado  
ser notoria ventaja y mejoría  
y aunque esto es hoy de muchos disputado,  
ninguno de los dos se rebullía,  
mostrando ambos de vivos solamente  
el ronco aliento y corazón latiente.

El gran Caupolicano, que asistiendo  
como juez de la batalla estaba,  
el grave caso y pérdida sintiendo,  
aprieta en la estacada plaza entraba;  
el cual, sin detenerse un punto, viendo  
que alguna sangre y vida les quedaba,  
los hizo levantar en dos tablones  
a doce los más ínclitos varones.

Y siguiendo detrás con todo el resto  
de la nobleza y gente más preciada,  
fue con honra solene y pompa puesto  
cada cual en su tienda señalada,  
donde acudiendo a los remedios presto,  
y la sangre con tiempo restañada,  
la cura fue de suerte que la vida  
les fue en breve sazón restituida.

Pasado el punto y término temido,  
iban los dos a un tiempo mejorando,

aunque del caso Tucapel sentido,  
no dejaba curarse braveando;  
pero el prudente General sufrido,  
con blandura la cólera templando,  
así de poco en poco le redujo  
que a la razón doméstica le trujo.

Quedó entre ellos la paz establecida,  
y con solennidad capitulado,  
que en todo lo restante de la vida  
no se tratase más de lo pasado,  
ni por cosa de nuevo sucedida  
en público lugar ni reservado  
pudiesen combatir ni armar quistiones  
ni atravesarse en dichos ni en razones;

mas siempre como amigos generosos  
en todas ocasiones se tratasen  
y en los casos y trances peligrosos  
se acudiesen a tiempo y ayudasen.  
Convenidos así los dos famosos,  
porque más los conciertos se afirmasen  
comieron y bebieron juntamente  
con grande aplauso y fiesta de la gente.

Dejarélos aquí desta manera  
en su conformidad y ayuntamiento,  
que me importa volver a la ribera  
del río que muda nombre en cada asiento,

pues ha mucho que falto y ando fuera  
de nuestro molestado alojamiento,  
para decir el punto en que se halla  
después del trance y última batalla.

Luego que la vitoria conseguimos  
con más pérdida y daño que ganancia,  
al fuerte a más andar nos recogimos,  
que estaba del lugar larga distancia  
y aunque poco después, Señor, tuvimos  
otros muchos rencuentros de importancia  
no sin costa de sangre y gran trabajo  
iré, por no cansaros, al atajo.

Y pasando en silencio otra batalla  
sangrienta de ambas partes y reñida,  
que aunque por no ser largo aquí se calla,  
será de otro escritor encarecida.  
Vista de munición y vitualla  
la plaza por dos meses bastecida,  
pareció por entonces provechoso  
dejar por capitán allí a Reinoso

que las demás ciudades, trabajadas  
de las pasadas guerras, nos llamaban,  
y las leyes sin fuerza arrinconadas,  
aunque mudas, de lejos voceaban;  
las cosas de su asiento desquiciadas,  
todos sin gobernarse gobernaban,

estando de perderse el reino a canto  
por falta de gobierno, habiendo tanto.

Mas viendo la comarca tan poblada,  
fértil de todas cosas y abundante,  
para fundar un pueblo aparejada  
y el sitio a la sazón muy importante,  
quedó primero la ciudad trazada,  
de la cual hablaremos adelante,  
que aunque de buen principio y fundamento  
mudó después el nombre y el asiento.

Dejando, pues, en guarda de la tierra  
los más diestros y pláticos soldados,  
en orden de batalla y són de guerra  
rompimos por los términos vedados;  
y atravesando de Purén la sierra,  
de la hambre y las armas fatigados,  
a la Imperial llegamos salvamente  
donde hospedada fue toda la gente.

Puso el Gobernador luego en llegando  
en libertad las leyes oprimidas,  
la justicia y costumbres reformando  
por los turbados tiempos corrompidas,  
y el exceso y desórdenes quitando  
de la nueva codicia introducidas,  
en todo lo demás por buen camino  
dio la traza y asiento que convino.

No habíamos aún los cuerpos satisfecho  
del sueño y hambre mísera transida,  
cuando tuvimos nueva que de hecho  
toda la tierra en torno removida,  
rota la tregua y el contrato hecho,  
viendo así nuestra fuerza dividida  
ayuntaban la suya con motivo  
de no dejar presidio ni hombre vivo.

Luego, pues, hasta treinta apercebidos  
de los que más en orden nos hallamos,  
por la espesura de Tirú metidos,  
la barrancosa tierra atravesamos  
y los tomados pasos desmentidos,  
no con pocos rebatos arribamos  
sin parar ni dormir noche ni día,  
al presidio español y compañía,

donde ya nuestra gente había tenido  
nueva del trato y tierra rebelada,  
que por extraño caso acontecido,  
de la junta y designio fue avisada  
y habiendo alegremente agradecido  
el socorro y ayuda no pensada,  
nos dio del caso relación entera,  
el cual pasa, Señor, desta manera:

el araucano ejército, entendiendo  
que su próspera suerte declinaba

y que Caupolicán iba perdiendo  
la gran figura en que primero estaba,  
en secretos concilios discurriendo,  
del capitán ya odioso murmuraba  
diciendo que la guerra iba a lo largo  
por conservar la dignidad del cargo;

no con tan suelta voz y atrevimiento  
que el más libre y osado no temiese,  
y del menor edicto y mandamiento  
cuanto una sola mínima excediese:  
que era tanto el castigo y escarmiento  
que no se vio jamás quien se atreviese  
a reprobear el orden por él dado  
según era temido y respetado.

Pero temiendo al fin como prudente  
el revolver del hado incontrastable  
y la poca obediencia de su gente,  
viéndole ya en estado miserable,  
que la buena fortuna fácilmente  
lleva siempre tras sí la fe mudable  
y un mal suceso y otro cada día  
la más ardiente devoción resfría,

quiso, dando otro tiento a la fortuna,  
que del todo con él se declarase,  
y no dejar remedio y cosa alguna  
que para su descargo no intentase.

Entre muchas, al fin, resuelto en una,  
antes que su intención comunicase,  
con la presteza y orden que convino  
de municiones y armas se previno.

No dando, pues, lugar con la tardanza  
a que el miedo el peligro examinase  
y algún suceso y súbita mudanza  
los ánimos del todo resfriase,  
con animosa muestra y confianza  
mandó que de la gente se aprestase  
al tiempo y hora del silencio mudo,  
el más copioso número que pudo.

Hizo una larga plática al Senado,  
en la cual resolvió que convenía  
dar el asalto al fuerte por el lado  
de la posta de Ongolmo al mediodía,  
que de cierto espión era avisado  
cómo la gente que en defensa había,  
demás de estar segura y descuidada,  
era poca, bisoña y desarmada;

que el capitán ausente había llevado  
la plática en la guerra y escogida,  
de no volver atrás determinado  
hasta dejar la tierra reducida  
y en las nuevas conquistas ocupado,  
sin poder ser la plaza socorrida,

en breve por asaltos fácilmente  
podrían entrarla y degollar la gente.

Fue tan grave y severo en sus razones  
y tal la autoridad de su presencia,  
que se llevó los votos y opiniones  
en gran conformidad sin diferencia,  
y con ánimo y firmes intenciones  
le juraron de nuevo la obediencia  
y de seguir hasta morir, de veras,  
en entrambas fortunas sus banderas.

Luego Caupolicano resolutivo  
habló con Pran, soldado artificioso,  
simple en la muestra, en el aspecto bruto,  
pero agudo, sutil y cauteloso,  
prevenido, sagaz, mañoso, astuto,  
falso, disimulado, malicioso,  
lenguaz, ladino, práctico, discreto,  
cauto, pronto, solícito y secreto,

el cual en puridad bien instruido  
en lo que el arduo caso requería,  
de pobre ropa y parecer vestido,  
del presidio español tomó la vía,  
y fingiendo ser indio foragido  
se entró por la cristiana ranchería  
entre los indios mozos de servicio,  
dando en la simple muestra dello indicio.

Debajo de la cual miraba atento,  
sin mostrar atención, lo que pasaba,  
y con disimulado advertimiento  
los ocultos designios penetraba;  
tal vez entrando en el guardado asiento,  
en la figura rústica, notaba  
la gente, armas, el orden, sitio y traza,  
lo más fuerte y lo flaco de la plaza.

Por otra parte oyendo y preguntando  
a las personas menos recatadas,  
iba mañosamente escudriñando  
los secretos y cosas reservadas,  
y aquí y allí los ánimos tentando  
buscaba con razones disfrazadas  
vaso capaz y suficiente seno  
donde vaciar pudiese el pecho lleno.

Tentando, pues, los vados y el camino  
por donde el trato fuese más cubierto,  
de tiento en tiento y lance en lance, vino  
a dar consigo en peligroso puerto;  
que engañado de un bárbaro ladino  
Andresillo llamado, de concierto  
salieron juntos a buscar comida,  
cosa a los yanaconas permitida

y con dobles y equívocas razones  
que Pran a su propósito traía,

vino el otro a decir las vejaciones  
que el araucano Estado padecía,  
los insultos, agravios, sinrazones,  
las muertes, robos, fuerza y tiranía,  
trayendo a la memoria lastimada  
el bien perdido y libertad pasada.

Visto el crédulo Pran que había salido  
tan presto el falso amigo a la parada,  
hallando voluntad y grato oído  
y el tiempo y la ocasión aparejada,  
de la engañosa muestra persuadido,  
el disfrace y la máscara quitada,  
abrió el secreto pecho y echó fuera  
la encubierta intención desta manera,

diciéndole: «Si sientes, ¡oh soldado!,  
la pérdida de Arauco lamentable  
y el infelice término y estado  
de nuestra opresa patria miserable,  
hoy la fortuna y poderoso hado,  
mostrándonos el rostro favorable,  
ponen sólo en tu mano libremente  
la vida y salvación de tanta gente.

Que el gran Caupolicano, que en la tierra  
nunca ha sufrido igual ni competencia,  
y en paz ociosa y en sangrienta guerra  
tiene el primer lugar y la obediencia,

quiere (viendo el valor que en ti se encierra,  
tu industria grande y grande suficiencia)  
fiar en ocasión tan oportuna  
el estado común de tu fortuna;

y que a ti, como causa, se atribuya  
el principio y el fin de tan gran hecho,  
siendo toda la gloria y honra tuya,  
tuya la autoridad, tuyo el provecho.  
Sola una cosa quiere que sea suya,  
con la cual queda ufano y satisfecho,  
que es haber elegido tal sujeto  
para tan grande y importante efeto.

Pues a ti libremente cometido  
puede suceso próspero esperarse,  
y a tu dichosa y buena suerte asido,  
quiere llevado della aventurarse;  
y así en figura humilde travestido,  
porque de mí no puedan recatarse,  
vengo cual vees, para que deste modo  
te dé yo parte dello y seas el todo,

haciéndote saber cómo querría  
(si no es de algún oculto inconveniente)  
dar el asalto al fuerte a mediodía  
con furia grande y número de gente,  
por haberle avisado cierta espía  
que en aquella sazón seguramente

descansan en sus lechos los soldados,  
de la molesta noche trabajados,

y sin recato la ferrada puerta,  
no siendo a nadie entonces reservada,  
franca de par en par, siempre está abierta  
y la gente durmiendo descuidada;  
la cual de salto fácilmente muerta  
y la plaza después desmantelada,  
en la región antártica no queda  
quien resistir nuestra pujanza pueda.

Así que de tu ayuda confiado  
que todo se lo allana y asegura,  
cerca de aquí tres leguas ha llegado  
cubierto de la noche y sombra oscura;  
adonde de su ejército apartado  
debajo de palabra y fe segura,  
quiere comunicar solo contigo  
lo que sumariamente aquí te digo.

Ensancha, ensancha el pecho, que si quieres  
gozar desta ventura prometida,  
demás del grande honor que consiguieres  
siendo por ti la patria redimida,  
sólo a ti deberás lo que tuvieres  
y a ti te deberán todos la vida,  
siendo siempre de nos reconocido  
haberla de tu mano recibido.

Mira, pues, lo que desto te parece,  
conoce el tiempo y la ocasión dichosa,  
no seas ingrato al cielo que te ofrece  
por sólo que la acetes tan gran cosa;  
da la mano a tu patria, que perece  
en dura servidumbre vergonzosa,  
y pide aquello que pedir se puede,  
que todo desde aquí se te concede».

Dio fin con esto a su razón, atento  
al semblante del indio sosegado,  
que sin alteración y movimiento  
hasta acabar la plática había estado:  
el cual con rostro y parecer contento  
aunque con pecho y ánimo doblado,  
a las ofertas y razón propuesta  
dio sin más detenerse esta respuesta:

«¿Quién pudiera aquí dar bastante indicio  
de mi intrínscico gozo y alegría  
de ver que esté en mi mano el beneficio  
de la cara y amada patria mía?  
Que ni riqueza, honor, cargo ni oficio,  
ni el gobierno del mundo y monarquía  
podrán tanto conmigo en este hecho  
cuanto el común y general provecho:

que sufrir no se puede la insolencia  
desta ambiciosa gente desfrenada

ni el disoluto imperio y la violencia  
con que la libertad tiene usurpada.  
Por lo cual la Divina Providencia  
tiene ya la sentencia declarada,  
y el ejemplar castigo merecido  
al araucano brazo cometido.

Vuelve a Caupolicán, y de mi parte  
mi pronta voluntad le ofrece cierta,  
que cuanto en esto quieras alargarte,  
te sacaré yo a salvo de la oferta;  
y mañana, sin duda, por la parte  
de la inculta marina más desierta  
seré con él, do trataremos largo  
desto que desde aquí tomo a mi cargo.

Por la sospecha que nacer podría  
será bien que los dos nos apartemos  
y deshecha por hoy la compañía,  
adonde nos aguardan arribemos;  
que mañana de espacio a mediodía  
con mayor libertad nos hablaremos,  
y de mí quedarás más satisfecho.  
¡Adiós, que es tarde; adiós, que es largo el trecho!»

Así luego partieron, el camino  
llevándole diverso y diferente,  
que el uno al araucano campo vino  
y el otro adonde estaba nuestra gente;

el cual con gozo y ánimo malino  
hablando al capitán secretamente,  
le dijo punto a punto todo cuanto  
oirá quien escuchare el otro canto.

Cualquiera desafío es reprobado  
por ley divina y natural derecho,  
cuando no va el designio enderezado  
al bien común y universal provecho,  
y no por causa propia y fin privado  
mas por autoridad pública hecho,  
que es la que en los combates y estacadas  
justifica las armas condenadas.

Muchos querrán decir que el desafío  
es de derecho y de costumbre usada  
pues con el ser del hombre y albedrío  
justamente la ira fue criada;  
pero sujeta al freno y señorío  
de la razón, a quien encomendada  
quedó, para que así la corrigiese  
que los términos justos no excediese.

Y el Profeta nos da por documento  
que en ocasión y a tiempo nos airemos,  
pero con tal templanza y regimiento  
que de la raya y punto no pasemos,  
pues dejados llevar del movimiento,  
el ser y la razón de hombres perdemos  
y es visto que difiere en muy poco  
el hombre airado y el furioso loco.

Y aunque se diga, y es verdad, que sea  
ímpetu natural el que nos lleva,

y por la alteración de ira se vea  
que a combatir la voluntad se mueva,  
la ejecución, el acto, la pelea  
es lo que se condena y se reprueba  
cuando aquella pasión que nos induce,  
al yugo de razón no se reduce.

Por donde claramente, si se mira,  
parece como parte conveniente,  
ser en el hombre natural la ira  
en cuanto a la razón fuere obediente;  
y en la causa común puesta la mira,  
puede contra el campeón el combatiente  
usar della en el tiempo necesario,  
como contra legítimo adversario.

Mas si es el combatir por gallardía,  
o por jactancia vana o alabanza,  
o por mostrar la fuerza y valentía,  
o por rencor, por odio, o por venganza;  
si es por declaración de la porfía  
remitiendo a las armas la probanza,  
es el combate injusto, es prohibido,  
aunque esté en la costumbre recibido.

Tenemos hoy la prueba aquí en la mano  
de Rengo y Tucapel, que peleando  
por sólo presunción y orgullo vano  
como fieras se están despedazando;

y con protervia y ánimo inhumano  
de llegarse a la muerte trabajando,  
estaban ya los dos tan cerca della  
cuanto lejos de justa su querella.

Digo que los combates, aunque usados,  
por corrupción del tiempo introducidos,  
son de todas las leyes condenados  
y en razón militar no permitidos,  
salvo en algunos casos reservados  
que serán a su tiempo referidos,  
materia a los soldados importante  
según que lo veremos adelante.

Déjolo aquí indeciso, porque viendo  
el brazo en alto a Tucapel alzado,  
me culpo, me castigo y reprehendo  
de haberle tanto tiempo así dejado;  
pero a la historia y narración volviendo,  
me oísteis ya gritar a Rengo airado,  
que bajaba sobre él la fiera espada  
por el gallardo brazo gobernada:

el cual viéndose junto, y que no pudo  
huir del grave golpe la caída,  
alzó con ambas manos el escudo,  
la persona debajo recogida;  
no se detuvo en él el filo agudo,  
ni bastó la celada aunque fornida,

que todo lo cortó, y llegó a la frente  
abriendo una abundante y roja fuente.

Quedó por grande rato adormecido  
y en pie difícilmente se detuvo,  
que, del recio dolor desvanecido,  
fuera de acuerdo vacilando anduvo;  
pero volviendo a tiempo en su sentido,  
visto el último término en que estuvo,  
de manera cerró con Tucapelo  
que estuvo en punto de batirle al suelo.

Hallóle tan vecino y descompuesto  
que por poco le hubiera trabucado,  
que de la gran pujanza que había puesto,  
anduvo de los pies desbaratado;  
pero volviendo a recobrase presto,  
viéndose del contrario así aferrado,  
le echó los fuertes y ñudosos brazos  
pensando deshacerle en mil pedazos,

y con aquella fuerza sin medida,  
le suspende, sacude y le rodea;  
mas Rengo, la persona recogida,  
la suya a tiempo y la destreza emplea.  
No la falta de sangre allí vertida  
ni el largo y gran tesón en la pelea  
les menguaba la fuerza y ardimiento,  
antes iba el furor en crecimiento.

En esto Rengo a tiempo el pie trocado  
del firme Tucapel ciñó el derecho,  
y entre los duros brazos apretado  
cargó sobre él con fuerza el duro pecho.  
Fue tanto el forcejar, que ambos de lado,  
sin poderlo escusar, a su despecho,  
dieron a un tiempo en tierra de manera  
como si un muro o torreón cayera.

Pero con rabia nueva y mayor fuego  
comienzan por el campo a revolcarse  
y con puños de tierra a un tiempo luego  
procuran y trabajan por cegarse,  
tanto que al fin el uno y otro ciego,  
no pudiendo del hierro aprovecharse,  
con las agudas uñas y los dientes  
se muerden y apedazan impacientes.

Así, fieros, sangrientos y furiosos,  
cuál ya debajo, cuál ya encima andaban,  
y los rancos acezos presurosos  
del apretado pecho resonaban;  
mas no por esto un punto vagorosos  
en la rabia y el ímpetu aflojaban,  
mostrando en el tesón y larga prueba  
criar aliento nuevo y fuerza nueva.

Eran pasadas ya tres horas, cuando  
los dos campeones, de valor iguales,

en la creciente furia declinando  
dieron muestra y señal de ser mortales,  
que las últimas fuerzas apurando  
sin poderse vencer, quedaron tales  
que ya en parte ninguna se movían  
y más muertos que vivos parecían.

Estaban par a par desacordados,  
faltos de sangre, de vigor y aliento,  
los pechos garleando levantados,  
llenos de polvo y de sudor sangriento;  
los brazos y los pies enclavijados,  
sin muestra ni señal de sentimiento,  
aunque de Tucapel pudo notarse  
haber más porfiado a levantarse.

La pierna diestra y diestro brazo echado  
sobre el contrario a la sazón tenía,  
lo cual de sus amigos fue juzgado  
ser notoria ventaja y mejoría  
y aunque esto es hoy de muchos disputado,  
ninguno de los dos se rebullía,  
mostrando ambos de vivos solamente  
el ronco aliento y corazón latiente.

El gran Caupolicano, que asistiendo  
como juez de la batalla estaba,  
el grave caso y pérdida sintiendo,  
aprieta en la estacada plaza entraba;

el cual, sin detenerse un punto, viendo  
que alguna sangre y vida les quedaba,  
los hizo levantar en dos tablones  
a doce los más ínclitos varones.

Y siguiendo detrás con todo el resto  
de la nobleza y gente más preciada,  
fue con honra solene y pompa puesto  
cada cual en su tienda señalada,  
donde acudiendo a los remedios presto,  
y la sangre con tiempo restañada,  
la cura fue de suerte que la vida  
les fue en breve sazón restituida.

Pasado el punto y término temido,  
iban los dos a un tiempo mejorando,  
aunque del caso Tucapel sentido,  
no dejaba curarse braveando;  
pero el prudente General sufrido,  
con blandura la cólera templando,  
así de poco en poco le redujo  
que a la razón doméstica le trujo.

Quedó entre ellos la paz establecida,  
y con solemnidad capitulado,  
que en todo lo restante de la vida  
no se tratase más de lo pasado,  
ni por cosa de nuevo sucedida  
en público lugar ni reservado

pudiesen combatir ni armar quisiones  
ni atravesarse en dichos ni en razones;

mas siempre como amigos generosos  
en todas ocasiones se tratasen  
y en los casos y trances peligrosos  
se acudiesen a tiempo y ayudasen.  
Convenidos así los dos famosos,  
porque más los conciertos se afirmasen  
comieron y bebieron juntamente  
con grande aplauso y fiesta de la gente.

Dejarélos aquí desta manera

en su conformidad y ayuntamiento,  
que me importa volver a la ribera  
del río que muda nombre en cada asiento,  
pues ha mucho que falto y ando fuera  
de nuestro molestado alojamiento,  
para decir el punto en que se halla  
después del trance y última batalla.

Luego que la vitoria conseguimos  
con más pérdida y daño que ganancia,  
al fuerte a más andar nos recogimos,  
que estaba del lugar larga distancia  
y aunque poco después, Señor, tuvimos  
otros muchos rencuentros de importancia

no sin costa de sangre y gran trabajo  
iré, por no cansaros, al atajo.

Y pasando en silencio otra batalla  
sangrienta de ambas partes y reñida,  
que aunque por no ser largo aquí se calla,  
será de otro escritor encarecida.  
Vista de munición y vitualla  
la plaza por dos meses bastecida,  
pareció por entonces provechoso  
dejar por capitán allí a Reinoso

que las demás ciudades, trabajadas  
de las pasadas guerras, nos llamaban,  
y las leyes sin fuerza arrinconadas,  
aunque mudas, de lejos voceaban;  
las cosas de su asiento desquiciadas,  
todos sin gobernarse gobernaban,  
estando de perderse el reino a canto  
por falta de gobierno, habiendo tanto.

Mas viendo la comarca tan poblada,  
fértil de todas cosas y abundante,  
para fundar un pueblo aparejada  
y el sitio a la sazón muy importante,  
quedó primero la ciudad trazada,  
de la cual hablaremos adelante,  
que aunque de buen principio y fundamento  
mudó después el nombre y el asiento.

Dejando, pues, en guarda de la tierra  
los más diestros y pláticos soldados,  
en orden de batalla y són de guerra  
rompimos por los términos vedados;  
y atravesando de Purén la sierra,  
de la hambre y las armas fatigados,  
a la Imperial llegamos salvamente  
donde hospedada fue toda la gente.

Puso el Gobernador luego en llegando  
en libertad las leyes oprimidas,  
la justicia y costumbres reformando  
por los turbados tiempos corrompidas,  
y el exceso y desórdenes quitando  
de la nueva codicia introducidas,  
en todo lo demás por buen camino  
dio la traza y asiento que convino.

No habíamos aún los cuerpos satisfecho  
del sueño y hambre mísera transida,  
cuando tuvimos nueva que de hecho  
toda la tierra en torno removida,  
rota la tregua y el contrato hecho,  
viendo así nuestra fuerza dividida  
ayuntaban la suya con motivo  
de no dejar presidio ni hombre vivo.

Luego, pues, hasta treinta apercebidos  
de los que más en orden nos hallamos,  
por la espesura de Tirú metidos,  
la barrancosa tierra atravesamos  
y los tomados pasos desmentidos,  
no con pocos rebatos arribamos  
sin parar ni dormir noche ni día,  
al presidio español y compañía,

donde ya nuestra gente había tenido  
nueva del trato y tierra rebelada,  
que por extraño caso acontecido,  
de la junta y designio fue avisada  
y habiendo alegremente agradecido  
el socorro y ayuda no pensada,  
nos dio del caso relación entera,  
el cual pasa, Señor, desta manera:

el araucano ejército, entendiendo  
que su próspera suerte declinaba  
y que Caupolicán iba perdiendo  
la gran figura en que primero estaba,  
en secretos concilios discurriendo,  
del capitán ya odioso murmuraba  
diciendo que la guerra iba a lo largo  
por conservar la dignidad del cargo;

no con tan suelta voz y atrevimiento  
que el más libre y osado no temiese,

y del menor edicto y mandamiento  
cuanto una sola mínima excediese:  
que era tanto el castigo y escarmiento  
que no se vio jamás quien se atreviese  
a reprobear el orden por él dado  
según era temido y respetado.

Pero temiendo al fin como prudente  
el revolver del hado incontrastable  
y la poca obediencia de su gente,  
viéndole ya en estado miserable,  
que la buena fortuna fácilmente  
lleva siempre tras sí la fe mudable  
y un mal suceso y otro cada día  
la más ardiente devoción resfría,

quiso, dando otro tiento a la fortuna,  
que del todo con él se declarase,  
y no dejar remedio y cosa alguna  
que para su descargo no intentase.  
Entre muchas, al fin, resuelto en una,  
antes que su intención comunicase,  
con la presteza y orden que convino  
de municiones y armas se previno.

No dando, pues, lugar con la tardanza  
a que el miedo el peligro examinase  
y algún suceso y súbita mudanza  
los ánimos del todo resfriase,

con animosa muestra y confianza  
mandó que de la gente se aprestase  
al tiempo y hora del silencio mudo,  
el más copioso número que pudo.

Hizo una larga plática al Senado,  
en la cual resolvió que convenía  
dar el asalto al fuerte por el lado  
de la posta de Ongolmo al mediodía,  
que de cierto espión era avisado  
cómo la gente que en defensa había,  
demás de estar segura y descuidada,  
era poca, bisoña y desarmada;

que el capitán ausente había llevado  
la plática en la guerra y escogida,  
de no volver atrás determinado  
hasta dejar la tierra reducida  
y en las nuevas conquistas ocupado,  
sin poder ser la plaza socorrida,  
en breve por asaltos fácilmente  
podrían entrarla y degollar la gente.

Fue tan grave y severo en sus razones  
y tal la autoridad de su presencia,  
que se llevó los votos y opiniones  
en gran conformidad sin diferencia,  
y con ánimo y firmes intenciones  
le juraron de nuevo la obediencia

y de seguir hasta morir, de veras,  
en entrambas fortunas sus banderas.

Luego Caupolicano resuelto  
habló con Pran, soldado artificioso,  
simple en la muestra, en el aspecto bruto,  
pero agudo, sutil y cauteloso,  
prevenido, sagaz, mañoso, astuto,  
falso, disimulado, malicioso,  
lenguaz, ladino, práctico, discreto,  
cauto, pronto, solícito y secreto,

el cual en puridad bien instruido  
en lo que el arduo caso requería,  
de pobre ropa y parecer vestido,  
del presidio español tomó la vía,  
y fingiendo ser indio foragido  
se entró por la cristiana ranchería  
entre los indios mozos de servicio,  
dando en la simple muestra dello indicio.

Debajo de la cual miraba atento,  
sin mostrar atención, lo que pasaba,  
y con disimulado advertimiento  
los ocultos designios penetraba;  
tal vez entrando en el guardado asiento,  
en la figura rústica, notaba  
la gente, armas, el orden, sitio y traza,  
lo más fuerte y lo flaco de la plaza.

Por otra parte oyendo y preguntando  
a las personas menos recatadas,  
iba mañosamente escudriñando  
los secretos y cosas reservadas,  
y aquí y allí los ánimos tentando  
buscaba con razones disfrazadas  
vaso capaz y suficiente seno  
donde vaciar pudiese el pecho lleno.

Tentando, pues, los vados y el camino  
por donde el trato fuese más cubierto,  
de tiento en tiento y lance en lance, vino  
a dar consigo en peligroso puerto;  
que engañado de un bárbaro ladino  
Andresillo llamado, de concierto  
salieron juntos a buscar comida,  
cosa a los yanaconas permitida

y con dobles y equívocas razones  
que Pran a su propósito traía,  
vino el otro a decir las vejaciones  
que el araucano Estado padecía,  
los insultos, agravios, sinrazones,  
las muertes, robos, fuerza y tiranía,  
trayendo a la memoria lastimada  
el bien perdido y libertad pasada.

Visto el crédulo Pran que había salido  
tan presto el falso amigo a la parada,

hallando voluntad y grato oído  
y el tiempo y la ocasión aparejada,  
de la engañosa muestra persuadido,  
el disfrace y la máscara quitada,  
abrió el secreto pecho y echó fuera  
la encubierta intención desta manera,

diciéndole: «Si sientes, ¡oh soldado!,  
la pérdida de Arauco lamentable  
y el infelice término y estado  
de nuestra opresa patria miserable,  
hoy la fortuna y poderoso hado,  
mostrándonos el rostro favorable,  
ponen sólo en tu mano libremente  
la vida y salvación de tanta gente.

Que el gran Caupolicano, que en la tierra  
nunca ha sufrido igual ni competencia,  
y en paz ociosa y en sangrienta guerra  
tiene el primer lugar y la obediencia,  
quiere (viendo el valor que en ti se encierra,  
tu industria grande y grande suficiencia)  
fiar en ocasión tan oportuna  
el estado común de tu fortuna;

y que a ti, como causa, se atribuya  
el principio y el fin de tan gran hecho,  
siendo toda la gloria y honra tuya,  
tuya la autoridad, tuyo el provecho.

Sola una cosa quiere que sea suya,  
con la cual queda ufano y satisfecho,  
que es haber elegido tal sujeto  
para tan grande y importante efeto.

Pues a ti libremente cometido  
puede suceso próspero esperarse,  
y a tu dichosa y buena suerte asido,  
quiere llevado della aventurarse;  
y así en figura humilde travestido,  
porque de mí no puedan recatarse,  
vengo cual vees, para que deste modo  
te dé yo parte dello y seas el todo,

haciéndote saber cómo querría  
(si no es de algún oculto inconveniente)  
dar el asalto al fuerte a mediodía  
con furia grande y número de gente,  
por haberle avisado cierta espía  
que en aquella sazón seguramente  
descansan en sus lechos los soldados,  
de la molesta noche trabajados,

y sin recato la ferrada puerta,  
no siendo a nadie entonces reservada,  
franca de par en par, siempre está abierta  
y la gente durmiendo descuidada;  
la cual de salto fácilmente muerta  
y la plaza después desmantelada,

en la región antártica no queda  
quien resistir nuestra pujanza pueda.

Así que de tu ayuda confiado  
que todo se lo allana y asegura,  
cerca de aquí tres leguas ha llegado  
cubierto de la noche y sombra oscura;  
adonde de su ejército apartado  
debajo de palabra y fe segura,  
quiere comunicar solo contigo  
lo que sumariamente aquí te digo.

Ensancha, ensancha el pecho, que si quieres  
gozar desta ventura prometida,  
demás del grande honor que consiguieres  
siendo por ti la patria redimida,  
sólo a ti deberás lo que tuvieres  
y a ti te deberán todos la vida,  
siendo siempre de nos reconocido  
haberla de tu mano recibido.

Mira, pues, lo que desto te parece,  
conoce el tiempo y la ocasión dichosa,  
no seas ingrato al cielo que te ofrece  
por sólo que la acetes tan gran cosa;  
da la mano a tu patria, que perece  
en dura servidumbre vergonzosa,  
y pide aquello que pedir se puede,  
que todo desde aquí se te concede».

Dio fin con esto a su razón, atento  
al semblante del indio sosegado,  
que sin alteración y movimiento  
hasta acabar la plática había estado:  
el cual con rostro y parecer contento  
aunque con pecho y ánimo doblado,  
a las ofertas y razón propuesta  
dio sin más detenerse esta respuesta:

«¿Quién pudiera aquí dar bastante indicio  
de mi intrínseco gozo y alegría  
de ver que esté en mi mano el beneficio  
de la cara y amada patria mía?  
Que ni riqueza, honor, cargo ni oficio,  
ni el gobierno del mundo y monarquía  
podrán tanto conmigo en este hecho  
cuanto el común y general provecho:

que sufrir no se puede la insolencia  
de esta ambiciosa gente desfrenada  
ni el disoluto imperio y la violencia  
con que la libertad tiene usurpada.  
Por lo cual la Divina Providencia  
tiene ya la sentencia declarada,  
y el ejemplar castigo merecido  
al araucano brazo cometido.

Vuelve a Caupolicán, y de mi parte  
mi pronta voluntad le ofrece cierta,

que cuanto en esto quieras alargarte,  
te sacaré yo a salvo de la oferta;  
y mañana, sin duda, por la parte  
de la inculta marina más desierta  
seré con él, do trataremos largo  
desto que desde aquí tomo a mi cargo.

Por la sospecha que nacer podría  
será bien que los dos nos apartemos  
y deshecha por hoy la compañía,  
adonde nos aguardan arribemos;  
que mañana de espacio a mediodía  
con mayor libertad nos hablaremos,  
y de mí quedarás más satisfecho.  
¡Adiós, que es tarde; adiós, que es largo el trecho!»

Así luego partieron, el camino  
llevándole diverso y diferente,  
que el uno al araucano campo vino  
y el otro adonde estaba nuestra gente;  
el cual con gozo y ánimo malino  
hablando al capitán secretamente,  
le dijo punto a punto todo cuanto  
oirá quien escuchare el otro canto. Cualquiera  
desafío es reprobado  
por ley divina y natural derecho,  
cuando no va el designio enderezado  
al bien común y universal provecho,  
y no por causa propia y fin privado  
mas por autoridad pública hecho,

que es la que en los combates y estacadas  
justifica las armas condenadas.

Muchos querrán decir que el desafío  
es de derecho y de costumbre usada  
pues con el ser del hombre y albedrío  
justamente la ira fue criada;  
pero sujeta al freno y señorío  
de la razón, a quien encomendada  
quedó, para que así la corrigiese  
que los términos justos no excediese.

Y el Profeta nos da por documento  
que en ocasión y a tiempo nos airemos,  
pero con tal templanza y regimiento  
que de la raya y punto no pasemos,  
pues dejados llevar del movimiento,  
el ser y la razón de hombres perdemos  
y es visto que difiere en muy poco  
el hombre airado y el furioso loco.

Y aunque se diga, y es verdad, que sea  
ímpetu natural el que nos lleva,  
y por la alteración de ira se vea  
que a combatir la voluntad se mueva,  
la ejecución, el acto, la pelea  
es lo que se condena y se reprueba  
cuando aquella pasión que nos induce,  
al yugo de razón no se reduce.

Por donde claramente, si se mira,  
parece como parte conveniente,  
ser en el hombre natural la ira  
en cuanto a la razón fuere obediente;  
y en la causa común puesta la mira,  
puede contra el campeón el combatiente  
usar della en el tiempo necesario,  
como contra legítimo adversario.

Mas si es el combatir por gallardía,  
o por jatancia vana o alabanza,  
o por mostrar la fuerza y valentía,  
o por rencor, por odio, o por venganza;  
si es por declaración de la porfía  
remitiendo a las armas la probanza,  
es el combate injusto, es prohibido,  
aunque esté en la costumbre recibido.

Tenemos hoy la prueba aquí en la mano  
de Rengo y Tucapel, que peleando  
por sólo presunción y orgullo vano  
como fieras se están despedazando;  
y con protervia y ánimo inhumano  
de llegarse a la muerte trabajando,  
estaban ya los dos tan cerca della  
cuanto lejos de justa su querella.

Digo que los combates, aunque usados,  
por corrupción del tiempo introducidos,

son de todas las leyes condenados  
y en razón militar no permitidos,  
salvo en algunos casos reservados  
que serán a su tiempo referidos,  
materia a los soldados importante  
según que lo veremos adelante.

Déjolo aquí indeciso, porque viendo  
el brazo en alto a Tucapel alzado,  
me culpo, me castigo y reprehendo  
de haberle tanto tiempo así dejado;  
pero a la historia y narración volviendo,  
me oísteis ya gritar a Rengo airado,  
que bajaba sobre él la fiera espada  
por el gallardo brazo gobernada:

el cual viéndose junto, y que no pudo  
huir del grave golpe la caída,  
alzó con ambas manos el escudo,  
la persona debajo recogida;  
no se detuvo en él el filo agudo,  
ni bastó la celada aunque fornida,  
que todo lo cortó, y llegó a la frente  
abriendo una abundante y roja fuente.

Quedó por grande rato adormecido  
y en pie difícilmente se detuvo,  
que, del recio dolor desvanecido,  
fuera de acuerdo vacilando anduvo;

pero volviendo a tiempo en su sentido,  
visto el último término en que estuvo,  
de manera cerró con Tucapelo  
que estuvo en punto de batirle al suelo.

Hallóle tan vecino y descompuesto  
que por poco le hubiera trabucado,  
que de la gran pujanza que había puesto,  
anduvo de los pies desbaratado;  
pero volviendo a recobrase presto,  
viéndose del contrario así aferrado,  
le echó los fuertes y ñudosos brazos  
pensando deshacerle en mil pedazos,

y con aquella fuerza sin medida,  
le suspende, sacude y le rodea;  
mas Rengo, la persona recogida,  
la suya a tiempo y la destreza emplea.  
No la falta de sangre allí vertida  
ni el largo y gran tesón en la pelea  
les menguaba la fuerza y ardimiento,  
antes iba el furor en crecimiento.

En esto Rengo a tiempo el pie trocado  
del firme Tucapel ciñó el derecho,  
y entre los duros brazos apretado  
cargó sobre él con fuerza el duro pecho.  
Fue tanto el forcejar, que ambos de lado,  
sin poderlo escusar, a su despecho,

dieron a un tiempo en tierra de manera  
como si un muro o torreón cayera.

Pero con rabia nueva y mayor fuego  
comienzan por el campo a revolcarse  
y con puños de tierra a un tiempo luego  
procuran y trabajan por cegarse,  
tanto que al fin el uno y otro ciego,  
no pudiendo del hierro aprovecharse,  
con las agudas uñas y los dientes  
se muerden y apedazan impacientes.

Así, fieros, sangrientos y furiosos,  
cuál ya debajo, cuál ya encima andaban,  
y los roncacos acezos presurosos  
del apretado pecho resonaban;  
mas no por esto un punto vagorosos  
en la rabia y el ímpetu aflojaban,  
mostrando en el tesón y larga prueba  
criar aliento nuevo y fuerza nueva.

Eran pasadas ya tres horas, cuando  
los dos campeones, de valor iguales,  
en la creciente furia declinando  
dieron muestra y señal de ser mortales,  
que las últimas fuerzas apurando  
sin poderse vencer, quedaron tales  
que ya en parte ninguna se movían  
y más muertos que vivos parecían.

Estaban par a par desacordados,  
faltos de sangre, de vigor y aliento,  
los pechos garleando levantados,  
lentos de polvo y de sudor sangriento;  
los brazos y los pies enclavijados,  
sin muestra ni señal de sentimiento,  
aunque de Tucapel pudo notarse  
haber más porfiado a levantarse.

La pierna diestra y diestro brazo echado  
sobre el contrario a la sazón tenía,  
lo cual de sus amigos fue juzgado  
ser notoria ventaja y mejoría  
y aunque esto es hoy de muchos disputado,  
ninguno de los dos se rebullía,  
mostrando ambos de vivos solamente  
el ronco aliento y corazón latiente.

El gran Caupolicano, que asistiendo  
como juez de la batalla estaba,  
el grave caso y pérdida sintiendo,  
aprieta en la estacada plaza entraba;  
el cual, sin detenerse un punto, viendo  
que alguna sangre y vida les quedaba,  
los hizo levantar en dos tablones  
a doce los más ínclitos varones.

Y siguiendo detrás con todo el resto  
de la nobleza y gente más preciada,

fue con honra solene y pompa puesto  
cada cual en su tienda señalada,  
donde acudiendo a los remedios presto,  
y la sangre con tiempo restañada,  
la cura fue de suerte que la vida  
les fue en breve sazón restituida.

Pasado el punto y término temido,  
iban los dos a un tiempo mejorando,  
aunque del caso Tucapel sentido,  
no dejaba curarse braveando;  
pero el prudente General sufrido,  
con blandura la cólera templando,  
así de poco en poco le redujo  
que a la razón doméstica le trujo.

Quedó entre ellos la paz establecida,  
y con solennidad capitulado,  
que en todo lo restante de la vida  
no se tratase más de lo pasado,  
ni por cosa de nuevo sucedida  
en público lugar ni reservado  
pudiesen combatir ni armar quistiones  
ni atravesarse en dichos ni en razones;

mas siempre como amigos generosos  
en todas ocasiones se tratasen  
y en los casos y trances peligrosos  
se acudiesen a tiempo y ayudasen.

Convenidos así los dos famosos,  
porque más los conciertos se afirmasen  
comieron y bebieron juntamente  
con grande aplauso y fiesta de la gente.

Dejarélos aquí desta manera

en su conformidad y ayuntamiento,  
que me importa volver a la ribera  
del río que muda nombre en cada asiento,  
pues ha mucho que falto y ando fuera  
de nuestro molestado alojamiento,  
para decir el punto en que se halla  
después del trance y última batalla.

Luego que la vitoria conseguimos  
con más pérdida y daño que ganancia,  
al fuerte a más andar nos recogimos,  
que estaba del lugar larga distancia  
y aunque poco después, Señor, tuvimos  
otros muchos rencuentros de importancia  
no sin costa de sangre y gran trabajo  
iré, por no cansaros, al atajo.

Y pasando en silencio otra batalla  
sangrienta de ambas partes y reñida,  
que aunque por no ser largo aquí se calla,  
será de otro escritor encarecida.  
Vista de munición y vitualla

la plaza por dos meses bastecida,  
pareció por entonces provechoso  
dejar por capitán allí a Reinoso

que las demás ciudades, trabajadas  
de las pasadas guerras, nos llamaban,  
y las leyes sin fuerza arrinconadas,  
aunque mudas, de lejos voceaban;  
las cosas de su asiento desquiciadas,  
todos sin gobernarse gobernaban,  
estando de perderse el reino a canto  
por falta de gobierno, habiendo tanto.

Mas viendo la comarca tan poblada,  
fértil de todas cosas y abundante,  
para fundar un pueblo aparejada  
y el sitio a la sazón muy importante,  
quedó primero la ciudad trazada,  
de la cual hablaremos adelante,  
que aunque de buen principio y fundamento  
mudó después el nombre y el asiento.

Dejando, pues, en guarda de la tierra  
los más diestros y pláticos soldados,  
en orden de batalla y són de guerra  
rompimos por los términos vedados;  
y atravesando de Purén la sierra,  
de la hambre y las armas fatigados,

a la Imperial llegamos salvamente  
donde hospedada fue toda la gente.

Puso el Gobernador luego en llegando  
en libertad las leyes oprimidas,  
la justicia y costumbres reformando  
por los turbados tiempos corrompidas,  
y el exceso y desórdenes quitando  
de la nueva codicia introducidas,  
en todo lo demás por buen camino  
dio la traza y asiento que convino.

No habíamos aún los cuerpos satisfecho  
del sueño y hambre mísera transida,  
cuando tuvimos nueva que de hecho  
toda la tierra en torno removida,  
rota la tregua y el contrato hecho,  
viendo así nuestra fuerza dividida  
ayuntaban la suya con motivo  
de no dejar presidio ni hombre vivo.

Luego, pues, hasta treinta apercebidos  
de los que más en orden nos hallamos,  
por la espesura de Tirú metidos,  
la barrancosa tierra atravesamos  
y los tomados pasos desmentidos,  
no con pocos rebatos arribamos

sin parar ni dormir noche ni día,  
al presidio español y compañía,

donde ya nuestra gente había tenido  
nueva del trato y tierra rebelada,  
que por extraño caso acontecido,  
de la junta y designio fue avisada  
y habiendo alegremente agradecido  
el socorro y ayuda no pensada,  
nos dio del caso relación entera,  
el cual pasa, Señor, desta manera:

el araucano ejército, entendiendo  
que su próspera suerte declinaba  
y que Caupolicán iba perdiendo  
la gran figura en que primero estaba,  
en secretos concilios discurriendo,  
del capitán ya odioso murmuraba  
diciendo que la guerra iba a lo largo  
por conservar la dignidad del cargo;

no con tan suelta voz y atrevimiento  
que el más libre y osado no temiese,  
y del menor edicto y mandamiento  
cuanto una sola mínima excediese:  
que era tanto el castigo y escarmiento  
que no se vio jamás quien se atreviese  
a reprobear el orden por él dado  
según era temido y respetado.

Pero temiendo al fin como prudente  
el revolver del hado incontrastable  
y la poca obediencia de su gente,  
viéndole ya en estado miserable,  
que la buena fortuna fácilmente  
lleva siempre tras sí la fe mudable  
y un mal suceso y otro cada día  
la más ardiente devoción resfría,

quiso, dando otro tiento a la fortuna,  
que del todo con él se declarase,  
y no dejar remedio y cosa alguna  
que para su descargo no intentase.  
Entre muchas, al fin, resuelto en una,  
antes que su intención comunicase,  
con la presteza y orden que convino  
de municiones y armas se previno.

No dando, pues, lugar con la tardanza  
a que el miedo el peligro examinase  
y algún suceso y súbita mudanza  
los ánimos del todo resfriase,  
con animosa muestra y confianza  
mandó que de la gente se aprestase  
al tiempo y hora del silencio mudo,  
el más copioso número que pudo.

Hizo una larga plática al Senado,  
en la cual resolvió que convenía

dar el asalto al fuerte por el lado  
de la posta de Ongolmo al mediodía,  
que de cierto espion era avisado  
cómo la gente que en defensa había,  
demás de estar segura y descuidada,  
era poca, bisoña y desarmada;

que el capitán ausente había llevado  
la plática en la guerra y escogida,  
de no volver atrás determinado  
hasta dejar la tierra reducida  
y en las nuevas conquistas ocupado,  
sin poder ser la plaza socorrida,  
en breve por asaltos fácilmente  
podrían entrarla y degollar la gente.

Fue tan grave y severo en sus razones  
y tal la autoridad de su presencia,  
que se llevó los votos y opiniones  
en gran conformidad sin diferencia,  
y con ánimo y firmes intenciones  
le juraron de nuevo la obediencia  
y de seguir hasta morir, de veras,  
en entrambas fortunas sus banderas.

Luego Caupolicano resolutivo  
habló con Pran, soldado artificioso,  
simple en la muestra, en el aspecto bruto,  
pero agudo, sutil y cauteloso,

prevenido, sagaz, mañoso, astuto,  
falso, disimulado, malicioso,  
lenguaz, ladino, práctico, discreto,  
cauto, pronto, solícito y secreto,

el cual en puridad bien instruido  
en lo que el arduo caso requería,  
de pobre ropa y parecer vestido,  
del presidio español tomó la vía,  
y fingiendo ser indio foragido  
se entró por la cristiana ranchería  
entre los indios mozos de servicio,  
dando en la simple muestra dello indicio.

Debajo de la cual miraba atento,  
sin mostrar atención, lo que pasaba,  
y con disimulado advertimiento  
los ocultos designios penetraba;  
tal vez entrando en el guardado asiento,  
en la figura rústica, notaba  
la gente, armas, el orden, sitio y traza,  
lo más fuerte y lo flaco de la plaza.

Por otra parte oyendo y preguntando  
a las personas menos recatadas,  
iba mañosamente escudriñando  
los secretos y cosas reservadas,  
y aquí y allí los ánimos tentando  
buscaba con razones disfrazadas

vaso capaz y suficiente seno  
donde vaciar pudiese el pecho lleno.

Tentando, pues, los vados y el camino  
por donde el trato fuese más cubierto,  
de tiento en tiento y lance en lance, vino  
a dar consigo en peligroso puerto;  
que engañado de un bárbaro ladino  
Andresillo llamado, de concierto  
salieron juntos a buscar comida,  
cosa a los yanaconas permitida

y con dobles y equívocas razones  
que Pran a su propósito traía,  
vino el otro a decir las vejaciones  
que el araucano Estado padecía,  
los insultos, agravios, sinrazones,  
las muertes, robos, fuerza y tiranía,  
trayendo a la memoria lastimada  
el bien perdido y libertad pasada.

Visto el crédulo Pran que había salido  
tan presto el falso amigo a la parada,  
hallando voluntad y grato oído  
y el tiempo y la ocasión aparejada,  
de la engañosa muestra persuadido,  
el disfraz y la máscara quitada,  
abrió el secreto pecho y echó fuera  
la encubierta intención desta manera,

diciéndole: «Si sientes, ¡oh soldado!,  
la pérdida de Arauco lamentable  
y el infelice término y estado  
de nuestra opresa patria miserable,  
hoy la fortuna y poderoso hado,  
mostrándonos el rostro favorable,  
ponen sólo en tu mano libremente  
la vida y salvación de tanta gente.

Que el gran Caupolicano, que en la tierra  
nunca ha sufrido igual ni competencia,  
y en paz ociosa y en sangrienta guerra  
tiene el primer lugar y la obediencia,  
quiere (viendo el valor que en ti se encierra,  
tu industria grande y grande suficiencia)  
fiar en ocasión tan oportuna  
el estado común de tu fortuna;

y que a ti, como causa, se atribuya  
el principio y el fin de tan gran hecho,  
siendo toda la gloria y honra tuya,  
tuya la autoridad, tuyo el provecho.  
Sola una cosa quiere que sea suya,  
con la cual queda ufano y satisfecho,  
que es haber elegido tal sujeto  
para tan grande y importante efeto.

Pues a ti libremente cometido  
puede suceso próspero esperarse,

y a tu dichosa y buena suerte asido,  
quiere llevado della aventurarse;  
y así en figura humilde travestido,  
porque de mí no puedan recatarse,  
vengo cual vees, para que deste modo  
te dé yo parte dello y seas el todo,

haciéndote saber cómo querría  
(si no es de algún oculto inconveniente)  
dar el asalto al fuerte a mediodía  
con furia grande y número de gente,  
por haberle avisado cierta espía  
que en aquella sazón seguramente  
descansan en sus lechos los soldados,  
de la molesta noche trabajados,

y sin recato la ferrada puerta,  
no siendo a nadie entonces reservada,  
franca de par en par, siempre está abierta  
y la gente durmiendo descuidada;  
la cual de salto fácilmente muerta  
y la plaza después desmantelada,  
en la región antártica no queda  
quien resistir nuestra pujanza pueda.

Así que de tu ayuda confiado  
que todo se lo allana y asegura,  
cerca de aquí tres leguas ha llegado  
cubierto de la noche y sombra oscura;

adonde de su ejército apartado  
debajo de palabra y fe segura,  
quiere comunicar solo contigo  
lo que sumariamente aquí te digo.

Ensancha, ensancha el pecho, que si quieres  
gozar desta ventura prometida,  
demás del grande honor que consiguieres  
siendo por ti la patria redimida,  
sólo a ti deberás lo que tuvieres  
y a ti te deberán todos la vida,  
siendo siempre de nos reconocido  
haberla de tu mano recibido.

Mira, pues, lo que desto te parece,  
conoce el tiempo y la ocasión dichosa,  
no seas ingrato al cielo que te ofrece  
por sólo que la acetes tan gran cosa;  
da la mano a tu patria, que perece  
en dura servidumbre vergonzosa,  
y pide aquello que pedir se puede,  
que todo desde aquí se te concede».

Dio fin con esto a su razón, atento  
al semblante del indio sosegado,  
que sin alteración y movimiento  
hasta acabar la plática había estado:  
el cual con rostro y parecer contento  
aunque con pecho y ánimo doblado,

a las ofertas y razón propuesta  
dio sin más detenerse esta respuesta:

«¿Quién pudiera aquí dar bastante indicio  
de mi intrínscico gozo y alegría  
de ver que esté en mi mano el beneficio  
de la cara y amada patria mía?  
Que ni riqueza, honor, cargo ni oficio,  
ni el gobierno del mundo y monarquía  
podrán tanto conmigo en este hecho  
cuanto el común y general provecho:

que sufrir no se puede la insolencia  
de esta ambiciosa gente desfrenada  
ni el disoluto imperio y la violencia  
con que la libertad tiene usurpada.  
Por lo cual la Divina Providencia  
tiene ya la sentencia declarada,  
y el ejemplar castigo merecido  
al araucano brazo cometido.

Vuelve a Caupolicán, y de mi parte  
mi pronta voluntad le ofrece cierta,  
que cuanto en esto quieras alargarte,  
te sacaré yo a salvo de la oferta;  
y mañana, sin duda, por la parte  
de la inculta marina más desierta  
seré con él, do trataremos largo  
desto que desde aquí tomo a mi cargo.

Por la sospecha que nacer podría  
será bien que los dos nos apartemos  
y deshecha por hoy la compañía,  
adonde nos aguardan arribemos;  
que mañana de espacio a mediodía  
con mayor libertad nos hablaremos,  
y de mí quedarás más satisfecho.  
¡Adiós, que es tarde; adiós, que es largo el trecho!»

Así luego partieron, el camino  
llevándole diverso y diferente,  
que el uno al araucano campo vino  
y el otro adonde estaba nuestra gente;  
el cual con gozo y ánimo malino  
hablando al capitán secretamente,  
le dijo punto a punto todo cuanto  
oirá quien escuchare el otro canto.

### Canto XXXI

Cuenta Andresillo a Reinoso lo que con Pran dejaba concertado.  
Habla con Caupolicán cautelosamente, el cual, engañado, viene  
sobre el fuerte, pensando hallar a los españoles durmiendo

La más fea maldad y condenada,  
que más ofende a la bondad divina,  
es la traición sobre amistad forjada,  
que al cielo, tierra y al infierno indina,  
que aunque el señor de la traición se agrada  
quiere mal al traidor y le abomina:  
¡tal es este nefario maleficio,  
que indigna al que recibe el beneficio!

Raras veces veréis que el alevoso  
en estado seguro permanece;  
de nadie amado, a todo el mundo odioso  
que el mismo interesado le aborrece;  
amigo en todo tiempo sospechoso,  
aunque trate verdad no lo parece  
y al cabo no se escapa del castigo  
que la misma maldad lleva consigo.

Si en ley de guerra es pérfido el que ofende  
debajo de seguro al enemigo,  
¿qué será aquel que al enemigo vende  
la libertad y sangre del amigo,  
y el que con rostro de leal pretende

ser traidor a su patria, como digo,  
poniéndole con odio y rabia tanta  
el agudo cuchillo a la garganta?

Guardarse puede el sabio recatado  
del público enemigo conocido,  
del perverso, insolente, del malvado,  
pero no del traidor nunca ofendido  
que en hábito de amigo disfrazado  
el desnudo puñal lleva escondido:  
no hay contra el desleal seguro puerto  
ni enemigo mayor que el encubierto.

La prueba es Andresillo, que dejaba  
al amigo engañado y satisfecho;  
el cual con la gran priesa que llevaba  
en poco espacio atravesó gran trecho  
y puesto ante Reinoso, el cual estaba  
seguro y descuidado de aquel hecho,  
preciándose el traidor de su malicia,  
della y de la traición le dio noticia,

diciéndole: «Sabrás que usando el hado  
hoy de piadoso término contigo,  
las cosas de manera ha rodeado  
que puedo serte provechoso amigo,  
pues en mi voluntad libre ha dejado  
la muerte o salvación de tu enemigo,

remitiendo a las manos de Andresillo  
la arbitraria sentencia y el cuchillo.

Mas negando la deuda y fe debida  
a mi tierra y nación, por tu respeto  
quiero, señor, sacrificar la vida  
por escapar la tuya deste aprieto,  
y en contra de mi patria aborrecida  
volver las armas y áspero decreto,  
desviando gran número de espadas  
que están a tu costado enderezadas».

Tras esto allí les dijo todo cuanto  
con Pran le sucedió y habéis oído,  
que, si me acuerdo, en el pasado canto  
lo tengo largamente referido.  
Quedó Reinoso atónito de espanto  
y con ánimo y rostro agradecido  
los brazos amorosos le echó al cuello,  
dándole encarecidas gracias dello.

Y alabando la astucia y artificio  
con que del trato doble usado había,  
exageró el famoso y gran servicio  
que a todo el reino y cristiandad hacía,  
diciendo que tan grande beneficio  
siempre en nuestra memoria duraría  
y con honroso premio de presente  
sería remunerado largamente.

Quedaron, pues, de acuerdo que otro día,  
sin que noticia dello a nadie diese,  
en el tiempo y lugar que puesto había  
con el vecino capitán se viese;  
que de la vista y habla entendería  
lo que más al negocio conviniese,  
trayéndole por mañas y rodeo  
al esperado fin de su deseo.

Hízolo pues así; pero antes desto  
a la salida de un espeso valle  
halló al amigo en centinela puesto,  
esperándole ya para guialle  
donde Caupolicán con ledo gesto,  
saliendo algunos pasos a encontralle  
adelantado un trecho de su gente  
le recibió amorosa y cortésmente,

diciendo: «¡Oh capitán!, hoy por el cielo  
en esta dignidad constituido,  
a quien la redención del patrio suelo  
justa y méritamente ha cometido,  
bien sé que sólo con honrado celo  
de virtud propia y de valor movido,  
aspiras a arribar do ningún hombre  
tendrá puesto adelante más su nombre;

y habiendo de tu pecho penetrado  
el intento y designio valeroso,

de tu fortuna próspera guiado,  
que promete suceso venturoso,  
estoy resuelto, estoy determinado  
que con golpe de gente numeroso  
demos, siendo tú sólo nuestra guía,  
sobre el fuerte español a mediodía.

Para lo cual ha sido mi venida  
sorda y secretamente en esta parte,  
donde siendo tu boca la medida,  
quiero del justo premio asegurarte  
y ver si a ti esta empresa cometida,  
quieres della y nosotros encargarte,  
dando, como cabeza y dueño, en todo  
el orden, la instrucción, la traza y modo.

Que demás de las honras, te aseguro  
de parte del Senado un señorío,  
y por el fuerte Eponamón te juro  
que éste será escogido a tu albedrío.  
En tus manos me pongo y aventuro  
y a tu buen parecer remito el mío,  
para que des el orden que convenga  
y el esperado bien no se detenga.

Pues con tu ayuda y mi esperanza cierta,  
que me prometen próspera jornada,  
en una parte oculta y encubierta  
tengo cerca de aquí mi gente armada,

y antes que sea de alguno descubierta  
y la plaza enemiga preparada,  
que es el peligro solo que esto tiene,  
apresurar la ejecución conviene.

Resuélvete, ¡oh varón!, y determina,  
como de ti se espera, brevemente,  
que detrás deste monte a la marina  
está el copioso ejército obediente,  
y porque puedas ver la disciplina,  
los ánimos, las armas y la gente,  
podrás llegar allá, que aquí te aguardo,  
con esperanza y ánimo gallardo».

El traidor pertinaz, que atento estaba  
a cuanto el General le prometía,  
no la oferta ni el premio le mudaba  
de la fea maldad que cometía;  
bien que algún tanto tímido dudaba  
viendo de aquel varón la valentía,  
el ser gallardo y el feroz semblante,  
la proporción y miembros de gigante.

Venía el robusto y grande cuerpo armado  
de una fuerte coraza barreada,  
con un drago escamoso relevado  
sobre el alto crestón de la celada;  
en la derecha su bastón ferrado,  
ceñida al lado una tajante espada,

representando en talle y apostura  
del furibundo Marte la figura.

Visto por Andresillo cuán barato  
podía salir con el malvado hecho,  
teniendo en su traición y doble trato  
andado en poco tiempo tanto trecho,  
con alegre semblante y rostro grato,  
aunque con doble y engañoso pecho,  
hincando ambas rodillas en el llano  
tal respuesta volvió a Caupolicano:

«¡Oh gran Apó!: no pienses que movido  
por honra, por riqueza o por estado,  
a tus pies y obediencia soy venido  
a servirte y morir determinado;  
que todo lo que aquí me has ofrecido  
y lo que puede más ser deseado  
no me provoca tanto ni me instiga  
cuanto la gran razón que a ello me obliga.

Gracias al cielo doy, pues mi esperanza,  
en tu prudencia y gran valor fundada,  
la siento ya con próspera bonanza  
ir al derecho puerto encaminada;  
y porque no nos dañe la tardanza  
será bien que apresures la jornada,  
siguiendo la fortuna, que se muestra  
declarada en favor de parte nuestra;

que nuestros enemigos sin recelo  
a las armas de noche acostumbrados,  
cuando va el sol en la mitad del cielo  
descansan en sus toldos desarmados,  
y desnudos y echados por el suelo,  
en vino y dulce sueño sepultados,  
pasan la ardiente siesta en gran reposo  
hasta que el sol declina caluroso.

Y si estás, como dices, prevenido  
y la gente vecina, en ordenanza,  
que goces luego la ocasión te pido,  
no dejando pasar esta bonanza;  
que el tiempo es malo de cobrar, perdido,  
mayormente si daña la tardanza;  
y pues no te detiene cosa alguna  
no detengas tus hados y fortuna.

Que a darte la vitoria yo me obligo,  
no por el galardón que dello espero,  
que la virtud la paga trae consigo  
y ella misma es el premio verdadero;  
basta lo que en servirte yo consigo,  
y así graciosamente me prefiero  
de ponerte sin pérdida en la mano  
la desnuda garganta del tirano.

Mañana disfrazado, al tiempo cuando  
vaya el sol en mitad de su jornada,

vendrá a mi estancia Pran, donde aguardando  
estaré su venida deseada;  
y en el presidio y franca plaza entrando,  
verá la gente entonces entregada  
al ordinario y descuidado sueño,  
sin prevención, y al parecer sin dueño.

«Esta noche, callada y quietamente,  
desviada a la diestra del camino  
venga a ponerse en escuadrón la gente  
una milla del fuerte y más vecino;  
y cuando asome el sol por el oriente,  
echada en recogido remolino,  
bajas las armas por la luz del día,  
aguarde allí el aviso y orden mía.

Quiero ver, pues que dello eres servido,  
por ir del todo alegre y satisfecho,  
tu dichoso escuadrón constituido  
para tan alto y señalado hecho;  
por quien Arauco ya restituido  
en sus primeras fuerzas y derecho,  
echada la española tiranía,  
estenderá su nombre y monarquía».

Quedó Caupolicano de manera  
que tuvo el trato y hecho por seguro,  
diciéndole razones que moviera  
no un corazón movable, pero un muro;

y en señal de firmeza verdadera  
le dio un lucido llauto de oro puro  
y un grueso mazo de chaquira prima,  
cosa entre ellos tenida en grande estima.

Y del alegre Pran acompañado  
al pie de un alto cerro montuoso  
vio el araucano ejército emboscado,  
de brava gente y número copioso:  
quedó el traidor de verlo algo turbado  
y en la falsa y mudable fe dudoso:  
que en el ánimo vario y movedido  
hace el temor lo que virtud no hizo.

Pero ya la maldad apoderada  
dándole espuelas, y ánimo bastante,  
la duda tropelló representada,  
llevando el mal propósito adelante.  
Y así, encubriendo la intención dañada  
con mentirosas muestras y semblantes,  
loó el traidor encarecidamente  
el sitio, el orden, armas y la gente.

Y después de inquirir y haber notado  
lo que notar entonces convenía,  
visto el grande aparato y tanteado  
la gente armada y cantidad que había,  
advertido de todo y enterado,  
llegó al presidio al rematar del día,

adonde le esperaba ya Reinoso,  
de su larga tardanza sospechoso.

Hizo con singular advertimiento  
de su jornada relación copiosa,  
dándole mayor ánimo y aliento  
nuestra llegada a tiempo provechosa.  
Que si estuvistes a mi canto atento,  
por la mañana y costa montuosa  
al socorro llegué aquel mismo día  
con los treinta que dije en compañía.

Gastóse aquella noche previniendo  
las armas e instrumentos militares  
el foso, muro y plaza requiriendo,  
señalando a la gente sus lugares,  
hasta que fue la aurora descubriendo  
con turbia luz los hondo valladares,  
dando triste señal del día esperado  
por tanta sangre y muerte señalado.

Jamás se vio en los términos australes  
salir el sol tan tardo a su jornada,  
rehusando de dar a los mortales  
la claridad y luz acostumbrada:  
al fin salió cercado de señales,  
y la luna delante dél menguada,  
vuelto el mudable y blanco rostro al cielo  
por no mirar al araucano suelo.

Hecha la prevención en confianza  
por una y otra parte ocultamente,  
con iguales designios y esperanza  
aunque con hado y suerte diferente.  
Veis aquí a Pran, que solo y a la usanza  
de los mitayos indios diligentes,  
cargado con un haz de blanco trigo  
viene a buscar al alevoso amigo,

que a la salida de su rancho estaba  
mirando a los caminos ocupado,  
pareciéndole ya que se pasaba  
el tiempo del concierto aún no llegado.  
Tanto ya la maldad le aceleraba  
de una furia maligna espoleado,  
que siempre en lo que mucho se desea  
no hay brevedad que dilación no sea.

Llegado Pran, le aseguró de cierto  
que la gente en dos tercios dividida  
había el murado sitio descubierto,  
sin ser de nadie vista ni sentida.  
Y con paso callado y gran concierto,  
doméstica, ordenada y recogida  
los pechos y las armas arrastrando,  
venía derecha al fuerte caminando.

Con muestra del designio diferente  
dio Andresillo señal de su alegría,

diciendo que sin duda nuestra gente  
ya según su costumbre dormiría;  
luego, disimulada y quietamente,  
sin más se detener, de compañía  
entraron en el fuerte preparado  
el falso engañador y el engañado.

Vieron en sus estancias recogidos  
todos los oficiales y soldados,  
sobre sus lechos, sin dormir dormidos,  
con aviso y cuidado descuidados;  
los arneses acá desguarnecidos,  
los caballos allá desensillados  
todo de industria al parecer revuelto,  
en un mudo silencio y sueño envuelto.

Visto el reposo, Pran, visto el sosiego  
y poca guardia que en el fuerte había,  
alegre dello tanto cuanto ciego  
en no ver la sospecha que traía,  
sin detenerse un solo punto, luego  
por una corta senda que él sabía,  
haciendo de sus pies y aliento prueba,  
fue a dar al campo la esperada nueva.

Apenas había el bárbaro traspuesto,  
cuando Andresillo en tono levantado  
dijo: «¡Oh fuertes soldados, en quien puesto  
está el fin de la guerra deseado!

Tomad las vencedoras armas presto  
y romped el silencio ya escusado  
saliendo a toda priesa, porque os digo  
que a las puertas tenéis al enemigo».

Marinero jamás tan diligente  
de entre la vedijosa bernia salta  
cuando los gritos del piloto siente  
y la borrasca súbita le asalta,  
como nosotros, que ligeramente,  
oyendo de Andresillo la voz alta,  
de los toldos con ímpetu salimos  
y a las vecinas armas acudimos.

Quién al usado peto arremetía,  
quién encaja la gola y la celada  
quién ensilla el caballo y quién salía  
con arcabuz, con lanza o con espada;  
fue en un punto la gruesa artillería  
a las abiertas puertas asestada,  
lentos de tiros mil, de mil maneras,  
los traveses, cortinas y troneras.

Puesta en orden la plaza y encargado  
según el puesto a cada cual su oficio,  
el silencio importante encomendado  
trabó las lenguas y aquietó el bullicio,  
quedando aquel presidio tan callado,  
que la gente extramuros de servicio,

visto el sosiego y gran quietud, juzgaba  
que todo en igual sueño reposaba.

No fue Pran en el curso negligente,  
pues apenas estábamos armados,  
cuando los enemigos de repente  
se descubrieron cerca por dos lados.  
Venían tan escondida y sordamente,  
bajas las armas y ellos inclinados,  
que entraran, si la vista ya no fuera  
más presta que el oído y más ligera.

Como el cursado cazador que tiene  
la caza y el lugar reconocido,  
que poco a poco el cuerpo bajo viene  
entre la yerba y matas escondido:  
ya apresura el andar, ya le detiene,  
mueve y asienta el paso sin ruido  
hasta ponerse cerca y encubierto  
donde pueda hacer el tiro cierto,

con no menor silencio y mayor tiento  
los encubiertos indios parecieron  
y sobre nuestro fuerte en un momento  
a treinta y menos pasos se pusieron,  
de do sin són de trompa ni instrumento  
en callado tropel arremetieron  
más de dos mil en número a las puertas,  
con más cuidado que descuido abiertas.

No sé con qué palabras, con qué gusto  
este sangriento y crudo asalto cuente,  
y la lástima justa y odio justo,  
que ambas cosas concurren juntamente.  
El ánimo ahora humano, ahora robusto  
me suspende y me tiene diferente,  
que si al piadoso celo satisfago,  
condeno y doy por malo lo que hago.

Si del asalto y ocasión me alejo,  
dentro della y del fuerte estoy metido;  
si en este punto y término lo dejo,  
hago y cumplo muy mal lo prometido;  
así dudoso el ánimo y perplejo,  
destos juntos contrarios combatido,  
lo dejo al otro canto reservado,  
que de consejo estoy necesitado.

## Canto XXXII

*Arremeten los araucanos el fuerte; son rebatidos con miserable estrago de su parte. Caupolicán se retira a la sierra deshaciendo el campo. Cuenta don Alonso de Ercilla, a ruego de ciertos soldados, la verdadera historia y vida de Dido*

Excelente virtud, loable cosa  
de todos dignamente celebrada  
es la clemencia ilustre y generosa,  
jamás en bajo pecho aposentada;  
por ella Roma fue tan poderosa,  
y más gentes venció que por la espada,  
domó y puso debajo de sus leyes  
la indómita cerviz de grandes reyes.

No consiste en vencer sólo la gloria  
ni está allí la grandeza y excelencia  
sino en saber usar de la vitoria,  
ilustrándola más con la clemencia.  
El vencedor es digno de memoria  
que en la ira se hace resistencia  
y es mayor la vitoria del clemente,  
pues los ánimos vence juntamente.

Y así no es el vencedor tan glorioso  
del capitán cruel inexorable,  
que cuanto fuere menos sanguinoso  
tanto será mayor y más loable;

y el correr del cuchillo riguroso  
mientras dura la furia es disculpable,  
mas pasado, después, a sangre fría,  
es venganza, crueldad y tiranía.

La mucha sangre derramada ha sido  
(si mi juicio y parecer no yerra)  
la que de todo en todo ha destruido  
el esperado fruto desta tierra;  
pues con modo inhumano han excedido  
de las leyes y términos de guerra,  
haciendo en las entradas y conquistas  
crueldades inormes nunca vistas.

Y aunque ésta en mi opinión dellas es una,  
la voz común en contra me convence  
que al fin en ley de mundo y de fortuna  
todo le es justo y lícito al que vence.  
Mas dejada esta plática importuna,  
me parece ya tiempo que comience  
el crudo estrago y excesivo modo,  
en parte justo, y lastimoso en todo.

Dejé el bárbaro campo sobre el fuerte  
en medio del furor y arremetida,  
y la callada y encubierta muerte  
de mil géneros de armas prevenida.  
Llevado, pues, del hado y dura suerte  
con presto paso y con fatal corrida,

emboca por la puerta y falsa entrada  
el gran tropel de gente amontonada.

¡Dios sempiterno, qué fracaso extraño,  
qué riza, qué destrozo y batería  
hubo en la triste gente, que al engaño  
ciega, pensando de engañar, venía!  
¿Quién podrá referir el grave daño,  
la espantosa y tremenda artillería,  
el ñublado de tiros turbulento  
que descargó de golpe en un momento?

Unos vieran de claro atravesados,  
otros llevados la cabeza y brazos,  
otros sin forma alguna machucados,  
y muchos barrenados de picazos;  
miembros sin cuerpos, cuerpos desmembrados,  
lloviendo lejos trozos y pedazos,  
hígados, intestinos, rotos huesos,  
entrañas vivas y bullentes sesos.

Como la estrecha bien cebada mina  
cuando con grande estrépito revienta,  
que la furia del fuego repentina,  
las torres vuela y máquinas avienta,  
con más estruendo y con mayor ruina  
la fuerza de la pólvora violenta  
voló y hizo pedazos en un punto  
cuanto del escuadrón alcanzó junto.

La mudable sin ley cruda fortuna  
despedazó el ejército araucano,  
no habiendo un solo tiro ni arma alguna  
que errase el golpe ni cayese en vano.  
Nunca se vio morir tantos a una  
y así, aunque yo apresure más la mano,  
no puedo proseguir, que me divierte  
tanto golpe, herida, tanta muerte.

Aún no eran bien los tiros disparados  
cuando por verse fuera en campo raso,  
los caballos a un tiempo espoleados  
rompen la entrada y ocupado paso,  
y en los segundos indios, que ovillados  
estaban como atónitos del caso,  
hacen riza y mayor carnicería  
que pudiera hacer la artillería.

Quién aquéste y aquél alanceando  
abre sangrienta y ancha la salida,  
quién a diestro y siniestro golpeando  
priva a aquéstos y a aquéllos de la vida;  
no hay ánimo ni brazo allí tan blando  
que no cale y ahonde la herida,  
ni espada de tan gureso y boto filo  
que no destile sangre hilo a hilo.

Quisiera aquí despacio figurarlos,  
y figurar las formas de los muertos:

unos atropellados de caballos,  
otros los pechos y cabeza abiertos,  
otros que era gran lástima mirallos,  
las entrañas y sesos descubiertos,  
vieran otros deshechos y hechos piezas,  
otros cuerpos enteros sin cabezas.

Las voces, los lamentos, los gemidos,  
el miserable y lastimoso duelo,  
el rumor de las armas y alaridos  
hinchén el aire y cóncavo del cielo;  
luchando con la muerte los caídos  
se tuercen y revuelcan por el suelo,  
saliendo a un mismo tiempo tantas vidas  
por diversos lugares y heridas.

Ya que libre dejó el súbito espanto  
al embaucado Pran, que estaba fuera,  
visto el destrozo cierto, y falso cuanto  
el traidor de Andresillo le dijera,  
la pena y sentimiento pudo tanto  
que aunque escaparse el mísero pudiera,  
en medio de las armas desarmado  
a morir se arrojó desesperado.

Mas los últimos indios venturosos  
a los cuales llegó sólo el estruendo,  
volviendo las espaldas presurosos  
muestran las plantas de los pies huyendo;

los nuestros, del alcance deseosos,  
en carrera veloz los van siguiendo,  
hiriendo y derribando en los postreros  
los menos diligentes y ligeros.

Pero algunos valientes, que estimaban  
la ganada opinión más que la vida,  
volviendo el pecho y armas refrenaban  
el ímpetu de muchos y corrida;  
y aunque con grande esfuerzo peleaban,  
era presto la guerra difinida,  
que la furiosa muerte allí su espada  
traía de entrambos cortes afilada.

Como en el ya revuelto cielo, cuando  
se forman por mil partes los ñublados  
que van unos creciendo, otros menguando,  
otros luego de nuevo levantados;  
mas el norueste frígido soplando  
los impele y arroja amontonados  
hasta buscar del ábrego el reparo,  
dejando el cielo raso y aire claro,

así la gente atónita y turbada  
en partes dividida se esparcía,  
y a las veces juntándose, esforzada,  
haciendo cuerpo y rostro revolvía.  
Pero de la violencia arrebatada,  
dejó el campo y banderas aquel día,

quedando de los rotos escuadrones  
gran número de muertos y prisiones.

Deshechos, pues, del todo y destruidos,  
y acabado el alcance y seguimiento,  
los presos y despojos repartidos,  
volvimos al dejado alojamiento  
donde trece caciques elegidos  
para ejemplar castigo y escarmiento,  
a la boca de un grueso tiro atados,  
fueron, dándole fuego, justiciados.

Muchos habrá de preguntar ganosos  
si en el montón y número de gente  
algunos de los indios valerosos  
fueron muertos allí confusamente;  
pues en todos los hechos peligrosos  
Rengo, Orompello y Tucapel valiente  
iban delante en la primera hilera,  
abriendo siempre el paso y la carrera.

Respondo a esto, Señor, que no venía  
capitán ni cacique señalado,  
visto que el General usado había  
de fraude y trato entrellos reprobado,  
diciendo ser vileza y cobardía  
tomar al enemigo descuidado,  
y vitoria sin gloria y alabanza  
la que por bajo término se alcanza.

Así que una arrogancia generosa  
los escapó del trance y muerte cruda,  
que ninguno por ruego ni otra cosa  
quiso en ello venir ni dar ayuda,  
teniendo por hazaña vergonzosa  
vencer gente sin armas y desnuda:  
que el peligro en la guerra es el que honra  
y el que vence sin él, vence sin honra.

Quedó Caupolicán desta jornada  
roto, deshecho y falto de pujanza,  
que fue mucha la sangre derramada  
y poca de su parte la venganza:  
el cual viendo la turba amedrentada  
y el ardor resfriado y la esperanza,  
deshizo el campo entonces conveniente,  
dando licencia a la cansada gente.

Quísose entretener mientras pasaba  
de los contrarios hados la corrida,  
conociendo de sí que peleaba  
con cansada fortuna envejecida.  
Así la gente en partes derramaba  
con orden que estuviese apercebida  
en cualquiera ocasión y movimiento,  
para el primer aviso y mandamiento.

Y con solos diez hombres retirado,  
gente de confianza y valentía,

ora en el monte inculto, ora en poblado,  
desmintiendo los rastros parecía,  
y en lugares ocultos alojado  
jamás gran tiempo en una residía,  
usando de su bárbara insolencia  
por tenerlos en miedo y obediencia.

Nosotros en su incierto rastro a tino  
andábamos haciendo mil jornadas,  
no dejando lugar circunvecino  
que no diésemos salto y trasnochadas.  
Y en los más apartados del camino  
hallábamos las casas ocupadas  
de gente forajida de la tierra  
que ya andaba huyendo de la guerra,

diciendo que de grado volvería  
a sus yermas estancias y heredades,  
pero que el General los compelia  
usando de inhumanas crueldades;  
y si en esto remedio se ponía,  
llanas estaban ya las voluntades  
para dejar las armas los soldados,  
de la prolija guerra quebrantados.

Y aunque esto era fingido, gran cuidado  
se puso en inquirir toda la tierra,  
no quedando lugar inhabitado,  
monte, valle, ribera, llano y sierra

donde no fuese el bárbaro buscado;  
mas por bien ni por mal, por paz ni guerra,  
aunque todo con todos lo probamos,  
jamás señal, ni lengua dél hallamos.

No amenaza, castigo ni tormento  
pudo sacar noticia o rastro alguno,  
ni caricia, interés ni ofrecimiento  
jamás a corromper bastó a ninguno;  
andábamos atónitos y a tiento,  
según la variedad de cada uno,  
de día, de noche, acá y allá perdidos,  
del sueño y de las armas afligidos.

Saliendo yo a correr la tierra un día  
por caminos y pasos desusados,  
llevando por escolta y compañía  
una escuadra de pláticos soldados  
dimos en una oculta ranchería  
de domésticos indios ausentados,  
que por ser grande el bosque y la distancia  
tomaron por segura aquella estancia.

Sobre un haz de arrancada yerba estaba  
en la cabeza una mujer herida,  
moza que de quince años no pasaba,  
de noble traje y parecer, vestida.  
Y en la color quebrada se mostraba  
la falta de la sangre, que esparcida

por la delgada y blanca vestidura,  
la lástima aumentaba y hermosura.

Pregunté qué ocasión la había traído  
a lugar tan extraño y apartado,  
cómo y por qué razón la habían herido  
y de inhumana crueldad usado.  
Ella, con rostro y ánimo caído  
y el tono del hablar debilitado,  
me dijo: «Es cosa cierta y prometida  
la muerte triste tras la alegre vida.

Porque entiendas el dejo y desvarío  
que el humano contento trae consigo,  
aún no es cumplido un mes que el padre mío,  
usando de privado amor conmigo,  
me dio esposo elegido a mi albedrío,  
esposo y juntamente grande amigo,  
tal y de tantas partes, que yo creo  
que en él hallara término el deseo.

Pero su esfuerzo raro y valentía,  
que della por extremo era dotado,  
le trujo a la temprana muerte el día  
que fue nuestro escuadrón despedazado,  
donde cerca de mí, que le seguía,  
un tiro le pasó por el costado,  
que fuera menos crudo y más derecho  
si abriera antes el paso por mi pecho.

Cayó muerto, quedando yo con vida,  
vida más enojosa que la muerte;  
mas viéndome un soldado así afligida  
(en parte condolido de mi suerte)  
me dio, por acabarme, esta herida  
con brazo aunque piadoso no tan fuerte  
que mi espíritu suelto le siguiese  
y un bien tras tanto mal me sucediese.

Dio conmigo en el suelo fácilmente  
aunque no me privó de mi sentido,  
pasando el golpe y furia de la gente  
en confuso tropel con gran ruido.  
Pero luego un cacique mi pariente,  
que en un hoyo al pasar quedó escondido,  
en brazos me sacó del gran tumulto  
trayéndome a este bosque y sitio oculto

«donde espero morir cada momento;  
mas ya como esperado bien se tarda,  
que es costumbre ordinaria del contento,  
no acabar de llegar a quien le aguarda.  
Y aunque ya de mi vida al fin me siento,  
conmigo el cielo término no guarda,  
ni la llamada muerte y tiempo viene,  
que mi deseo la impide y la detiene.

La vida así me cansa y aborrece,  
viendo muerto a mi esposo y dulce amigo,

que cada hora que vivo me parece  
que cometo maldad, pues no le sigo;  
y pues el tiempo esta ocasión me ofrece,  
usa tú de piedad, señor, conmigo,  
acabando hoy aquí lo que el soldado  
dejó por flojo brazo comenzado».

Así la triste joven luego, luego  
demandaba la muerte, de manera  
que algún simple de lástima a su ruego  
con bárbara piedad condecendiera.  
Mas yo, que un tiempo aquel rabioso fuego  
labró en mi inculto pecho, viendo que era  
más cruel el amor que la herida,  
corrí presto al remedio de la vida.

Y habiéndola algún tanto consolado,  
y traído a que viese claramente  
que era el morir remedio condenado  
y para el muerto esposo impertinente,  
con el zumo de yerbas aplicado  
(medicina ordinaria desta gente)  
le apreté la herida lastimosa,  
no tanto cuanto grande, peligrosa.

Dejando pues un práctico ladino  
para que poco a poco la llevase,  
y en los tomados pasos y camino  
del peligro al pasar la asegurase,

partir a mi jornada me convino;  
mas primero que della me apartase  
supe que se llamaba Lauca y que era  
hija de Millalauco y heredera.

La vuelta del presidio caminando  
sin hallar otra cosa de importancia,  
iba con los soldados platicando  
de la fe de las indias y constancia  
de muchas (aunque bárbaras) loando  
el firme amor y gran perseverancia,  
pues no guardó la casta Elisa Dido  
la fe con más rigor a su marido.

Mas un soldado joven, que venía  
escuchando la plática movida,  
diciendo me atajó que no tenía  
a Dido por tan casta y recogida,  
pues en la Eneyda de Marón vería  
que del amor libídino encendida,  
siguiendo el torpe fin de su deseo  
rompió la fe y promesa a su Sicheo.

Visto, pues, el agravio tan notable  
y la objeción siniestra del soldado,  
por el gran testimonio incompensable,  
a la casta fenisa levantado,  
pareciéndome cosa razonable  
mostrarle que en aquello andaba errado

él y todos los más que me escuchaban  
que en la misma opinión también estaban,

les dije que, queriendo el Mantuano  
hermosear su Eneas floreciente  
porque César Augusto Octaviano  
se preciaba de ser su decendiente,  
con Dido usó de término inhumano  
infamándola injusta y falsamente,  
pues vemos por los tiempos haber sido  
Eneas cien años antes que fue Dido.

Quedaron admirados en oírme,  
que así Virgilio a Dido disfamase,  
haciendo instancia todos en pedirme  
que su vida y discurso les contase.  
Yo pensando también con divertirme,  
que la cuerda el trabajo algo aflojase,  
los quise complacer y también quiero  
daros aquí razón de mí primero:

Cuento una vida casta, una fee pura  
de la fama y voz pública ofendida,  
en esta no pensada coyuntura  
por raro ejemplo y ocasión traída,  
y una falsa opinión que tanto dura  
no se puede mudar tan de corrida,  
ni del rudo común, mal informado,  
arrancar un error tan arraigado.

Y pues de aquí al presidio yo no hallo  
cosa que sea de gusto ni contento,  
sin dejar de picar siempre al caballo,  
ni del tiempo perder sólo un momento,  
no pudiendo eximirme ni escusallo  
por ser historia y agradable el cuento,  
quiero gastar en él, si no os enfada,  
este rato y sazón desocupada.

Que el áspero sujeto desabrido,  
tan seco, tan estéril y desierto,  
y el estrecho camino que he seguido,  
a puros brazos del trabajo abierto,  
a término me tienen reducido  
que busco anchura y campo descubierta  
donde con libertad, sin fatigarme,  
os pueda recrear y recrearme.

Viendo que os tiene sordo y atronado  
el rumor de las armas inquieto,  
siempre en un mismo ser continuado,  
sin mudar són ni variar sujeto,  
por espaciar el ánimo cansado  
y ser el tiempo cómodo y quieto,  
hago esta digresión, que a caso vino  
cortada a la medida del camino.

Y pues una ficción impertinente  
que destruye una honra es bien oída,

y a la reina de Tiro injustamente  
infama y culpa su inculpable vida,  
la verdad, que es la ley de toda gente,  
por quien es en su honor restituida,  
¿por qué no debe ser, siendo cantada,  
en cualquiera sazón bien escuchada?

Que la causa mayor que me ha movido  
(demás de ser cual veis importunado)  
es el honor de la constante Dido,  
inadvertidamente condenado.  
Preste, pues, atención y grato oído  
quien a oír la verdad es inclinado,  
que el mal ofende (aun dicho en pasatiempo)  
y para decir bien siempre es buen tiempo.

Cartago antes que Roma fue fundada  
setenta años contados comúnmente  
por Dido, ilustre reina, venerada  
por diosa un tiempo de la tiria gente.  
Del rey Belo su padre fue casada  
con el sumo Pontífice asistente  
del gran templo de Alcides, el cual era  
después del Rey la dignidad primera.

Éste es aquel Siqueo ya nombrado,  
a quien Dido guardó la fe inviolable,  
varón sabio en sus ritos y abastado  
de bienes y tesoro inestimable.

Mas lo que para alivio había allegado  
fue causa de su muerte miserable;  
que, en fin, lo que codicia mucha gente  
ninguno lo posee seguramente.

Dejó Belo dos hijos herederos,  
uno Pigmaleón y el otro Dido,  
a quien en los consejos postrimeros  
encargó la hermandad y amor unido;  
lo cual, aunque duró los días primeros,  
de cudicia el hermano corrompido  
por haber los tesoros del cuñado,  
le dio la muerte envuelta en un bocado.

Sintió, pues, la mujer su muerte tanto  
que no bastando a resistir la pena,  
soltó con doloroso y fiero llanto  
de lágrimas un flujo en larga vena,  
y cubriendo de triste y negro manto  
los bellos miembros y la faz serena,  
con pompa funeral cerimoniosa  
dio al cuerpo sepultura sumptuosa.

Y aunque del casto amor notable indicio  
fue el soberbio sepulcro y monumento,  
no igualó en la grandeza el edificio  
al dolor de la Reina y sentimiento;  
que siempre con devoto sacrificio  
y continuos sollozos y lamento

llamando al sordo espíritu, hacía  
a las frías cenizas compañía,

diciendo: «¿Es justo, dioses, que yo quede  
en este solitario apartamiento?

¡Ay!, que de tibia fe y amor procede  
no acabar de matarme el sentimiento;  
el mal no es grande que sufrir se puede  
y corto al que no basta sufrimiento;  
mas quiere el cielo dilatar mi muerte  
porque dure el dolor, más que ella fuerte».

Aunque el odio y rencor disimulaba  
contra el pérfido hermano poderoso,  
venganza al cielo sin cesar clamaba  
con ira muda y con gemir rabioso,  
y cuando sola a ratos se hallaba,  
desfogando aquel ímpetu bascoso  
soltaba, con un bajo són gimiendo,  
la reprimida rabia y voz, diciendo:

«Traidor, dime ¿qué caso irremediable  
debajo de hermandad y ley fingida  
a maldad te movió tan detestable  
contra tu misma sangre cometida?  
Si fue sed de riquezas insaciable,  
quitárasle el tesoro y no la vida,  
templando tu impiedad y furia insana  
el amor y respeto de tu hermana.

«Si no miraste, ingrato, al beneficio  
que dél como cuñado recibías,  
miraras al nefario sacrificio  
que del hermano de tu madre hacías,  
y al malvado y horrendo maleficio  
en tu pecho forjado tantos días,  
pues no podrás decir que fue accidente,  
que nunca nadie es malo de repente.

«Si de tu inorme intento y desatino  
me hubieras con indicios advertido,  
no por tan duro y áspero camino  
el tesoro alcanzaras pretendido;  
mas el mal cuando viene por destino  
no puede ser a tiempo prevenido.  
¡Ay!, ¿qué aprovecha el lamentarme ahora?,  
que siempre es tarde ya cuando se llora.

¿Por qué, fiero enemigo, así quisiste  
dejarte arrebatar de tu deseo,  
tan ciego de codicia, que no viste  
que matabas a Dido con Sicheo?  
Materia de maldad al mundo diste  
con un hecho atrocísimo y tan feo,  
que durará en los siglos por memoria  
de tu traición la abominable historia.

«¿Cabe en razón, es cosa permitida,  
que, siendo tú traidor, siendo tirano,

perverso, atroz, sacrílego, homicida,  
tengas con estos nombres el de hermano?  
Y viéndome contigo convenida,  
mi crédito andará de mano en mano  
padeciendo mi honor agravio injusto:  
que no dice la fama cosa al justo.

Mas si huyo de ti, fiero enemigo,  
te irrito a que me sigas, pues que huyo.  
Si a mi marido en la fortuna sigo,  
todo lo que pretendes queda tuyo.  
Si habiéndole tú muerto estoy contigo,  
mancho la fama y mi opinión destruyo,  
que en parte ya parece que consiente  
quien perdona ligera y fácilmente.

¿Qué medio he de buscar a mal tan fuerte  
que el cielo ni la tierra no le tiene,  
y aquel forzoso y último, mi suerte  
(porque padezca más) me le detiene?  
¡Ay!, que si es malo desear la muerte,  
es peor el temerla, si conviene;  
que no es pena el morir a los cuidados  
sino fin de las penas y cuidados.

«Mas ya que el ser tú rey y recatado  
la venganza legítima me impida,  
procuraré atajar tu fin dañado  
con muestra doble y hermandad fingida;

y cuando pienses verte apoderado,  
quedarás con mi súbita partida  
sin hermana, tesoro y sin derecho  
y con la infamia del inorme hecho».

Así la triste Reina dolorosa  
sobre el rico sepulcro lamentando,  
pasaba vida triste y soledosa  
la venganza y el tiempo deseando.  
Pero de alguna fuerza recelosa,  
de su prudencia y discreción usando,  
doméstica, amorosa y blandamente  
al hermano escribió, que estaba ausente,

haciéndole entender que ya cansada  
del llanto y soledad que padecía  
en aquellos palacios y morada  
do tuvo un tiempo alegre compañía,  
de la triste memoria lastimada,  
dando algún vado a su dolor, quería  
irse con él poniendo fin al lloro  
con todas sus riquezas y tesoros;

para lo cual secreta y prestamente,  
una fornida flota le enviase,  
donde con todo su tesoro y gente  
en arribando al puerto se embarcase  
porque con el seguro conveniente  
el mar que estaba en medio atravesase,

que era solo el temido impedimento  
de su esperado y último contento.

Llegada, pues, la nueva al ambicioso  
rey de aquello que tanto deseaba,  
viendo que al fin y puerto venturoso  
sus cosas la fortuna encaminaba,  
alegre más que nunca y codicioso,  
luego una gruesa flota despachaba  
de naves y galeras, bastecida  
de gente, de regalos y comida.

Llegó al puerto la flota deseada  
con presta y no pensada diligencia,  
do la gente del Rey desembarcada  
fue luego a dar a Dido la obediencia,  
que mostrando placer de su llegada,  
con loable cuidado y providencia  
hizo luego hospedar toda la gente  
espléndida, cumplida y largamente.

En siendo tiempo, la cuidosa Dido  
a su gente mandó que se aprestase,  
y con alarde y público ruido  
los empacados muebles embarcase,  
haciendo que de noche y escondido  
en su nave al tesoro se cargase  
con tan grande secreto, que ninguno  
tuvo dello noticia o rastro alguno.

Tenía sesenta cajas prevenidas,  
llenas de gruesa arena y aplomadas,  
de fuertes cerraduras guarnecidas,  
con dobles planchas de metal herradas;  
éstas fueron en público traídas  
donde a vista de todos embarcadas  
daban muestra que en ellas iba el oro,  
las joyas, las riquezas y tesoro.

Luego Elisa, con tierno sentimiento  
del lastimado pueblo se embarcaba,  
dando presto la vela al manso viento  
que favorable en popa respiraba.  
La nave con sereno movimiento  
el llano y sosegado mar cortaba,  
comenzando a seguir toda la flota  
de la alta capitana la derrota.

Aquella noche y el siguiente día  
corrió con viento próspero la armada,  
mas ya que el mar las costas encubría  
y del todo se vio Dido engolfada,  
la noble y obediente compañía  
al borde de su nave congregada,  
hizo en torno allegar la demás gente,  
que a la vista también fuese presente,

diciéndoles con pecho valeroso,  
que su designio y pretensión no era

ir al injusto hermano cauteloso,  
de quien era enemiga verdadera,  
porque con trato y término alevoso  
debajo de hermandad y fe sincera,  
movido de sacrílego deseo  
había dado la muerte a su Sicheo.

Por donde ella también, no asegurada  
de sus secretos fraudes y traiciones,  
quería dejar la cara patria amada,  
su reino, su morada y posesiones,  
y al mar dudoso y vientos entregada  
buscar nuevas provincias y regiones,  
adonde con seguro viviría  
lejos de su dominio y tiranía.

Y pues que sus riquezas habían sido  
la causa de su daño y perdimiento  
matándole por ellas el marido,  
y lo serían quizá del seguimiento,  
todas consigo las había traído  
con voluntad y resolute intento  
de echarlas en el mar, do pereziesen,  
porque jamás a su poder viniesen.

Hizo luego sacar allí tras esto  
los cofres del arena barreados  
y con alarde y auto manifiesto  
en el profundo mar fueron lanzados;

los ministros del Rey con triste gesto,  
atónitos, confusos y turbados  
se miraban, teniendo por estraña  
de la animosa Reina la hazaña.

Y por el grave caso discurriendo  
que mudos y espantados los tenía,  
la furia del Rey mozo conociendo,  
que el perdido tesoro aumentaría,  
suspensos y medrosos, no sabiendo  
qué razón o descargo bastaría  
a que el airado Rey no los culpase  
y en ellos su furor no ejecutase.

Pues como la entendida Reina viese  
camino y coyuntura aparejada  
por do a su devoción se redujese  
la gente del hermano amedrentada,  
antes que el tiempo y la tardanza diese  
lugar a alguna novedad pensada,  
haciendo sosegar toda la gente,  
les dijo, prosiguiendo, lo siguiente:

«Amigos, que del firme intento mío  
habéis visto a los ojos ya la prueba,  
y cómo la fortuna a su albedrío  
errando por el ancho mar me lleva,  
podréis volver, si ya no es desvarío,  
a dar al Rey la desabrida nueva

del tesoro anegado, y mi huida  
a tierra y a región no conocida.

Pero ya conocéis por experiencia  
su irreparable furia acelerada,  
que viendo que volvéis a su presencia  
sin el tesoro y prenda deseada,  
descargará con bárbara impaciencia  
sobre vuestra cerviz la mano airada,  
sin escuchar descargo ni disculpa,  
añadiendo maldad y culpa a culpa.

Y pues es de temer la tiranía  
y el ímpetu de un mozo rey airado  
que así del caro reino y patria mía  
a buscar nuevas tierras me ha sacado,  
quien quisiere seguir mi compañía  
no se verá de mí desamparado,  
mas de todo el provecho y bien que espero  
será participante y compañero.

El lugar y aparejo es oportuno,  
y para haber consejo me remueve  
así que, pues sois sabios, cada uno  
elija de dos males el más leve.  
Si al Rey volvéis no ha de escapar ninguno,  
y este dolor y lástima me mueve  
a quereros rogar que vais conmigo  
por no ser yo la causa del castigo.

Las muertes figurad y crueldades  
que en vosotros habrán de esecutarse;  
no miréis a las casas y heredades,  
que todo por la vida es bien dejarse,  
que en fortunas y grandes tempestades  
sólo en lo que se escapa ha de pensarse,  
conociendo que están todos los bienes  
sujetos a peligros y vaivenes».

A las razones de la Reina atentos  
los turbados ministros estuvieron,  
y en la perpleja mente y pensamientos  
mil cosas en un punto resolvieron;  
al cabo (aunque diversos los intentos),  
todos de un parecer se resolvieron  
de seguirla hasta el fin en su viaje  
dándole la obediencia y vasallaje.

La fe con juramento establecida,  
sin que ninguno dellos rehusase,  
dando vela a la flota detenida,  
mandó Dido que a Cipro enderezase,  
donde graciosamente recibida,  
como allí su designio declarase,  
llevó del ciprioto pueblo amigo  
ochenta mozas vírgenes consigo

para a tiempo casarlas con la gente  
que en su servicio y devoción llevaba,

buscando alguna tierra conveniente  
donde fundar un pueblo deseaba:  
así la vía de la África al poniente  
con favorable viento navegaba.  
Mas forzoso será, según me sienta,  
dividir en dos partes este cuento.

### Canto XXXIII

*Prosigue don Alonso la navegación de Dido hasta que llegó a Biserta; cuenta cómo fundó a Cartago y la causa por qué se mató. También se contiene en este canto la prisión de Caupolicán*

Muchos entran con ímpetu y corrida  
por la carrera de virtud fragosa,  
y dan en la del vicio más seguida,  
de donde es el volver difícil cosa.  
El paso es llano y fácil la salida  
de la vida reglada a la anchurosa  
y más agrio el camino y ejercicio  
del vicio a la virtud, que della al vicio.

Así Pigmaleón había tenido  
señales de virtud en su crianza,  
y con grandes principios prometido  
de justo y liberal buena esperanza,  
pero de la codicia pervertido,  
hizo en breve sazón tan gran mudanza,  
que no sólo de bienes fue avariento,  
pero inhumano, pérfido y sangriento.

Lo cual nos dice bien la alevosía  
de la secreta muerte del cuñado  
que alegre y contentísimo vivía  
en la ley de hermandad asegurado;  
mayormente que entonces parecía

el Rey a la virtud aficionado,  
que no hay maldad más falsa y engañosa  
que la que trae la muestra virtuosa.

Ésta no le salió como pensaba  
sino al contrario en todo y diferente,  
pues no sólo no vio lo que esperaba  
pero perdió las naves y la gente.  
La reina viento en popa navegaba,  
como dije, la vuelta del poniente,  
tocando con sus naves y galeras  
en algunas comarcas y riberas.

Torció el curso a la diestra bordeando  
de las vadosas Sirtes recelosa,  
y a vista de Licudia, atravesando,  
corrió la costa de África arenosa;  
y siempre tierra a tierra navegando,  
pasó por entre el Ciervo y Lampadosa,  
llegando en salvo a Túnez con la armada,  
por el fatal decreto allí guiada.

Donde viendo el capaz y fértil suelo  
de frutíferas plantas adornado  
y el aire claro y el sereno cielo  
clemente al perecer y muy templado,  
perdido del hermano ya el recelo  
por verle tan distante y apartado,

quiso fundar un pueblo de cimiento,  
haciendo en él su habitación y asiento;

para lo cual trató luego de hecho  
con los vecinos que en el sitio había  
le vendiesen de tierra tanto trecho  
cuanto un cuero de buey circundaría.  
Los moradores, viendo que provecho  
de su contratación se les seguía,  
con la Reina en el precio convenidos,  
hicieron sus asientos y partidos.

Hecha la paga, el sitio señalado,  
mandó Dido buscar con diligencia  
un grande y grueso buey que, desollado,  
hizo estirar el cuero en su presencia;  
y en tiras sutilísimas cortado,  
tanto trecho tomó, que a la prudencia  
de la Reina sagaz y aviso estraño,  
le quisieron poner nombre de engaño.

Pero recompensó la demásía  
dejándolos contentos y pagados,  
descubriendo a los suyos que traía  
los ocultos tesoros escapados;  
que usado del ardid y astucia había  
de los cofres de arena al mar lanzados  
porque, cuando el hermano lo supiese,  
faltando la ocasión, no la siguiese.

Corregidas las faltas y defectos  
al orden de vivir perjudiciales,  
fueron por la prudente Reina electos  
cónsules, magistrados y oficiales;  
y traídos maestros arquitectos,  
juntos los necesarios materiales,  
dio principio la Reina valerosa  
a la labor de la ciudad famosa.

Fue la ciudad por orden fabricada,  
mostrándose los hados más propicios,  
en breve ennoblecida y ilustrada  
de sumptuosos y altos edificios;  
y la nueva república ordenada,  
leyes instituyó, criando oficios  
con que el pueblo en razón se mantuviese  
y en paz y orden política viviese.

Y por el gran valor y entendimiento  
con que el pueblo obediente gobernaba,  
iba siempre el concurso en crecimiento  
y los términos cortos dilatava;  
así que el trato y agradable asiento  
los ánimos y gustos provocaba,  
viniendo a vecindarse muchas gentes,  
de tierras y lugares diferentes;

y como en esos tiempos aún no había  
la invención del papel después hallada,

que en pieles de animales se escribía,  
y era cualquiera piel carta llamada,  
del cual nombre aún usamos hoy en día,  
así aquella ciudad edificada  
en el lugar por una piel medido,  
de carta la llamó Cartago Dido.

Hízose en poco tiempo tan famosa  
y de tanta grandeza y eminencia,  
que era cosa de ver maravillosa  
el trato de las gentes y frecuencia,  
mostrando aquella Reina valerosa  
en gobernar el pueblo tal prudencia,  
que muchos otros príncipes y reyes  
de su nueva ciudad tomaron leyes.

Y aunque era tal su ser, tal su cordura,  
que por diosa vinieron a tenella,  
ninguna de su tiempo en hermosura  
pudo ponerse al paragón con ella.  
Así que por milagro de natura  
como cosa no vista iban a vella,  
que no sé en las idólatras del suelo,  
a quien mayores partes diese el cielo.

Grandes matronas hubo que animosas  
por la fama a la muerte se entregaron,  
otras que por hazañas milagrosas  
las opresas repúblicas libraron;

pero todas perfetas tantas cosas  
como en Dido, en ninguna se juntaron:  
fue rica, fue hermosa, fue castísima,  
sabia, sagaz, constante y prudentísima.

Llegó luego la voz desto al oído  
del franco Yarbas, rey musilitano,  
mozo brioso y de valor, temido  
en todo el ancho término africano;  
el cual con juvenil furia movido  
de un impaciente y nuevo amor lozano,  
a la Reina despacha embajadores,  
de su consejo y reino los mayores,

pidiéndole que en pago del tormento  
que por ella pasaba cada hora,  
quisiese con felice casamiento  
de su persona y reino ser señora;  
donde no, que con justo sentimiento  
(como de tan gran rey despreciadora)  
sobre ella con ejército vendría  
y su gente y ciudad asolaría.

Hecha, pues, la embajada en el Senado,  
que no quiso la reina estar presente,  
les fue a los senadores intimado  
el ruego y la amenaza juntamente.  
Causóles turbación, considerado  
el casto voto y vida continente

que la constante Reina profesaba  
que al intento de Yarbás repugnaba.

Luego que los ancianos entendieron  
la demanda de Yarbás arrogante,  
llevar por artificio pretendieron  
el negocio difícil adelante;  
así que ante la Reina parecieron  
con triste rostro y tímido semblante,  
bajos los ojos, la color turbada,  
mostrando desplacer con la embajada,

diciéndole: «Sabrás que habiendo oído  
Yarbás tu buen gobierno y regimiento  
por la parlera fama encarecido  
y desta tu ciudad el crecimiento,  
de una loable pretensión movido,  
pide, que, sin algún detenimiento,  
veinte de tu consejo más instrutos  
vayan a reformar sus estatutos.

Y siendo de sufrir áspera cosa,  
impropia a nuestra edad y profesiones,  
dejar la patria cara y paz sabrosa  
por ir a incultas tierras y naciones  
a corregir de gente sediciosa  
las costumbres y viejas condiciones,  
todos sus consejeros los rehúsan,  
y con causas legítimas se escusan.

Viendo que el caro y último sosiego  
sin esperanza de volver perdemos,  
y no condescendiendo al impio ruego  
en gran peligro la ciudad ponemos,  
pues con grueso poder y armada luego  
al indignado joven Rey tendremos,  
para asolar a hierro y fiera llama  
tu pueblo insigne y celebrada fama.

«Esto es, en suma, lo que Yarbas pide  
con ruegos de amenaza acompañados,  
pero nuestra cansada edad lo impide,  
y las leyes nos hacen jubilados;  
pues no es razón, si por razón se mide,  
que de largos trabajos quebrantados  
dejemos nuestras casas y manida  
en el último tercio de la vida.

«Si a los peligros en la edad primera  
por adquirir honor nos arrojamos,  
es bien que en la cansada postrimera  
gocemos del descanso que ganamos,  
y a nuestra abandonada cabecera,  
al tiempo incierto de morir, tengamos  
quien nos cierre los ojos con ternura  
y dé a nuestras cenizas sepultura.

«Y pues tiene de ser en tu presencia  
esta perjudicial demanda puesta,

conviene que con maña y advertencia  
te prevengas de medios y respuesta,  
atajando tu seso y providencia  
el mal que el mauritano Rey protesta,  
de modo que la paz y amor conserves  
y de nuevos trabajos nos reserves».

Estuvo atenta allí la reina Elisa  
a la compuesta habla artificiosa,  
y con alegre rostro y grave risa,  
aunque sentía en el ánimo otra cosa,  
a todos los trató y miró de guisa  
tan agradable, blanda y amorosa,  
que si en verdad la relación pasara,  
de sus casas y quicios los sacara,

diciendo: «Amigos caros, que a los hados  
jamás os vi tan rendidos vez alguna  
y en los grandes peligros esforzados  
hicistes siempre rostro a la fortuna:  
¿cómo de tantas prendas olvidados  
en tan justa ocasión, por sólo una  
breve incomodidad de una jornada  
queréis ver vuestra patria arruinada?

Es a todos común, a todos llano,  
que debe (como miembro y parte unida)  
poner por su ciudad el ciudadano  
no sólo su descanso, mas la vida,

y por razón y por derecho humano  
de justa deuda natural debida,  
a posponer el hombre está obligado  
por el sosiego público el privado.

«¡Al alto y grande Iúpiter pluguiera  
que bastara ofrecer la vida mía,  
que presto el judicioso mundo viera  
cuán voluntariamente la ofrecía!  
Y pues habéis pasado la carrera  
por tan estrecha y trabajosa vía,  
no es bien que al rematar tan largo trecho  
borréis y deshagáis cuanto habéis hecho».

Visto los senadores cómo Dido  
(por el camino de razón llevada)  
en el armado lazo había caído,  
en sus mismas palabras enredada,  
cambiando en rostro alegre el afligido,  
las manos altas y la voz alzada,  
le dicen: «Todos juntos como estamos  
tus urgentes razones aprobamos.

Justamente, Señora, sentenciaste,  
sacándonos de duda y grande aprieto,  
que no hay razón tan eficaz que baste  
contra la autoridad de tu decreto;  
y porque tiempo en esto no se gaste,  
es bien que te aclaremos el secreto

pues por ningún respeto ni avenencia  
puedes contravenir a tu sentencia.

«Sabrás, Reina, que Yarbas no te envía  
por tus ancianos viejos impedidos,  
que en todo buen gobierno y policía  
tiene su reino y pueblos corregidos.  
Sólo quiere tu gracia y compañía,  
ofreciéndote en dote mil partidos,  
con útiles y honrosas condiciones  
y un infinito número de dones.

Advierte que, si a caso no acetares  
el santo conyugal ayuntamiento,  
y con errado acuerdo despreciares  
su larga voluntad y ofrecimiento,  
harás que el hierro y llamas militares  
asuelen a Cartago de cimiento,  
así que en tu elección y a tu escogida  
queda la guerra o paz comprometida.

Que si el buen ciudadano alegremente  
debe ofrecerse por la patria amiga,  
con más razón y fuerza más urgente  
como cabeza a ti la ley te obliga,  
y no puedes con causa suficiente  
dejar de redimir nuestra fatiga,  
dándonos con el tiempo prosperado  
la sucesión y fruto deseado.

Cuando a seguir estés determinada  
el casto infrutuoso presupuesto,  
mira a tus pies esta ciudad prostrada  
y al inocente cuello el lazo puesto,  
que por ti renunció la patria amada,  
debajo de promesa y de protesto  
que al descanso y quietud que pretendías  
el sosiego común antepondrías».

Sintió la Reina tanto al improviso  
la gran demanda y condición propuesta,  
que por más que encubrir la pena quiso,  
della el rostro señal dio manifiesta.  
Mas con su discreción y grande aviso,  
suspendiendo algún tanto la respuesta,  
soltó la voz serena y sosegada  
que la gran turbación tenía trabada,

diciéndoles: «Amigos, yo quisiera  
para que todo escándalo se evite,  
que responderos luego yo pudiera  
antes que Yarbas más nos necesite.  
Pero el negocio y caso es de manera  
que mi estado y grandeza no permite  
que me resuelva a responder tan presto  
aunque os parezca a todos que es honesto.

Que es mostrar liviandad y demás deso,  
falto a la obligación y fe que debo

si del intento casto y voto espreso  
a la primera persuasión me muevo,  
borrando el inviolable sello impreso  
de mi primero amor con otro nuevo;  
así que combatida de contrarios,  
son el tiempo y consejo necesarios.

Tres meses pido, amigos, solamente  
para acordar lo que se debe en esto,  
y dar satisfacción de mí a la gente  
en no determinarme así tan presto;  
que el libertado vulgo maldiciente  
aun quiere calumniar lo que es honesto;  
y como instituidores de las leyes,  
tienen más ojos sobre sí los reyes.

Yarbas no se dará por enemigo  
en cuanto el fin de los tres meses llega,  
y pasado este término me obligo  
de responderle grata a lo que ruega.  
Tomar, pues, menos plazo del que digo  
mi honestidad y estimación lo niega  
y no conviene a Dido dar disculpa,  
que es indicio de error y arguye culpa».

Cerróse aquí la Reina, y fue forzado  
hacer con los de Yarbas nuevo asiento,  
que aguardasen el tiempo señalado  
para determinar el casamiento;

los cuales, por el ruego del Senado  
y el gracioso hospedaje y tratamiento,  
quedaron en Cartago aquellos días  
con grandes regocijos y alegrías.

Y aunque el Senado en la demanda instaba  
por el provecho y general sosiego,  
la Reina la respuesta dilataba  
dando gratos oídos a su ruego;  
y entre tanto en secreto aparejaba  
lo que tenía pensado desde luego,  
que era acabar la vida miserable,  
primero que mudar la fe inmutable.

Llegado aquel funesto último día,  
el pueblo en la ancha plaza congregado,  
ricamente la Reina se vestía,  
subiendo en un esento y alto estrado,  
al pie del cual una hoguera había  
para la inmola y sacrificio usado,  
de donde a los atentos circunstantes  
les dijo las palabras semejantes:

«¡Oh fieles compañeros, que contino  
en todos los trabajos lo mostrastes,  
que por seguir mis hados y camino,  
vuestras casas y patria renunciastes!

Hoy la fortuna y áspero destino,  
por el último fin de sus contrastes,  
me fuerzan a dejar a costa mía,  
vuestra cara y amable compañía.

«Si apartarme de amigos tan leales  
hace esta mi partida dolorosa,  
los consultados dioses celestiales  
no disponen ni pueden otra cosa.  
Y así, para desviar los grandes males  
que tienen a Cartago temerosa  
pues ponen en mis manos el remedio,  
quiero quitar la causa de por medio;

que pues del Cielo el áspero decreto  
de poder tener bien me inhabilita,  
y el ver a mi ciudad puesta en aprieto  
a quebrantar la fe me necesita,  
quiero cortar a Yrbas el sujeto  
del engañado amor que así le incita,  
dando a mi vida fin, pues deste modo,  
faltando la ocasión, cesará todo.

Esto será con darme yo la muerte  
y aunque os parezca este remedio extraño,  
es más fácil, más breve y menos fuerte  
y, en fin, particular y poco el daño;  
pues sin peligro vuestro desta suerte  
saldrá el errado Yrbas de su engaño

y yo conservaré con más pureza  
del casto y viudo lecho la limpieza.

Hoy por el precio de una corta vida  
la vejación redimo de Cartago,  
dejando ejemplo y ley establecida  
que os obligue a hacer lo que yo hago;  
y con mi limpia sangre aquí esparcida  
al cielo y a la tierra satisfago  
pues muero por mi pueblo y guardo entera  
con inviolable amor la fe primera.

No lamentéis mi muerte anticipada  
pues el cielo la aprueba y soleniza,  
que una breve fatiga y muerte honrada,  
asegura la vida y la eterniza.  
Que si el cuchillo de la Parca airada  
al que quiere vivir le atemoriza,  
no os debe de pesar si Dido muere,  
pues vive el que se mata cuanto quiere.

A Dios, a Dios, amigos, que ya os veo  
libres y a mi marido satisfecho...»  
Y no les dijo más con el deseo  
que tenía de acabar el fiero hecho.  
Así, llamando el nombre de Sicheo,  
se abrió con un puñal el casto pecho,  
dejándose caer de golpe luego  
sobre las llamas del ardiente fuego.

Fue su muerte sentida en tanto grado  
que gran tiempo en Cartago la lloraron,  
y en memoria del caso señalado,  
un sumptuoso templo le fundaron,  
donde con sacrificio y culto usado  
mientras las cosas prósperas duraron  
de aquella su ciudad ennoblecida,  
por diosa de la patria fue tenida.

Y aborreciendo el nombre de señores  
muerta la memorable reina Dido,  
por cien sabios ancianos senadores  
de allí adelante el pueblo fue regido;  
y creciendo el concurso y moradores  
vino a ser poderoso y tan temido  
que un tiempo a Roma en su mayor grandeza  
le puso en gran trabajo y estrechez.

Éste es el cierto y verdadero cuento  
de la famosa Dido disfamada,  
que Virgilio Marón sin miramiento,  
falsó su historia y castidad preciada  
por dar a sus ficiones ornamento;  
pues vemos que esta reina importunada,  
pudiéndose casar y no quemarse,  
antes quemarse quiso que casarse.

Iban todos atentos escuchando  
el extraño suceso peregrino,

cuando al fuerte llegamos, acabando  
la historia juntamente y el camino.  
Y en él aquella noche reposando,  
venida la mañana nos convino  
procurar de tener con diligencia  
del buscado enemigo inteligencia.

Mas un indio que a caso inadvertido,  
fue de una escolta nuestra prisionero,  
hombre en las muestras de ánimo atrevido,  
suelto de manos y de pies ligero  
con promesas y dádivas vencido,  
dijo: «Yo me resuelvo y me profiero  
de daros llanamente hoy en la mano  
al grande General Caupolicano.

En un áspero bosque y espesura,  
nueve millas de Ongolmo desviado,  
está en un sitio fuerte por natura  
de ciénagas y fosos rodeado,  
donde por ser la tierra tan segura  
anda de solos diez acompañado,  
hasta que vuestra próspera creciente  
aplaque el gran furor de su corriente.

Por una estrecha y desusada vía,  
sin que pueda haber dello sentimiento,  
seré en la noche oscura yo la guía,  
llevando vuestra gente en salvamento;

y antes que se descubra el claro día  
daréis en el oculto alojamiento,  
donde cumplir del todo yo me obligo,  
pena de la cabeza, lo que digo».

Fue la razón del mozo bien oída,  
viéndole en su promesa tan constante  
y así luego una escuadra prevenida  
de gente experta y número bastante  
para toda sospecha apercebida,  
llevando al indio amigo por delante,  
salió a la prima noche en gran secreto,  
con paso largo y caminar quieto.

Por una senda angosta e intricada,  
subiendo grandes cuestras y bajando,  
del solícito bárbaro guiada,  
iba a paso tirado caminando;  
mas la oscura tiniebla adelgazada  
por la vecina aurora, reparando  
junto a un arroyo y pedregosa fuente,  
volvió el indio diciendo a nuestra gente:

Yo no paso adelante, ni es posible  
seguir este camino comenzado,  
que el hecho es grande y el temor terrible  
que me detiene el paso acobardado,  
imaginando aquel aspecto horrible  
del gran Caupolicán contra mí airado,

cuando venga a saber que solo he sido  
el soldado traidor que le ha vendido.

Por este arroyo arriba, que es la guía  
aunque sin rastro alguno ni vereda,  
daréis presto en el sitio y ranchería  
que está en medio de un bosque y arboleda;  
y antes que aclare el ya vecino día,  
os dad prisa a llegar, porque no pueda  
la centinela descubrir del cerro  
vuestra venida oculta y mi gran yerro.

Yo me vuelvo de aquí pues he cumplido  
dejándoos, como os dejo, en este puesto,  
adonde salvamente os he traído  
poniéndome a peligro manifiesto;  
y pues al punto justo habéis venido,  
os conviene dar prisa y llegar presto,  
que es irrecuperable y peligrosa  
la pérdida del tiempo en toda cosa.

Y si sienten rumor desta venida,  
el sitio es ocupado y peñascoso,  
fácil y sin peligro la huida  
por un derrumbadero montuoso:  
mirad que os daña ya la detenida,  
seguid hoy vuestro hado venturoso,  
que menos de una milla de camino  
tenéis al enemigo ya vecino».

No por caricia, oferta ni promesa  
quiso el indio mover el pie adelante,  
ni amenaza de muerte o vida o presa  
a sacarle del tema fue bastante;  
y viendo el tiempo corto y que la priesa  
les era a la sazón tan importante,  
dejándole amarrado a un grueso pino,  
la relación siguieron y camino.

Al cabo de una milla y a la entrada  
de un arcabuco lóbrego y sombrío,  
sobre una espesa y áspera quebrada  
dieron en un pajizo y gran bohío;  
la plaza en derredor fortificada  
con un despeñadero sobre un río,  
y cerca dél, cubiertas de espadañas,  
chozas, casillas, ranchos y cabañas.

La centinela en esto, descubriendo  
de la punta de un cerro nuestra gente,  
dio la voz y señal, apercibiendo  
al descuidado general valiente;  
pero los nuestros en tropel corriendo  
le cercaron la casa de repente,  
saltando el fiero bárbaro a la puerta,  
que ya a aquella sazón estaba abierta.

Mas viendo el paso en torno embarazado  
y el presente peligro de la vida,

con un martillo fuerte y acerado  
quiso abrir a su modo la salida;  
y alzándole a dos manos, empinado,  
por dalle mayor fuerza a la caída,  
topó una viga arriba atravesada  
do la punta encarnó y quedó trabada;

pero un soldado a tiempo atravesando  
por delante, acercándose a la puerta,  
le dio un golpe en el brazo, penetrando  
los músculos y carne descubierta;  
en esto el paso el indio retirando,  
visto el remedio y la defensa incierta,  
amonestó a los suyos que se diesen,  
y en ninguna manera resistiesen.

Salió fuera sin armas, requiriendo  
que entrasen en la estancia asegurados,  
que eran pobres soldados, que huyendo  
andaban de la guerra amedrentados;  
y así con priesa y turbación, temiendo  
ser de los forajidos salteados,  
a la ocupada puerta había salido,  
de las usadas armas prevenido.

Entraron de tropel, donde hallaron  
ocho o nueve soldados de importancia  
que, rendidas las armas, se entregaron  
con muestras aparentes de inorancia.

Todos atrás las manos los ataron  
repartiendo el despojo y la ganancia,  
guardando al capitán disimulado  
con dobladas prisiones y cuidado,

que aseguraba con sereno gesto  
ser un bajo soldado de linaje,  
pero en su talle y cuerpo bien dispuesto,  
daba muestra de ser gran personaje.  
Gastóse algún espacio y tiempo en esto,  
tomando de los otros más lenguaje,  
que todos contestaban que era un hombre  
de estimación común y poco nombre.

Ya entre los nuestros a gran furia andaba  
el permitido robo y grito usada,  
que rancho, casa y choza no quedaba  
que no fuese deshecha y saqueada,  
cuando de un toldo, que vecino estaba  
sobre la punta de la gran quebrada,  
se arroja una mujer, huyendo apriesa  
por lo más agrio de la breña espesa.

Pero alcanzóla un negro a poco trecho  
que tras ella se echó por la ladera,  
que era intricado el paso y muy estrecho,  
y ella no bien usada en la carrera.  
Llevaba un mal envuelto niño al pecho  
de edad de quince meses, el cual era

prenda del preso padre desdichado,  
con grande extremo dél y della amado.

Trújola el negro suelta, no entendiendo  
que era presa y mujer tan importante;  
en esto ya la gente iba saliendo  
al tino del arroyo resonante,  
cuando la triste palla descubriendo  
al marido que preso iba adelante,  
de sus insignias y armas despojado,  
en el montón de la canalla atado,

no reventó con llanto la gran pena  
ni de flaca mujer dio allí la muestra,  
antes de furia y viva rabia llena,  
con el hijo delante se le muestra  
diciendo: «La robusta mano ajena  
que así ligó tu afeminada diestra  
más clemencia y piedad contigo usara  
si ese cobarde pecho atravesara.

¿Eres tú aquel varón que en pocos días  
hinchó la redondez de sus hazañas,  
que con sólo la voz temblar hacías  
las remotas naciones más estrañas?  
¿Eres tú el capitán que prometías  
de conquistar en breve las Españas,  
y someter el ártico hemisferio  
al yugo y ley del araucano imperio?

¡Ay, de mí! ¡Cómo andaba yo engañada  
con mi altiveza y pensamiento ufano,  
viendo que en todo el mundo era llamada  
Fresia, mujer del gran Caupolicano!  
Y agora miserable y desdichada  
todo en un punto me ha salido vano,  
viéndote prisionera en un desierto,  
pudiendo haber honradamente muerto.

¿Qué son de aquellas pruebas peligrosas,  
que así costaron tanta sangre y vidas,  
las empresas difíciles dudosas  
por ti con tanto esfuerzo acometidas?  
¿Qué es de aquellas victorias gloriosas  
de esos atados brazos adquiridas?  
¿Todo al fin ha parado y se ha resuelto  
en ir con esa gente infame envuelto?

Dime: ¿faltóte esfuerzo, faltó espada  
para triunfar de la mudable diosa?  
¿No sabes que una breve muerte honrada  
hace inmortal la vida y gloriosa?  
Miraras a esta prenda desdichada,  
pues que de ti no queda ya otra cosa,  
que yo, apenas la nueva me viniera,  
cuando muriendo alegre te siguiera.

Toma, toma tu hijo, que era el ñudo  
con que el lícito amor me había ligado;

que el sensible dolor y golpe agudo  
estos fértiles pechos han secado.  
Cría, críale tú que ese membrudo  
cuerpo en sexo de hembra se ha trocado;  
que yo no quiero título de madre  
del hijo infame del infame padre».

Diciendo esto, colérica y rabiosa,  
el tierno niño le arrojó delante,  
y con ira frenética y furiosa  
se fue por otra parte en el instante.  
En fin, por abreviar, ninguna cosa  
(de ruegos, ni amenazas) fue bastante  
a que la madre ya cruel volviese  
y el inocente hijo recibiese.

Diéronle nueva madre y comenzaron  
a dar la vuelta y a seguir la vía,  
por la cual a gran priesa caminaron  
recobrando al pasar la fida guía  
que atada al tronco por temor dejaron;  
y en larga escuadra al declinar del día  
entraron en la plaza embanderada  
con gran aplauso y alardosa entrada.

Hízose con los indios diligencia  
por que con más certeza se supiese  
si era Caupolicán, que su apariencia  
daba claros indicios que lo fuese;

pero ni ausente dél ni en su presencia  
hubo entre tantos uno que dijese  
que era más que un incógnito soldado  
de baja estofa y sueldo moderado.

Aunque algunos, después más animados,  
cuando en particular los apretaban,  
de su cercana muerte asegurados,  
el sospechado engaño declaraban.  
Pero luego delante dél llevados,  
con medroso temblor se retrataban,  
negando la verdad ya comprobada,  
por ellos en ausencia confesada.

Mas viéndose apretado y peligroso  
y que encubrirse al cabo no podía,  
dejando aquel remedio infrutuoso,  
quiso tentar el último que había;  
y así, llamando al capitán Reynoso,  
que luego vino a ver lo que quería,  
le dijo con sereno y buen semblante  
lo que dirán mis versos adelante.

### Canto XXXVIII

*Habla Caupolicán a Reynoso y, sabiendo que ha de morir, se vuelve cristiano; muere de miserable muerte aunque con ánimo esforzado. Los araucanos se juntan a la elección del nuevo general. Manda el rey don Felipe levantar gente para entrar en Portugal*

¡Oh vida miserable y trabajosa  
a tantas desventuras sometida!  
¡Prosperidad humana sospechosa  
pues nunca hubo ninguna sin caída!  
¿Qué cosa habrá tan dulce y tan sabrosa  
que no sea amarga al cabo y desabrida?  
No hay gusto, no hay placer sin su descuento,  
que el dejo, del deleite es el tormento.

Hombres famosos en el siglo ha habido  
a quien la vida larga ha deslustrado,  
que el mundo los hubiera preferido  
si la muerte se hubiera anticipado:  
Aníbal desto buen ejemplo ha sido  
y el Cónsul que en Farsalia derrocado  
perdió por vivir mucho, no el segundo,  
mas el lugar primero deste mundo.

Esto confirma bien Caupolicano,  
famoso capitán y gran guerrero,  
que en el término américo-indiano

tuvo en las armas el lugar primero;  
mas cargóle Fortuna así la mano  
(dilatándole el término postrero),  
que fue mucho mayor que la subida  
la miserable y súbita caída.

El cual, reconociendo que su gente  
vacilando en la fe titubeaba,  
viendo que ya la próspera creciente  
de su fortuna apriesa declinaba,  
hablar quiso a Reynoso claramente;  
que venido a saber lo que pasaba,  
presente el congregado pueblo todo,  
habló el bárbaro grave deste modo:

«Si a vergonzoso estado reducido  
me hubiera el duro y áspero destino,  
y si esta mi caída hubiera sido  
debajo de hombre y capitán indino,  
no tuve así el brazo desfallecido  
que no abriera a la muerte yo camino  
por este propio pecho con mi espada,  
cumpliendo el curso y mísera jornada;

«mas juzgándote digno y de quien puedo  
recebir sin vergüenza yo la vida  
lo que de mí pretendes te concedo  
luego que a mí me fuere concedida;  
ni pienses que a la muerte tengo miedo,

que aquesa es de los prósperos temida,  
y en mí por esperiencia he probado,  
cuán mal le está el vivir al desdichado.

Yo soy Caupolicán, que el hado mío  
por tierra derrocó mi fundamento,  
y quien del araucano señorío  
tiene el mando absoluto y regimiento.  
La paz está en mi mano y albedrío  
y el hacer y afirmar cualquier asiento  
pues tengo por mi cargo y providencia  
toda la tierra en freno y obediencia,

Soy quien mató a Valdivia en Tucapelo,  
y quien dejó a Purén desmantelado;  
soy el que puso a Penco por el suelo  
y el que tantas batallas ha ganado;  
pero el revuelto ya contrario cielo,  
de vitorias y triunfos rodeado,  
me ponen a tus pies a que te pida  
por un muy breve término la vida.

Cuando mi causa no sea justa, mira  
que el que perdona más es más clemente  
y si a venganza la pasión te tira,  
pedirte yo la vida es suficiente.  
Aplaca el pecho airado, que la ira  
es en el poderoso impertinente;

y si en darme la muerte estás ya puesto,  
especie de piedad es darla presto.

No pienses que aunque muera aquí a tus manos,  
ha de faltar cabeza en el Estado,  
que luego habrá otros mil Caupolicanos  
mas como yo ninguno desdichado;  
y pues conoces ya a los araucanos,  
que dellos soy el mínimo soldado,  
tentar nueva fortuna error sería  
yendo tan cuesta abajo ya la mía.

Mira que a muchos vences en vencerte,  
frena el ímpetu y cólera dañosa:  
que la ira examina al varón fuerte,  
y el perdonar, venganza es generosa.  
La paz común destruyes con mi muerte,  
suspende ahora la espada rigurosa,  
debajo de la cual están a una  
mi desnuda garganta y tu fortuna.

Aspira a más y a mayor gloria atiende,  
no quieras en poca agua así anegarte,  
que lo que la fortuna aquí pretende,  
sólo es que quieras della aprovecharte.  
Conoce el tiempo y tu ventura entiende,  
que estoy en tu poder, ya de tu parte,  
y muerto no tendrás de cuanto has hecho,  
sino un cuerpo de un hombre sin provecho.

Que si esta mi cabeza desdichada  
pudiera, ¡oh capitán! satisfacerte,  
tendiera el cuello a que con esa espada  
remataras aquí mi triste suerte;  
pero deja la vida condenada  
el que procura apresurar su muerte,  
y más en este tiempo, que la mía  
la paz universal perturbaría.

Y pues por la experiencia claro has visto,  
que libre y preso, en público y secreto,  
de mis soldados soy temido y quisto,  
y está a mi voluntad todo sujeto,  
haré yo establecer la ley de Christo,  
y que, sueltas las armas, te prometo  
vendrá toda la tierra en mi presencia  
a dar al Rey Felipe la obediencia.

Tenme en prisión segura retirado  
hasta que cumpla aquí lo que pusiere;  
que yo sé que el ejército y Senado  
en todo aprobarán lo que hiciere.  
Y el plazo puesto y término pasado,  
podré también morir, si no cumpliere:  
escoge lo que más te agrada desto,  
que para ambas fortunas estoy presto».

No dijo el indio más, y la respuesta  
sin turbación mirándole atendía,

y la importante vida o muerte presta  
callando con igual rostro pedía;  
que por más que fortuna contrapuesta  
procuraba abatirle, no podía,  
guardando, aunque vencido y preso, en todo  
cierto término libre y grave modo.

Hecha la confesión, como lo escribo,  
con más rigor y priesa que advertencia,  
luego a empalar y asaetearle vivo  
fue condenado en pública sentencia.  
No la muerte y el término excesivo  
causó en su gran semblante diferencia,  
que nunca por mudanzas vez alguna  
pudo mudarle el rostro la fortuna,

Pero mudóle Dios en un momento,  
obrando en él su poderosa mano  
pues con lumbré de fe y conocimiento  
se quiso bautizar y ser christiano.  
Causó lástima y junto gran contento  
al circunstante pueblo castellano,  
con grande admiración de todas gentes  
y espanto de los bárbaros presentes.

Luego aquel triste, aunque felice día,  
que con solemnidad le bautizaron,  
y en lo que el tiempo escaso permitía  
en la fe verdadera le informaron,

cercado de una gruesa compañía  
de bien armada gente le sacaron  
a padecer la muerte consentida,  
con esperanza ya de mejor vida.

Descalzo, destocado, a pie, desnudo,  
dos pesadas cadenas arrastrando,  
con una soga al cuello y grueso ñudo,  
de la cual el verdugo iba tirando,  
cercado en torno de armas y el menudo  
pueblo detrás, mirando y remirando  
si era posible aquello que pasaba  
que, visto por los ojos, aún dudaba.

Desta manera, pues, llegó al tablado,  
que estaba un tiro de arco del asiento  
media pica del suelo levantado,  
de todas partes a la vista esento;  
donde con el esfuerzo acostumbrado,  
sin mudanza y señal de sentimiento,  
por la escala subió tan desenvuelto  
como si de prisiones fuera suelto.

Puesto ya en lo más alto, revolviendo  
a un lado y otro la serena frente,  
estuvo allí parado un rato viendo  
el gran concurso y multitud de gente,  
que el increíble caso y estupendo  
atónita miraba atentamente,

teniendo a maravilla y gran espanto  
haber podido la fortuna tanto.

Llegóse él mismo al palo donde había  
de ser la atroz sentencia ejecutada  
con un semblante tal, que parecía  
tener aquel terrible trance en nada,  
diciendo: «Pues el hado y suerte mía  
me tienen esta muerte aparejada,  
venga, que yo la pido, yo la quiero  
que ningún mal hay grande, si es postrero».

Luego llegó el verdugo diligente,  
que era un negro gelofo, mal vestido,  
el cual viéndole el bárbaro presente  
para darle la muerte prevenido,  
bien que con rostro y ánimo paciente  
las afrentas de más había sufrido,  
sufrir no pudo aquélla, aunque postrera,  
diciendo en alta voz desta manera;

«¿Cómo que en cristiandad y pecho honrados  
cabe cosa tan fuera de medida,  
que a un hombre como yo tan señalado  
le dé muerte una mano así abatida?  
Basta, basta morir al más culpado,  
que al fin todo se paga con la vida;  
y es usar deste término conmigo  
inhumana venganza y no castigo.

«¿No hubiera alguna espada aquí de cuantas  
contra mí se arrancaron a porfía,  
que usada a nuestras míseras gargantas,  
cercenara de un golpe aquesta mía?  
Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas  
maneras la fortuna en este día  
acabar no podrá que bruta mano  
toque al gran General Caupolicano».

Esto dicho y alzando el pie derecho  
(aunque de las cadenas impedido)  
dio tal coz al verdugo que gran trecho  
le echó rodando abajo mal herido;  
reprehendido el impaciente hecho,  
y él del súbito enojo reducido,  
le sentaron después con poca ayuda  
sobre la punta de la estaca aguda.

No el aguzado palo penetrante  
por más que las entrañas le rompiese  
barrenándole el cuerpo, fue bastante  
a que al dolor intenso se rindiese:  
que con sereno término y semblante,  
sin que labrio ni ceja retorciese,  
sosegado quedó de la manera  
que si asentado en tálamo estuviera.

En esto, seis flecheros señalados,  
que prevenidos para aquello estaban

treinta pasos de trecho, desviados  
por orden y de espacio le tiraban;  
y aunque en toda maldad ejercitados,  
al despedir la flecha vacilaban,  
temiendo poner mano en un tal hombre  
de tanta autoridad y tan gran nombre.

Mas Fortuna cruel, que ya tenía  
tan poco por hacer y tanto hecho,  
si tiro alguno avieso allí salía,  
forzando el curso le traía derecho  
y en breve, sin dejar parte vacía,  
de cien flechas quedó pasado el pecho,  
por do aquel grande espíritu echó fuera,  
que por menos heridas no cupiera.

Paréceme que siento enternecido  
al mas cruel y endurecido oyente  
deste bárbaro caso referido  
al cual, Señor, no estuve yo presente,  
que a la nueva conquista había partido  
de la remota y nunca vista gente;  
que si yo a la sazón allí estuviera,  
la cruda ejecución se suspendiera.

Quedó abiertos los ojos y de suerte  
que por vivo llegaban a mirarle,  
que la amarilla y afeada muerte  
no pudo aún puesto allí desfigurarle.

Era el miedo en los bárbaros tan fuerte  
que no osaban dejar de respetarle,  
ni allí se vio en alguno tal denuedo,  
que puesto cerca dél no hubiese miedo.

La voladora fama presurosa  
derramó por la tierra en un momento  
la no pensada muerte ignominiosa,  
causando alteración y movimiento.  
Luego la turba, incrédula y dudosa,  
con nueva turbación y desatiento  
corre con priesa y corazón incierto  
a ver si era verdad que fuese muerto.

Era el número tanto que bajaba  
del contorno y distrito comarcano,  
que en ancha y apiñada rueda estaba  
siempre cubierto el espacio llano.  
Crédito allí a la vista no se daba  
si ya no le tocaban con la mano  
y aún tocado, después les parecía  
que era cosa de sueño o fantasía.

No la afrentosa muerte impertinente  
para temor del pueblo esecutada  
ni la falta de un hombre así eminente  
(en que nuestra esperanza iba fundada)  
amedrentó ni acobardó la gente;  
antes de aquella injuria provocada

a la cruel satisfacción aspira,  
llena de nueva rabia y mayor ira.

Unos con sed rabiosa de venganza  
por la afrenta y oprobio recibido,  
otros con la codicia y esperanza  
del oficio y bastón ya pretendido,  
antes que sosegase la tardanza  
el ánimo del pueblo removido,  
daban calor y fuerzas a la guerra  
incitando a furor toda la tierra.

Si hubiese de escribir la bravería  
de Tucapele, de Rengo y Lepomande,  
Orompello, Lincoya y Lebopía,  
Purén, Cayocupil y Mareande,  
en un espacio largo no podría  
y fuera menester libro más grande,  
que cada cual con hervoroso afecto  
pretende allí y aspira a ser electo.

Pero el cacique Colocolo, viendo  
el daño de los muchos pretendientes,  
como prudente y sabio conociendo  
pocos para el gran cargo suficientes,  
su anciana gravedad interponiendo  
les hizo mensajeros diligentes  
para que se juntasen a consulta  
en lugar apartado y parte oculta.

Los que abreviar el tiempo deseaban,  
luego para la junta se aprestaron,  
y muchos, recelando que tardaban,  
la diligencia y paso apresuraron;  
otros que a otro camino enderezaban,  
por no se declarar no rehusaron,  
siguiendo sin faltar un hombre solo  
el sabio parecer de Colocolo.

Fue entre ellos acordado que viniesen  
solos, a la ligera, sin bullicio,  
porque los enemigos no tuviesen  
de aquella nueva junta algún indicio,  
haciendo que de todas partes fuesen  
indios que con industria y artificio  
instasen en la paz siempre ofrecida,  
con muestra humilde y contrición fingida.

El plazo puesto y sitio señalado  
en un cómodo valle y escondido,  
la convocada gente del Senado  
al término llegó constituido;  
y entre ellos Tucafel determinado  
do por bien o por mal ser elegido,  
y otros que con menores fundamentos,  
mostraban sus preñados pensamientos.

Siento fraguarse nuevas disensiones,  
moverse gran discordia y diferencia,

hervir con ambición los corazones,  
brotar el odio antiguo y competencia;  
variar los designios y opiniones  
sin manera o señal de conveniencia,  
fundando cada cual su desvarío  
en la fuerza del brazo y albedrío.

Entrados, como digo, en el consejo,  
los caciques y nobles congregados,  
todos con sus insignias y aparejo,  
según su antigua preeminencia armados,  
Colocolo, sagaz y cauto viejo,  
viéndolos en los rostros demudados,  
aunque aguardaba a la sazón postrera,  
adelantó la voz desta manera.

Pero si no os cansáis, Señor, primero  
que os diga lo que dijo Colocolo,  
tomar otro camino largo quiero  
y volver el designio a nuestro polo.  
Que aunque a deciros mucho me profiero,  
el sujeto que tomo basta solo  
a levantar mi baja voz cansada  
de materia hasta aquí necesitada.

Mas si me dais licencia yo querría  
(para que más a tiempo refiera)  
alcanzar, si pudiese, a don García  
aunque es diversa y larga la carrera;

el cual en el turbado reino había  
reformado los pueblos de manera  
que puso con solícito cuidado  
la justicia y gobierno en buen estado.

Pasó de Villarrica el fértil llano  
que tiene al sur el gran volcán vecino,  
fragua (según afirman) de Vulcano,  
que regoldando fuego está contino.  
De allí volviendo por la diestra mano,  
visitando la tierra al cabo vino  
al ancho lago y gran desaguadero,  
término de Valdivia y fin postrero,

donde también llegué, que sus pisadas  
sin descansar un punto voy siguiendo,  
y de las más ciudades convocadas  
iban gentes en número acudiendo  
pláticas en conquistas y jornadas;  
y así el tumulto bélico creciendo  
en sordo són confuso ribombaba  
y el vecino contorno amedrentaba;

que arrebatado del ligero viento,  
y por la fama lejos esparcido,  
hirió el desapacible y duro acento  
de los remotos indios el oído;  
los cuales, con turbado sentimiento,  
huyen del nuevo y fiero són temido

qual medrosas ovejas derramadas  
del aullido del lobo amedrentadas.

Nunca el oscuro y tenebroso velo  
de nubes congregadas de repente,  
ni presto rayo que rasgando el cielo  
baja tronando envuelto en llama ardiente,  
ni terremoto cuando tiembla el suelo,  
turba y atemoriza así la gente,  
como el horrible estruendo de la guerra  
turbó y amedrentó toda la tierra.

Quién sin duda publica que ya entran  
destruyendo ganados y comidas;  
quién que la tierra y pueblos saqueaban  
privando a los caciques de las vidas;  
quién que a las nobles dueñas deshonraban  
y forzaban las hijas recogidas,  
haciendo otros insultos y maldades  
sin reservar lugar, sexo ni edades.

Crece el desorden, crece el desconcierto  
con cada cosa que la fama aumenta,  
teniendo y afirmando por muy cierto  
cuanto el triste temor les representa.  
Sólo el salvarse les parece incierto  
y esto los atribula y atormenta;  
allá corren gritando, acá revuelven,  
todo lo creen y en nada se resuelven.

Mas luego que el temor desatinado  
que la gente llevaba derramada  
dejó en ella lugar desocupado  
por donde la razón hallase entrada,  
el atónito pueblo reportado,  
su total perdición considerada,  
se junta a consultar en este medio  
las cosas importantes al remedio.

Hallóse en este vario ayuntamiento  
Tunconabala, plático soldado,  
persona de valor y entendimiento,  
en la araucana escuela dotrinado,  
que por cierta quistión y acaecimiento  
de su tierra y parientes desterrados,  
se redujo a doméstico ejercicio,  
huyendo el trato bélico y bullicio.

El cual, viendo en el pueblo diferente  
el miedo grande y confusión que había,  
pues sin oír trompeta ni ver gente  
le espantaba su misma vocería,  
en un lugar capaz y conveniente  
junta toda la noble compañía.  
Sosegado el rumor y alteraciones,  
les comenzó a decir estas razones:

«Escusado es, amigos, que yo os diga  
el peligroso punto en que nos vemos

por esta gente pérfida enemiga  
que ya, cierto, a las puertas la tenemos;  
pues el temor que a todos nos fatiga,  
nos apremia y constriñe a que entreguemos  
la libertad y casas al tirano,  
dándole entrada libre y paso llano.

«¿A qué fosado muro o antepecho,  
a qué fuerza o ciudad, a qué castillo  
os podéis retirar en este estrecho,  
que baste sola una hora a resistillo?  
Si queréis hacer rostro y mostrar pecho,  
desnudo le ofrecemos al cuchillo,  
pues nos coge esta furia repentina  
sin armas, capitán, ni diciplina.

«Que estos barbudos crueles y terribles  
del bien universal usurpadores,  
son fuertes, poderosos, invencibles,  
y en todas sus empresas, vencedores;  
arrojan rayos con estruendo horribles,  
pelean sobre animales corredores,  
grandes, bravos, feroces y alentados,  
de solo el pensamiento gobernados.

Y pues contra sus armas y fiereza  
defensa no tenéis de fuerza o muro,  
la industria ha de suplir nuestra flaqueza  
y, prevenir con tiempo el mal futuro;

que mostrando doméstica llaneza  
les podéis prometer paso seguro,  
como a nación vecina y gente amiga,  
que la promesa en daño a nadie obliga,

haciendo en este tiempo limitado  
retirar con silencio y buena maña  
la ropa, provisiones y ganado  
al último rincón de la montaña,  
dejando el alimento tan tasado,  
que vengán a entender que esta campaña  
es estéril, es seca y mal templada,  
de gente pobre y mísera habitada.

Porque estos insaciablos avarientos,  
viendo la tierra pobre y poca presa,  
sin duda mudarán los pensamientos  
dejando por inútil esta empresa;  
y la falta de gente y bastimentos  
los echará deste distrito apriesa,  
guiados por la breña y gran recuesto  
de do quizá no volverán tan presto.

Tenéis de Ancud el Paso y estrechez  
cerrado de peñascos y jarales,  
por do quiso impedir naturaleza  
el trato a los vecinos naturales;  
cuya espesura grande y aspereza  
aún no pueden romper los animales,

y las aves alígeras del cielo  
sienten trabajo en el pasarle a vuelo.

«Llevados por aquí, sin duda creo  
que viendo el alto monte peligroso  
corregirán el ímpetu y deseo,  
volviendo atrás el paso presuroso.  
Y si quieren buscar algún rodeo,  
desviarse de aquí será forzoso,  
dejando esta región por miserable  
libre de su insolencia intolerable.

Y aunque la libertad y vida mía  
sé que corre peligro en el viaje,  
con rústica y desnuda compañía  
salir quiero a encontrarlos al pasaje,  
y fingiendo ignorancia y alegría,  
vestido de grosero y pobre traje,  
ofrecerles en don una miseria  
que arguya y dé a entender nuestra laceria.

Quizá viendo el trabajo y poco fruto  
que se puede esperar de la pobreza,  
la estéril tierra y mísero tributo,  
el linaje de gente y rustiqueza,  
mudarán el intento resolutivo  
que es de buscar haciendas y riqueza,  
haciéndoles volver con maña y arte  
las armas y designios a otra parte».

No acabó su razón el indio cuando  
se levantó un rumor entre la gente  
el parecer a voces aprobando,  
sin mostrarse ninguno diferente;  
y así la ejecución apresurando  
en lo ya consultado conveniente,  
corrieron al efeto, retirados  
los muebles, vituallas y ganados.

Ya el español con la presteza usada  
al último confín había venido,  
dando remate a la postrer jornada  
del límite hasta allí constituido;  
y puesto el pie en la raya señalada,  
el presuroso paso suspendido,  
dijo (si ya escucharlo no os enoja)  
lo que el canto dirá, vuelta la hoja.

**Canto XXXV**

*Entran los españoles en demanda de la nueva tierra. Sádeles al paso Tunconabala; persuádeles a que se vuelvan pero viendo que no aprovecha, les ofrece una guía que los lleva por grandes despeñaderos, donde pasaron terribles trabajos*

¿Qué cerros hay que el interés no allana  
y qué dificultad que no la rompa?  
¿Qué pecho fiel, qué voluntad tan sana,  
que éste no le inficione y la corrompa?  
Destruye el trato de la vida humana,  
no hay orden que no altere y la interrompa,  
ni estrecha entrada ni cerrada puerta  
que no la facilite y deje abierta.

Éste de parentescos y hermandades  
desata el ñudo y vínculo más fuerte,  
vuelve en enemistad las amistades  
y el grato amor en desamor convierte;  
inventor de desastres y maldades,  
tropella a la razón, cambia la suerte,  
hace al hielo caliente, al fuego frío  
y hará subir por una cuesta un río.

Así por mil peligros y derrotas,  
golfos profundos, mares no sulcados,  
hasta las partes últimas ignotas  
trujo sin descansar tantos soldados,

y por vías estériles remotas  
del interés incitador llevados,  
piensan escudriñar cuanto se encierra  
en el círculo inmenso de la tierra.

Dije que don García había arribado  
con práctica y, lucida compañía  
al término de Chile señalado  
de do nadie jamás pasado había;  
y en medio de la raya el pie afirmado,  
que los dos nuevos mundos dividía,  
presente yo y atento a las señales,  
las palabras que dijo fueron tales:

«Nación a cuyos pechos invencibles  
no pudieron poner impedimentos  
peligros y trabajos insufribles,  
ni airados mares, ni contrarios vientos,  
ni otros mil contrapuestos imposibles,  
ni la fuerza de estrellas ni elementos,  
que rompiendo por todo habéis llegado,  
al término de orbe limitado:

«veis otro nuevo mundo, que encubierto  
los cielos hasta agora le han tenido,  
el difícil camino y paso abierto  
a sólo vuestros brazos concedido;  
veis de tanto trabajo el premio cierto  
y cuanto os ha Fortuna prometido,

que siendo de tan grande empresa autores,  
habéis de ser sin límite señores;

y la parlera fama discurriendo  
hasta el extremo y término postrero,  
las antiguas hazañas refiriendo  
pondrá esta vuestra en el lugar primero;  
pues en dos largos mundos no cabiendo,  
venís a conquistar otro tercero,  
donde podrán mejor sin estrecharse  
vuestros ánimos grandes ensancharse.

Y pues es la sazón tan oportuna  
y poco necesarias las razones,  
no quiero detener vuestra fortuna,  
ni gastar más el tiempo en oraciones.  
Sús, tomad posesión todos a una  
desas nuevas provincias y regiones,  
donde os tienen los hados a la entrada  
tanta gloria y riqueza aparejada».

Luego pues de tropel toda la gente  
a la plática apenas detenida,  
pisó la nueva tierra libremente,  
jamás del extranjero pie batida;  
y con orden y paso diligente,  
por una angosta senda mal seguida,  
en larga retahila y ordenada,  
dimos principio a la primer jornada.

Caminamos sin rastro algunos días  
de sólo el tino por el sol guiados,  
abriendo pasos y cerradas vías  
rematadas en riscos despeñados;  
las mentirosas fugitivas guías  
nos llevaron por partes engañados,  
que parecía imposible al más gigante  
poder volver atrás ni ir adelante.

Ya del móvil primero arrebatado  
contra su curso el sol hacia el poniente,  
al mundo cuatro vueltas había dado  
calentando del pez la húmida frente,  
cuando al bajar de un áspero collado  
vimos salir diez indios de repente  
por entre un arcabuco y breña espesa,  
desnudos, en montón, trotando apriesa.

Del aire, de la lluvia y sol curtidos,  
cubiertos de un espeso y largo vello,  
pañetes cortos de cordel ceñidos,  
altos de pecho y de fornido cuello,  
la color y los ojos encendidos,  
las uñas sin cortar, largo el cabello,  
brutos campestres, rústicos salvajes,  
de fieras cataduras y visajes.

Venía un robusto viejo el delantero,  
al cual el medio cuerpo le cubría

un roto manto de sayal grosero  
que mísera pobreza prometía.  
Este, pues, como dije allá primero,  
era Tunconabal, que pretendía  
mudar nuestros designios y opiniones  
con fingidos consejos y razones.

Fuimos luego sobre ellos, recelando  
ser gente de montaña fugitiva;  
mas ellos, nuestros pasos atajando,  
venían a más andar la cuesta arriba,  
y al pie de una alta peña reparando  
por do un quebrado arroyo se derriba,  
todos nos aguardaron sin recelo,  
puestas sus flechas y arcos en el suelo.

Luego el anciano a voces y en estraña  
lengua de nuestro intérprete entendida  
dijo: «¡Oh gente infeliz, a esta montaña  
por falso engaño y relación traída,  
do la serpiente y áspera alimaña  
apenas sustentar pueden la vida,  
y adonde el hijo bárbaro nacido  
es de incultas raíces mantenido!

«¿Qué información siniestra, qué noticia  
incita así vuestro ánimo invencible?  
¿Qué dañado consejo o qué malicia  
os ha facilitado lo imposible?

Frenad, aunque loable, esa cudicia  
que la empresa es difícil y terrible;  
y vais sin duda todos engañados  
a miserable muerte condenados,

«que cuando no encontréis gente de guerra  
que os ponga en el pasaje impedimento,  
hallaréis una sierra y otra sierra,  
y una espesura y otra y otras ciento,  
tanto que la aspereza de la tierra,  
por la falta de yerba y nutrimento  
y contagión del aire, no consiente  
en su esterilidad cosa viviente.

«Y aunque me veis en bruto transformado  
a la silvestre vida reducido,  
sabed que ya en un tiempo fui soldado,  
y que también las armas he vestido;  
así que por la ley que he profesado,  
viendo que va este ejército perdido,  
la lástima me mueve a aconsejaros  
que sin pasar de aquí, queráis tornaros;

que estas yermas campañas y espesuras  
hasta el frígido sur continuadas,  
han de ser el remate y sepulturas  
de todas vuestras prósperas jornadas.  
Mirad destos salvajes las figuras  
de quien son como fieras habitadas,

y el fruto que nos dan escasamente,  
del cual os traigo un mísero presente».

En esto, de un fardel de ovas marinas  
a la manera de una red tejidas,  
sacó diversas frutas montesinas,  
duras, verdes, agrestes, desabridas,  
carne seca de fieras salvajinas  
y otras silvestres rústicas comidas;  
langosta al sol curada y lagartijas,  
con mil varias inmundas sabandijas.

Admirónos la forma y la estrañeza  
de aquella gente bárbara notable,  
la gran selvatiquez y rustiqueza,  
el fiero aspecto y término intratable.  
La espesura de montes y aspereza,  
y el fruto de aquel suelo miserable,  
tierra yerma, desierta y despoblada,  
de trato y vecindad tan apartada.

Preguntámosle allí, si prosiguiendo  
la tierra, era delante montuosa;  
respondiónos el viejo sonriendo  
ser más áspera, dura y más fragosa,  
y que si así la montaña iba creciendo  
que era imposible y temeraria cosa  
romper tanta maleza y espesura  
puesta allí por secreto de natura.

Pero visto nuestro ánimo ambicioso,  
que era de proseguir siempre adelante,  
y que el fingido aviso malicioso  
a volvernós atrás no era bastante,  
con un afecto tierno y amoroso,  
mostrando en lo exterior triste semblante,  
puesto un rato a pensar, afirmó cierto  
haber cerca otro paso más abierto;

que por la banda diestra del poniente  
dejando el monte del siniestro lado,  
había un rastro, cursado antiguamente,  
de la nacida yerba ya borrado,  
por do podía pasar salva la gente  
aunque era el trecho largo y despoblado,  
para lo cual él mismo nos daría  
una práctica lengua y fida guía.

Fue de nosotros esto bien oído,  
que alguna gente estaba ya dudosa,  
y el donoso presente recibido,  
también la recompensa fue donosa:  
un manto de algodón rojo teñido  
y una poblada cola de raposa,  
quince cuentas de vidrio de colores,  
con doce cascabeles sonadores.

La dádiva, del viejo agradecida,  
por ser joyas entre ellos estimadas,

y la guía solícita venida  
con todas las más cosas aprestadas,  
pusimos en efeto la partida  
siguiéndonos los indios dos jornadas,  
dando vuelta después por otra senda,  
dejándonos el indio en encomienda.

La cual nos iba siempre asegurando  
gran riqueza, ganado y poblaciones,  
los ánimos estrechos ensanchando  
con falsas y engañosas relaciones,  
diciendo: «Cuando Febo volteando  
seis veces alumbrare estas regiones,  
os prometo, so pena de la vida,  
henchir del apetito la medida».

No sabré encarecer nuestra altiveza,  
los ánimos briosos y lozanos,  
la esperanza de bienes y riqueza,  
las vanas trazas y discursos vanos.  
El cerro, el monte, el risco y la aspereza  
eran caminos fáciles y llanos,  
y el peligro y trabajo exorbitante  
no osaban ya ponérsenos delante.

Íbamos sin cuidar de bastimentos  
por cumbres, valles hondos, cordelleras,  
fabricando en los llenos pensamientos,  
máquinas levantadas y quimeras.

Así ufanos, alegres y contentos  
pasamos tres jornadas las primeras  
pero a la cuarta, al tramontar del día,  
se nos huyó la mentirosa guía.

El mal indicio, la sospecha cierta  
los ánimos turbó más esforzados  
viendo la falsa trama descubierta  
y los trabajos ásperos doblados;  
mas, aunque sin camino y en desierta  
tierra, del gran peligro amenazados  
y la hambre y fatiga todo junto,  
no pudo detenernos solo un punto.

Pasamos adelante, descubriendo  
siempre más arcabucos y breñales,  
la cerrada espesura y paso abriendo  
con hachas, con machetes y destrales;  
otros con pico y azadón rompiendo  
las peñas y arraigados matorrales,  
do el caballo hostigado y receloso  
afirmase seguro el pie medroso.

Nunca con tanto estorbo a los humanos  
quiso impedir el paso la natura  
y que así de los cielos soberanos,  
los árboles midiesen el altura,  
ni entre tantos peñascos y pantanos  
mezcló tanta maleza y espesura,

como en este camino defendido,  
de zarzas, breñas y árboles tejido.

También el cielo en contra conjurado,  
la escasa y turbia luz nos encubría  
de espesas nubes lóbregas cerrado,  
volviendo en tenebrosa noche el día,  
y de granizo y tempestad cargado  
con tal furor el paso defendía,  
que era mayor del cielo ya la guerra  
que el trabajo y peligro de la tierra.

Unos presto socorro demandaban  
en las hondas malezas sepultados;  
otros, «¡ayuda!, ¡ayuda!», voceaban,  
en húmidos pantanos atascados;  
otros iban trepando, otros rodaban  
los pies, manos y rostros desollados,  
oyendo aquí y allí voces en vano,  
sin poderse ayudar ni dar la mano.

Era lástima oír los alaridos,  
ver los impedimentos y embarazos,  
los caballos sin ánimo caídos,  
destroncados los pies, rotos los brazos;  
nuestros sencillos débiles vestidos  
quedaban por las zarzas a pedazos;  
descalzos y desnudos, sólo armados,  
en sangre, lodo y en sudor bañados.

Y demás del trabajo incomportable,  
faltando ya el refresco y bastimento,  
la aquejadora hambre miserable  
las cuerdas apretaba del tormento;  
y el bien dudoso y daño indubitable  
desmayaba la fuerza y el aliento,  
cortando un dejativo sudor frío,  
de los cansados miembros todo el brío.

Pero luego también considerando  
la gloria que el trabajo aseguraba,  
el corazón los miembros reforzando,  
cualquier dificultad menospreciaba,  
y los fuertes opuestos contrastando  
todo lo por venir facilitaba,  
que el valor más se muestra y se parece  
cuando la fuerza de contrarios crece.

Así, pues, nuestro ejército rompiendo  
de sólo la esperanza alimentado,  
pasaba a puros brazos descubriendo  
el encubierto cielo deseado.  
Íbanse ya las breñas destejiendo,  
y el bosque de los árboles cerrado  
desviando sus ramas intrincadas  
nos daban paso y fáciles entradas.

Ya por aquella parte, ya por ésta  
la entrada de la luz desocupando,

el yerto risco y empinada cuesta  
iban sus altas cumbre allanando;  
la espesa y congelada niebla opuesta,  
el grueso vapor húmido exhalando,  
así se adelgazaba y esparcía,  
que penetrar la vista ya podía.

Siete días perdidos anduvimos  
abriendo a hierro el impedido paso,  
que en todo aquel discurso no tuvimos  
do poder reclinar el cuerpo laso.  
Al fin una mañana descubrimos  
de Ancud el espacioso y fértil raso,  
y al pie del monte y áspera ladera  
un estendido lago y gran ribera.

Era un ancho arcipiélago, poblado  
de innumerables islas deleitosas,  
cruzando por el uno y otro lado  
góndolas y piraguas presurosas.  
Marinero jamás desesperado  
en medio de las olas fluctuosas  
con tanto gozo vio el vecino puerto,  
como nosotros el camino abierto.

Luego, pues, en un tiempo arrodillados,  
llenos de nuevo gozo y de ternura,  
dimos gracias a Dios, que así escapados  
nos vimos del peligro y desventura;

y de tantas fatigas olvidados,  
siguiendo el buen suceso y la ventura,  
con esperanza y ánimo lozano  
salimos presto al agradable llano.

El enfermo, el herido, el estropeado,  
el cojo, el manco, el débil, el tullido,  
el desnudo, el descalzo, el desgarrado,  
el desmayado, el flaco, el deshambriado  
quedó sano, gallardo y alentado,  
de nuevo esfuerzo y de valor vestido,  
pareciéndole poco todo el suelo  
y fácil cosa conquistar el cielo.

Mas con todo este esfuerzo, a la bajada  
de la ribera, en partes montuosa,  
hallamos la frutilla coronada  
que produce la murta virtuosa;  
y aunque agreste, montés, no sazónada,  
fue a tan buena sazón y tan sabrosa,  
que el celeste maná y ollas de Egipto  
no movieran mejor nuestro apetito.

Cual banda de langostas enviadas  
por plaga a veces del linaje humano,  
que en las espigas fértiles granadas  
con un sordo rozar no dejan grano,  
así pues en cuadrillas derramadas,  
suelta la gente por el ancho llano,

dejaba los murtales más copados  
de fruta, rama, y hoja despojados.

A puñados la fruta unos comían  
de la hambre aquejados importuna;  
otros ramos y hojas engullían,  
no aguardando a cogerla una por una.  
Quien huye al repartir la compañía,  
buscando en lo escondido parte alguna  
donde comer la rama desgajada  
de las rapaces uñas escapada,

como el montón de las gallinas, cuando  
salen al campo del corral cerrado,  
aquí y allí solícitas buscando  
el trigo de la troj desperdiciado,  
que con los pies y picos escarbando,  
halla alguna el regojo sepultado,  
y alzándose con él, puesta en huida,  
es de las otras luego perseguida,

así aquel que arrebató buena parte,  
déste y de aquél aquí y allí seguido,  
huyendo se retira luego en parte  
donde pueda comer más escondido.  
Ninguno, si algo alcanza, lo reparte,  
que no era tiempo aquel de ser partido,  
ni allí la caridad, aunque la había,  
estenderse a los prójimos podía.

Estando con sabor desta manera  
gustando aquella rústica comida,  
llegó una corva góndola ligera  
de doce largos remos impelida,  
que zabordando recio en la ribera,  
la chusma diestra y gente apercebida  
saltaron luego en tierra sin recato  
con muestra de amistad y llano trato.

Más si queréis saber quién es la gente,  
y la causa de haber así arribado,  
no puedo aquí decíroslo al presente,  
que estoy del gran camino quebrantado.  
Así para sazón más conveniente  
será bien que lo deje en este estado,  
porque pueda entretanto repararme  
y os dé menos fastidio el escucharme.

## Canto XXXVI

*Sale el cacique de la barca a tierra, ofrece a los españoles todo lo necesario para su viaje y prosiguiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desaguadero del arcipiélago; atraviésale don Alonso en una piragua con diez soldados; vuelven al alojamiento y de allí por otro camino a la Ciudad Imperial*

Quien muchas tierras vee, vee muchas cosas  
que las juzga por fábulas la gente;  
y tanto cuanto son maravillosas,  
el que menos las cuenta es más prudente;  
y aunque es bien que se callen las dudosas  
y no ponerme en riesgo así evidente,  
digo que la verdad hallé en el suelo  
por más que afirmen que es subida al cielo.

Estaba retirada en esta parte  
de todas nuestras tierras escluida,  
que la falsa cautela, engaño y arte  
aun nunca habían hallado aquí acogida;  
pero dejada esta materia aparte,  
volveré con la priesa prometida  
a la barca de chusma y gente llena  
que bogando embistió recio en la arena

donde un gracioso mozo bien dispuesto  
con hasta quince en número venía:  
crespo, de pelo negro y blanco gesto,

que el principal de todos parecía,  
el cual con grave término modesto  
junta nuestra esparcida compañía,  
nos saludó cortés y alegremente,  
diciendo en lengua estraña lo siguiente:

Hombres o dioses rústicos, nacidos  
en estos sacros bosques y montañas,  
por celeste influencia producidos  
de sus cerradas y ásperas entrañas:  
¿por cuál caso o fortuna sois venidos  
por caminos y sendas tan estrañas  
a nuestros pobres y últimos rincones,  
libres de confusión y alteraciones?

Si vuestra pretensión y pensamiento  
es de buscar región más espaciosa,  
y en la prosecución de vuestro intento  
tenéis necesidad de alguna cosa,  
toda comodidad y aviamiento  
con mano larga y voluntad graciosa  
hallaréis francamente en el camino  
por todo el rededor circunvecino.

Y si queréis morar en esta tierra,  
tierra donde moréis aquí os daremos;  
si os aplace y os agrada más la sierra,  
allá seguramente os llevaremos;  
si queréis amistad, si queréis guerra,

todo con ley igual os lo ofrecemos:  
escoged lo mejor que, a elección mía,  
la paz y la amistad escogería».

Mucho agradó la suerte, el garbo, el traje  
del gallardo mancebo floreciente,  
el expedido término y lenguaje  
con que así nos habló bizarramente;  
el franco ofrecimiento y hospedaje,  
la buena traza y talle de la gente,  
blanca, dispuesta, en proporción fornida,  
de manto y floja túnica vestida;  
la cabeza cubierta y adornada  
con un capelo en punta rematado  
pendiente atrás la punta y derribada,  
a las ceñidas sienes ajustado,  
de fina lana de vellón rizada  
y el rizo de colores variados,  
que lozano y vistoso parecía  
señal de ser el clima y tierra fría.

Las gracias le rendimos de la oferta  
y voluntad graciosa que mostraba,  
ofreciendo también la nuestra cierta,  
que a su provecho y bien se enderezaba;  
pero al fin nuestra falta descubierta  
y lo mal que la hambre nos trataba,  
le pedimos refresco y vitualla  
debajo de promesa de pagalla.

Luego con voz y prisa diligente,  
vista la gran necesidad que había,  
mandó a su prevenida y pronta gente  
sacar cuanto en la góndola traía,  
repartiéndolo todo francamente  
por aquella hambrienta compañía,  
sin de nadie acetar solo un cabello,  
ni aun querer recibir las gracias dello.

Esforzados así desta manera,  
y también esforzada la esperanza,  
se comenzó a marchar por la ribera  
según nuestra costumbre, en ordenanza;  
y andada una gran legua, en la primera  
tierra que pareció cómoda estanza,  
cerca del agua, en reparado asiento  
hicimos el primer alojamiento.

No estaba nuestro campo aún asentado  
ni puestas en lugar las demás cosas,  
cuando de aquella parte y deste lado  
hendiendo por las aguas espumosas,  
cargadas de maíz, fruta y pescado  
arribaron piraguas presurosas,  
refrescando la gente desvalida,  
sin rescate, sin cuenta ni medida.

La sincera bondad y la caricia  
de la sencilla gente destas tierras

daban bien a entender que la codicia  
aún no había penetrado aquellas sierras;  
ni la maldad, el robo y la injusticia  
(alimento ordinario de las guerras)  
entrada en esta parte habían hallado  
ni la ley natural inficionado.

Pero luego nosotros, destruyendo  
todo lo que tocamos de pasada,  
con la usada insolencia el paso abriendo  
les dimos lugar ancho y ancha entrada;  
y la antigua costumbre corrompiendo,  
de los nuevos insultos estragada,  
plantó aquí la codicia su estandarte  
con más seguridad que en otra parte.

Pasada aquella noche, el día siguiente,  
la nueva por las islas estendida,  
llegados dos caciques juntamente  
a dar el parabién de la venida  
con un largo y espléndido presente  
de refrescos y cosas de comida  
y una lanuda oveja y dos vicuñas  
cazadas en la sierra a puras uñas.

Quedábanse suspensos y admirados  
de ver hombres así no conocidos,  
blancos, rubios, espesos y barbados,  
de lenguas diferentes y vestidos.

Miraban los caballos alentados  
en medio de la furia corregidos  
y más los espantaba el fiero estruendo  
del tiro de la pólvora estupendo.

Llevábamos el rumbo al sur derecho  
la torcida ribera costeando,  
siguiendo la derrota del Estrecho  
por los grados la tierra demarcando.  
Pero cuanto ganábamos de trecho,  
iba el gran arcipiélago ensanchado,  
descubriendo a distancias desviadas  
islas en grande número pobladas.

Salían muchos caciques al camino  
a vernos como a cosa milagrosa,  
pero ninguno tan escaso vino  
que no trujese en don alguna cosa:  
quién el vaso capaz de nácar fino,  
quién la piel del carnero vedijosa,  
quién el arco y carcaj, quién la bocina,  
quién la pintada concha peregrina.

Yo, que fui siempre amigo e inclinado  
a inquirir y saber lo no sabido,  
que por tantos trabajos arrastrado  
la fuerza de mi estrella me ha traído,  
de alguna gente moza acompañado  
en una presta góndola metido,

pasé a la principal isla cercana,  
al parecer de tierra y gente llana.

Vi los indios, y casas fabricadas  
de paredes humildes y techumbres,  
los árboles y plantas cultivadas,  
las frutas, las semillas y legumbres;  
noté dellos las cosas señaladas,  
los ritos, ceremonias y costumbres,  
el trato y ejercicio que tenían  
y la ley y obediencia en que vivían.

Entré en otras dos islas, paseando  
sus pobladas y fértiles orillas,  
otras fui torno a torno rodeando  
cercado de domésticas barquillas,  
de quien me iba por puntos informando  
de algunas nunca vistas maravillas,  
hasta que ya la noche y fresco viento  
me trujo a la ribera en salvamento.

Pues otro día que el campo caminaba,  
que de nuestro viaje fue el tercero,  
habiendo ya tres horas que marchaba  
hallamos por remate y fin postrero  
que el gran lago en el mar se desaguaba  
por un hondo y veloz desaguadero,  
que su corriente y ancha travesía  
el paso por allí nos impedía.

Cayó una gran tristeza, un gran nublado  
en el ánimo y rostro de la gente,  
viendo nuestro camino así atajado  
por el ancho raudal de la creciente;  
que los caballos de cabestro a nado  
no pudieran romper la gran corriente,  
ni la angosta piragua era bastante  
a comportar un peso semejante;  
y volver pues atrás, visto el terrible  
trabajo intolerable y excesivo,  
tenían según razón por imposible  
poder llegar en salvo un hombre vivo;  
quedar allí era cosa incompatible  
y temerario el ánimo y motivo  
de proseguir el comenzado curso  
contra toda opinión y buen discurso.

Viendo nuestra congoja y agonía  
un joven indio, al parecer ladino  
alegre se ofreció que nos daría  
para volver otro mejor camino;  
fue excesiva en algunos la alegría,  
y así dar vuelta luego nos convino,  
que ya el rígido invierno a los australes  
comenzaba a enviar recias señales.

Mas yo, que mis designios verdaderos  
eran de ver el fin desta jornada,  
con hasta diez amigos compañeros,  
gente gallarda, brava y arriscada,  
reforzando una barca de remeros  
pasé el gran brazo y agua arrebatada,  
llegando a zabordar, hechos pedazos,  
a puro remo y fuerza de los brazos.

Entramos en la tierra algo arenosa,  
sin lengua, y sin noticia, a la ventura,  
áspera al caminar y pedregosa,  
a trechos ocupada de espesura;  
mas visto que la empresa era dudosa  
y que pasar de allí sería locura,  
dimos la vuelta luego a la piragua,  
volviendo atravesar la furiosa agua.

Pero yo por cumplir el apetito  
que era poner el pie más adelante,  
fingiendo que marcaba aquel distrito,  
cosa al descubridor siempre importante,  
corrí una media milla do un escrito  
quise dejar para señal bastante,  
y en el tronco que vi de más grandeza  
escribí con un cuchillo en la corteza:  
Aquí llegó, donde otro no ha llegado,  
don Alonso de Ercilla, que el primero  
en un pequeño barco deslastrado,  
con solos diez pasó el desaguadero

el año de cincuenta y ocho entrado  
sobre mil y quinientos, por hebrero,  
a las dos de la tarde, el postrer día,  
volviendo a la dejada compañía.

Llegando, pues, al campo, que aguardando  
para partir nuestra venida estaba,  
que el riguroso invierno comenzando,  
la desierta campaña amenazaba,  
el indio amigo práctico guiando,  
la gente alegre el paso apresuraba,  
pareciendo el camino, aunque cerrado,  
fácil con la memoria del pasado.

Cumplió el bárbaro isleño la promesa  
que siempre en su opinión estuvo fijo,  
y por una encubierta selva espesa  
nos sacó de la tierra, como dijo.  
Voy pasando por esto a toda priesa,  
huyendo cuanto puedo el ser prolijo  
que aunque lo fueron mucho los trabajos,  
es menester echar por los atajos.

A la Imperial llegamos, do hospedados  
fuimos de los vecinos generosos  
y de varios manjares regalados  
hartamos los estómagos golosos.  
Visto, pues, en el pueblo así ayuntados  
tantos gallardos jóvenes briosos

se concertó una justa y desafío  
donde mostrase cada cual su brío.

Turbó la fiesta un caso no pensado  
y la celeridad del juez fue tanta,  
que estuve en el tapete, ya entregado  
al agudo cuchillo la garganta.  
El enorme delito exagerado  
la voz y fama pública le canta,  
que fue solo poner mano a la espada  
nunca sin gran razón desenvainada.

Este acontecimiento, este suceso  
fue forzosa ocasión de mi destierro,  
teniéndome después gran tiempo preso  
por remendar con éste el primer yerro;  
mas aunque así agraviado, no por eso  
(armado de paciencia y duro hierro)  
falté en alguna acción y correría  
sirviendo en la frontera noche y día.

Hubo allí escaramuzas sanguinosas,  
ordinarios rebatos y emboscadas,  
encuentros y refriegas peligrosas,  
asaltos y batallas aplazadas,  
raras estratagemas engañosas,  
astucias y cautelas nunca usadas,  
que aunque fueron en parte de provecho,  
algunas nos pusieron en estrecho.

Mas después del asalto y gran batalla  
de la albarrada de Quipeo temida,  
donde fue destrozada tanta malla  
y tanta sangre bárbara vertida,  
fortificado el sitio y la muralla,  
aceleré mi súbita partida;  
que el agravio, más fresco cada día,  
me estimulaba siempre y me roía.

Y en un grueso barcón, bajel de trato,  
que velas altas de partida estaba,  
salí de aquella tierra y reino ingrato  
que tanto afán y sangre me costaba;  
y sin contraste alguno ni rebato,  
con el austro que en popa nos soplaba,  
costa a costa y a veces engolfado  
llegué al Callao de Lima celebrado.

Estuve allí hasta tanto que la entrada  
por el gran Marañón hizo la gente,  
donde Lope de Aguirre en la jornada,  
más que Nerón y Herodes inclemente,  
pasó tantos amigos por la espada  
y a la querida hija juntamente,  
no por otra razón y causa alguna  
mas de para morir juntos a una.

Y aunque más de dos mil millas había  
de camino, por partes despoblado,

luego de allí por mar tomé la vía,  
a más larga carrera acostumbrado,  
y a Panamá llegué, do el mismo día  
la nueva por el aire había llegado  
del desbarate y muerte del tirano,  
saliendo mi trabajo y priesa en vano.

Estuve en Tierra Firme detenido  
por una enfermedad larga y estraña  
mas luego que me vi convalecido,  
tocando en las Terceras, vine a España,  
donde no mucho tiempo detenido,  
corrí la Francia, Italia y Alemaña,  
a Silesia, y Moravia hasta Posonia,  
ciudad, sobre el Danubio, de Panonia.

Pasé y volví a pasar estas regiones  
y otras y otras por ásperos caminos;  
traté y comuniqué varias naciones,  
viendo cosas y casos peregrinos,  
diferentes y estrañas condiciones,  
animales terrestres y marinos,  
tierras jamás del cielo rociadas,  
y otras a eterna lluvia condenadas.

¿Cómo me he divertido y voy apriesa  
del camino primero desviado?  
¿Por qué así me olvidé de la promesa  
y discurso de Arauco comenzado?

Quiero volver a la dejada empresa  
si no tenéis el gusto ya estragado;  
mas yo procuraré deciros cosas  
que valga por disculpa el ser gustosas.

Volveré a la consulta comenzada  
de aquellos capitanes señalados,  
que en la parte que dije diputada  
estaban diferentes y encontrados;  
contaré la elección tan porfiada,  
y cómo al fin quedaron conformados;  
los asaltos, encuentros y batallas,  
que es menester lugar para contallas.

¿Qué hago, en qué me ocupo, fatigando  
la trabajada mente y los sentidos,  
por las regiones últimas buscando  
guerras de ignotos indios escondidos  
y voy aquí en las armas tropezando,  
sintiendo retumbar en los oídos  
un áspero rumor y són de guerra  
y abrasarse en furor toda la tierra?

Veo toda la España alborotada  
envuelta entre sus armas vitoriosas,  
y la inquieta Francia ocasionada  
descoger sus banderas sospechosas;  
en la Italia y Germanía desviada  
siento tocar las cajas sonoras,

allegándose en todas las naciones,  
gentes, pertrechos, armas, municiones.

Para decir tan grande movimiento  
y el estrépito bélico y ruido  
es menester esfuerzo y nuevo aliento  
y ser de vos, Señor, favorecido;  
mas ya que el temerario atrevimiento  
en este grande golfo me ha metido,  
ayudado de vos, espero cierto  
llegar con mi cansada nave al puerto.

Que si mi estilo humilde y compostura  
me suspende la voz amedrentada,  
la materia promete y me asegura  
que con grata atención será escuchada.  
Y entre tanto, Señor, será cordura  
pues he de comenzar tan gran jornada,  
recoger el espíritu inquieto  
hasta que saque fuerzas del sujeto.

## Canto XXXVII

*En este último canto se trata cómo la guerra es de derecho de las gentes, y se declara el que el rey don Felipe tuvo al reino de Portugal, juntamente con los requerimientos que hizo a los portugueses para justificar más sus armas*

Canto el furor del pueblo castellano  
con ira justa y pretensión movido,  
y el derecho del reino lusitano  
a las sangrientas armas remitido.  
La paz, la unión, el vínculo christiano  
en rabiosa discordia convertido,  
las lanzas de una parte y otra airadas  
a los parientes pechos arrojadas.

La guerra fue del cielo derivada  
y en el linaje humano transferida,  
cuando fue por la fruta reservada  
nuestra naturaleza corrompida.  
Por la guerra la paz es conservada  
y la insolencia humana reprimida,  
por ella a veces Dios el mundo aflige,  
le castiga, le emienda y le corrige;

por ella a los rebeldes insolentes  
oprime la soberbia y los inclina,  
desbarata y derriba a los potentes  
y la ambición sin término termina;

la guerra es de derecho de las gentes  
y el orden militar y disciplina  
conserva la república y sostiene,  
y las leyes políticas mantiene.

Pero será la guerra injusta luego  
que del fin de la paz se desviare,  
o cuando por venganza o furor ciego,  
o fin particular se comenzare;  
pues ha de ser, si es público el sosiego,  
pública la razón que le turbare:  
no puede un miembro solo en ningún modo  
romper la paz y unión del cuerpo todo;  
que así como tenemos profesada  
una hermandad en Dios y ayuntamiento,  
tanto del mismo Christo encomendada  
en el último eterno Testamento,  
no puede ser de alguno desatada  
esta paz general y ligamiento,  
si no es por causa pública o querella  
y autoridad del rey defensor della.

Entonces como un ángel sin pecado,  
puesta en la causa universal la mira,  
puede tomar las armas el soldado  
y en su enemigo ejecutar la ira;  
y cuando algún respeto o fin privado  
le templa el brazo, encoge y le retira,  
demás de que en peligro pone el hecho,  
peca y ofende al público derecho.

Por donde en justa guerra permitida  
puede la airada vencedora gente  
herir, prender, matar en la rendida  
y hacer al libre, esclavo y obediente:  
que el que es señor y dueño de la vida,  
lo es ya de la persona y justamente  
hará lo que quisiere del vencido,  
que todo al vencedor le es concedido.

Y pues en todos tiempos y ocasiones  
por la causa común, sin cargo alguno,  
en batallas formadas y escuadrones  
puede usar de las armas cada uno,  
por las mismas legítimas razones  
es lícito el combate de uno a uno,  
a pie, a caballo, armado, desarmado,  
ora sea campo abierto, ora estacado.

En guerra justa es justo el desafío,  
la autoridad del príncipe interpuesta,  
bajo de cuya mano y señorío  
la ordenada república está puesta;  
mas si por caso propio o albedrío  
se denuncia el combate y se protesta,  
o sea provocador o provocado  
es ilícito, injusto y condenado,  
y los christianos príncipes no deben  
favorecer jamás ni dar licencia  
a condenadas armas que se mueven  
por odio, por venganza o competencia;

ni decidan las causas, ni se prueben  
remitiendo a las fuerzas la sentencia,  
pues por razón oculta a veces veo  
que sale vencedor el que fue reo.

Y el juicio de las armas sanguinoso  
justa y derechamente se condena,  
pues vemos el incierto fin dudoso,  
según la Suma Providencia ordena;  
que el suceso ora triste, ora dichoso  
no es quien hace la causa mala o buena,  
ni jamás la justicia en cosa alguna  
está sujeta a caso ni a fortuna.

Digo también que obligación no tiene  
de inquirir el soldado diligente  
si es lícita la guerra y si conviene  
o si se mueve injusta o justamente;  
que sólo al rey, que por razón le viene  
la obediencia y servicio de su gente  
como gobernador de la república,  
le toca examinar la causa pública.

Y pues del rey como cabeza pende  
el peso de la guerra y grave carga,  
y cuanto daño y mal della depende  
todo sobre sus hombros solo carga.  
Debe mucho mirar lo que pretende,  
y antes que dé al furor la rienda larga,

justificar sus armas prevenidas,  
no por codicia y ambición movidas.

Como Felipe en la ocasión presente,  
que de precisa obligación forzado,  
en favor de las leyes justamente  
las permitidas armas ha tomado;  
no fundando el derecho en ser potente  
ni de codicia de reinar llevado,  
pues se estiende su cetro y monarquía  
hasta donde remata el sol su vía.

Mas de ambición desnudo y avaricia  
(que a los sanos corrompe y inficiona),  
llamado del derecho y la justicia  
contra el rebelde reino va en persona;  
y a despecho y pesar de la malicia  
que le niega y le impide la corona,  
quiere abrir y allanar con mano armada  
a la razón la defendida entrada.

Y aunque con justa indignación movido,  
sus fuerzas y poder disimulando  
detiene el brazo en alto suspendido,  
el remedio de sangre dilatando;  
y con prudencia y ánimo sufrido  
su espada y pretensión justificando  
quebrantará después con aspereza  
del contumaz rebelde la dureza.

Oprimirá con fuerza y mano airada  
la soberbia cerviz de los traidores,  
despedazando la pujante armada  
de los galos piratas valedores;  
y con rigor y furia disculpada,  
como hombres de la paz perturbadores,  
muerto Felipe Strozi su caudillo,  
serán todos pasados a cuchillo.

No manchará esta sangre su clemencia,  
sangre de gente pérfida enemiga,  
que si el delito es grave y la insolencia,  
clemente es y piadoso el que castiga.  
Perdonar la maldad es dar licencia  
para que luego otra mayor se siga;  
cruel es quien perdona a todos todo,  
como el que no perdona en ningún modo.

Que no está en perdonar el ser clemente  
si conviene el rigor y es importante,  
que el que ataja y castiga el mal presente  
huye de ser cruel para adelante.  
Quien la maldad no evita, la consiente,  
y se puede llamar participante  
y el que a los malos públicos perdona  
la república estraga e inficiona.

No quiero yo decir que no es gran cosa  
la clemencia, virtud inestimable,

que el perdonar vitoria es gloriosa,  
y en el más poderoso más loable;  
pero la paz común tan provechosa  
no puede sin justicia ser durable,  
que el premio y el castigo a tiempo usados  
sustentan las repúblicas y estados.

Y no todo el exceso y mal que hubiere  
se puede remediar ni se castiga,  
que el tiempo a veces y ocasión requiere  
que todo no se apure ni se siga;  
príncipe que saberlo todo quiere  
sepa que a perdonar mucho se obliga:  
que es medicina fuerte y rigurosa  
descarnar hasta el hueso cualquier cosa.

La clemencia a los mismos enemigos  
aplaca el odio y ánimo indignado,  
engendra devoción, produce amigos,  
y atrae el amor del pueblo aficionado;  
que el continuo rigor en los castigos  
hace al príncipe odioso y defamado:  
oficio es propio y propio de los reyes  
embotar el cuchillo de las leyes.

Y se puede decir que no importara  
disimular los males ya pasados  
si dello ánimo el malo no tomara  
para nuevos insultos y pecados;

el miedo del castigo es cosa clara  
que reprime los ánimos dañados  
y el ver al malhechor puesto en el palo,  
corrige la maldad y emienda al malo.

Mas también el castigo no se haga  
como el indocto y crudo cirujano  
que siendo leve el mal, poca la llaga,  
mete los filos mucho por lo sano,  
y con el enconoso hierro estraga  
lo que sanara sin tocar la mano;  
que no es buena la cura y experiencia  
si es más recia y peor que la dolencia.

Quiérome declarar, que algún curioso  
dirá que aquí y allí me contradigo:  
virtud es castigar cuando es forzoso  
y necesario el público castigo;  
virtud es perdonar el poderoso  
la ofensa del ingrato y enemigo  
cuando es particular, o que se entienda  
que puede sin castigo haber emienda.

Voime de punto en punto divirtiendo,  
y el tiempo es corto y la materia larga,  
en lugar de aliviarme, recibiendo  
en mis cansados hombros mayor carga;  
así de aquí adelante resumiendo  
lo que menos importa y mas me carga,

quiero volver a Portugal la pluma,  
haciendo aquí un compendio y breve suma.

¿Qué es esto, ¡oh lusitanos!, que engañados  
contraponéis el obstinado pecho  
y con armas y brazos condenados  
queréis violar las leyes y el derecho?  
¡Qué! ¿No mueve esos ánimos dañados  
la paz común y público provecho,  
el deudo, religión, naturaleza,  
el poder de Felipe y la grandeza?

Mirad con qué largueza os ha ofrecido  
hacienda, libertades y esenciones,  
no a término forzoso reducido,  
mas con formado campo y escuadrones;  
y casi murmurando, ha detenido  
las armas, convenciéndoos con razones,  
cual padre que reduce por clemencia  
al hijo inobediente a la obediencia.

¿Qué ciega pretensión, qué embaucamiento,  
qué pasión pertinaz desatinada  
saca así la razón tan de su asiento,  
y tiene vuestra mente trastornada,  
que una unida nación por sacramento  
y con la cruz de Christo señalada,  
envuelta en crueles armas homicidas,  
dé en sus propias entrañas las heridas,

y unas mismas divisas y banderas  
salgan de alojamientos diferentes,  
trayendo mil naciones extranjeras  
que derraman la sangre de inocentes  
y introducen errores y maneras  
de pegajosos vicios insolentes,  
dejando con su peste derramada  
la católica España inficionada?

A vos, Eterno Padre Soberano,  
el favor necesario y gracia pido  
y os suplico queráis mover mi mano  
pues en vos y por vos todo es movido,  
para que al portugués y al castellano  
dé justamente lo que le es debido,  
sin que me tuerza y saque de lo justo  
particular respeto ni otro gusto.

Y pues Vos conocéis los corazones  
y el justo celo con que el mío se mueve,  
y en los buenos propósitos y acciones  
el principio tenéis y el fin se os debe,  
dadme espíritu igual, dadme razones  
con que informe mi pluma que se atreve  
a emprender (temeraria y arrojada)  
con tan poco caudal tan gran jornada.

Queriendo Sebastián, rey lusitano,  
con ardor juvenil y movimiento

romper el ancho término africano  
y oprimir el pagano atrevimiento,  
prometiéndole entrada y paso llano  
su altivo y levantado pensamiento,  
allegó de aquel reino brevemente  
la riqueza, poder, la fuerza y gente.

Mas el Rey don Felipe, que al sobrino  
vio moverse a la empresa tan ligero,  
el errado designio contravino  
con consejo de padre verdadero;  
y pensando apartarle del camino  
que iba a dar a tan gran despeñadero,  
hizo que en Guadalupe se juntasen  
para que allí sobre ello platicasen.

No bastaron razones suficientes  
ni el ruego y persuasión del grave tío,  
ni una gran multitud de inconvenientes  
que pudieran volver atrás un río,  
ni el poner la cerviz de tantas gentes  
bajo de un solo golpe al albedrío  
de la inconstante y variable diosa,  
de revolver el mundo deseosa,  
que el orgulloso mozo, prometiendo  
lo que el justo temor dificultaba,  
los prudentes discursos rebatiendo,  
todos los contrapuestos tropellaba,  
y tras la libre voluntad corriendo  
su muerte y perdición apresuraba,

que no basta consejo ni advertencia  
contra el decreto y la fatal sentencia.

¿Quién cantará el suceso lamentable  
aunque tenga la voz más expedida  
y aquel sangriento fin tan miserable  
de la jornada y gente mal regida,  
la ruina de un reino irreparable,  
la fama antigua en sólo un día perdida,  
todo por voluntad de un mozo ardiente,  
movido sin razón por accidente?

Otro refiera el aciago día,  
que a los más tristes en miseria excede,  
que aunque sangrienta está la pluma mía,  
correr por tantas lástimas no puede.  
Quiero seguir la comenzada vía,  
si el alto cielo aliento me concede,  
que ya de aquesta parte también siento  
armarse un gran ñublado turbulento.

Después que el mozo Rey voluntarioso  
al africano ejército asaltando,  
en el ciego tumulto polvoroso  
murió en montón confuso peleando,  
y la fortuna de un vaivén furioso  
derrocó cuatro reyes, ahogando

la fama y opinión de tanta gente,  
revolviendo las armas del Poniente,

fue luego en Portugal por rey jurado  
don Enrique, el hermano del agüelo  
Cardenal y presbítero ordenado,  
persona religiosa y de gran celo,  
de años y enfermedades agravado,  
más que para este mundo para el cielo,  
ofreciéndole el reino la fortuna,  
con poca vida y sucesión ninguna.

El gran Felipe, en lo íntimo sintiendo  
del reino y muerto Rey la desventura,  
y del enfermo don Enrique viendo  
la mucha edad y vida mal segura,  
como sobrino y sucesor, queriendo  
aclarar su derecho en coyuntura,  
que por la transversal propincua vía  
a los reyes y títulos tenía,

con celosa y loable providencia  
hizo juntar doctísimos varones  
de grande christiandad y suficiencia,  
desnudos de interese y pretensiones,  
que conforme a derecho y a conciencia,  
no por torcidas vías y razones,  
mirasen en el grado que él estaba  
si el pretendido reino le tocaba.

Que doña Catalina, como parte,  
Duquesa de Verganza, pretendía  
por hija del infante don Duarte  
que de derecho el reino le venía;  
y también don Antonio de otra parte  
a la corona y cetro se oponía;  
mas aunque del común favorecido,  
era por no legítimo escluido;

y que hecho el examen, cada uno,  
a tan arduo negocio conveniente,  
sin miramiento ni respeto alguno  
diesen sus pareceres libremente;  
porque en tiempo quieto y oportuno,  
prevenido al mayor inconveniente,  
si el reino a la razón no se allanase,  
sus armas y poder justificase.

Todos los cuales claramente viendo  
que el transversal por ley y fuero llano  
no representa al padre, sucediendo  
el legítimo deudo más cercano,  
el varón a la hembra prefiriendo,  
y al de menos edad el más anciano,  
yendo la sucesión y precedencia  
por derecho de sangre y no de herencia,

don Antonio escluido y apartado  
por ley humana y por razón divina,

y el derecho igualmente examinado  
de don Felipe y doña Catalina  
decendientes del tronco en igual grado,  
él sobrino de Enrique, ella sobrina,  
él varón, ella hembra, él rey temido,  
mayor de edad y de mayor nacido,

atento al fuero, a la costumbre, al hecho  
y otras muchas razones que juntaron  
con recto, justo, igual y sano pecho,  
sin discrepar, conformes declararon  
ser don Felipe sucesor derecho  
y el reino por la ley le adjudicaron  
con tierras, mares, títulos y estados  
bajo de la corona conquistados.

Vista, pues, don Felipe su justicia  
por tan bastantes hombres declarada,  
sospechoso del odio y la malicia  
de la plebeya gente libertada,  
y la intrínseca y vieja inimicicia  
en los pechos de muchos arraigada,  
quiso tentar en estas novedades  
el ánimo del pueblo y voluntades.

Y con piadoso celo, deseando  
el bien del reino y público sosiego,  
en la mente perpleja iba trazando  
cómo echar agua al encendido fuego,

por todos los caminos procurando  
aquietar el común desasosiego,  
que ya con libertad, sin corregirse  
comenzaba en el pueblo a descubrirse.

Para lo cual fue dél luego elegido  
don Christóbal de Mora, en quien había  
tantas y tales partes conocido  
cuales el gran negocio requería:  
de ilustre sangre en Portugal nacido  
de quien como vasallo el Rey podría  
con ánimo seguro y esperanza  
hacer también la misma confianza,

y enterarse del celo y sano intento  
tantas veces por él representado,  
entendiendo la fuerza y fundamento  
de su causa y derecho declarado;  
no traído por término violento  
ni deseo de reinar desordenado  
mas por rigor de la justicia pura,  
por ley, razón, por fuero y por natura.

Así que esto por él reconocido  
como de rey tan justo se esperaba,  
mirase el gran peligro en que metido  
el patrio reino y christiandad estaba;  
y tuviese por bien fuese servido  
de sosegar la alteración que andaba,

declarándole en forma conveniente  
por sucesor derecha y justamente.

Con que en el suelto pueblo cesaría  
el tumulto y escándalos estraños,  
y su declaración atajaría  
grandes insultos y esperados daños,  
haciendo que en la forma que solía,  
para después de sus felices años,  
el reino le jurase según fuero,  
por legítimo príncipe heredero.

Hecha por don Christóbal la embajada  
y de Felipe la intención propuesta,  
tibiamente de Enrique fue escuchada,  
dando una ambigua y frívola respuesta,  
que por más que le fue representada  
la justicia del Rey tan manifiesta,  
procuraba con causas escusarse  
sin querella aclarar ni declararse.

Visto, pues, dilatar el cumplimiento  
de negocio tan arduo e importante,  
por donde el popular atrevimiento  
iba, cobrando fuerzas, adelante,  
don Felipe envió con nuevo asiento  
largo poder y comisión bastante  
para sacar resolución alguna  
a don Pedro Girón, duque de Osuna,

y al docto Guardiola juntamente,  
porque con más instancia y diligencia,  
vista de la tardanza el daño urgente  
contra la paz común y convenencia,  
diesen claro a entender cuán conveniente  
era en tan gran discordia y diferencia,  
que el rey se declarase por decreto,  
cortando a mil designios el sujeto.

Y porque cosa alguna no quedase  
por hacer y tentar todos los vados,  
y la ciega pasión no perturbase  
el sosiego y quietud de los estados,  
antes que el odio oculto reventase,  
dos eminentes hombres señalados  
de los que en su Real Consejo había  
últimamente a don Enrique envía:

uno Rodrigo Vázquez, que en prudencia,  
en rectitud, estudio y disciplina  
era de grande prueba y experiencia,  
de claro juicio y singular dotrina;  
el otro de no menos suficiencia,  
famoso en letras, el doctor Molina,  
ambos varones raros, escogidos,  
en gran figura y opinión tenidos;

para que Enrique, dellos informado,  
y de todas las dudas satisfecho,

a las Cortes que ya se habían juntado  
informasen también de su derecho,  
y al pueblo contumaz y apasionado,  
puesto delante el general provecho,  
fueros y libertades prometiesen  
con que a su devoción le redujesen.

Y aunque entendiese el viejo Rey prudente  
ser esto lo que a todos convenía,  
pues por la espresa ley derechamente  
el reino a su sobrino le venía,  
con larga dilación impertinente  
el negocio suspenso entretenía,  
a fin que aquellos súbditos y estados  
fuesen con más ventaja aprovechados.

Pues como hubiese el tardo Rey dudoso  
el término y respuesta diferido,  
llegó aquél de la muerte presuroso,  
del Autor de la vida estatuido:  
por donde al sucesor le fue forzoso  
viendo al rebelde pueblo endurecido,  
juntar contra sus fines y malicia  
las armas, y el poder con la justicia,

habiendo antes con todos procurado  
muchos medios de paz por él movidos,  
provocando al temoso y porfiado  
con dádivas, promesas y partidos;

mas el poblacho terco y obstinado,  
no estimando los bienes ofrecidos,  
la enemistad del todo descubierta,  
al derecho y razón cerró la puerta.

¡Quién pudiera deciros tantas cosas  
como aquí se me van representando:  
tanto rumor de trompas sonoras,  
tanto estandarte al viento tremolando  
las prevenidas armas sanguinosas  
del portugués y castellano bando,  
el aparato y máquinas de guerra,  
las batallas de mar y las de tierra!

Veránse entre las armas y fiereza  
materias de derecho y de justicia,  
ejemplos de clemencia y de grandeza,  
proterva y contumaz enemicia,  
liberal y magnánima largueza  
que los sacos hinchó de la codicia,  
y otros matices vivos y colores  
que felices harán los escritores.

Canten de hoy más los que tuvieren vena,  
y enriquezcan su verso numeroso  
pues Felipe les da materia llena  
y un campo abierto, fértil y espacioso:  
que la ocasión dichosa y suerte buena  
vale más que el trabajo infrutuoso,

trabajo infructuoso como el mío,  
que siempre ha dado en seco y en vacío.

¡Cuántas tierras corrí, cuántas naciones  
hacia al helado norte atravesando,  
y en las bajas antárticas regiones  
el antípoda ignoto conquistando!  
Climas pasé, mudé constelaciones  
golfos innavegables navegando,  
estendiendo, Señor, vuestra corona  
hasta casi la austral frígida zona.

¿Qué jornadas también por mar y tierra  
habéis hecho que deje de seguiros?  
A Italia, Augusta, a Flandes, a Inglaterra,  
cuando el reino por rey vino a pedirnos;  
de allí el furioso estruendo de la guerra  
al Pirú me llevó por más serviros,  
do con suelto furor tantas espadas  
estaban contra vos desenvainadas.

Y el rebelde indiano castigado  
y el reino a la obediencia reducido,  
pasé al remoto Arauco, que alterado  
había del cuello el yugo sacudido,  
y con prolija guerra sojuzgado  
y al odioso dominio sometido,  
seguí luego adelante las conquistas  
de las últimas tierras nunca vistas.

Dejo por no cansaros y ser míos,  
los inmensos trabajos padecidos,  
la sed, hambre, calores y los fríos,  
la falta irremediable de vestidos;  
los montes que pasé, los grandes ríos,  
los yermos despoblados no rompidos,  
riesgos, peligros, trances y fortunas  
que aún son para contadas importunas.

Ni digo cómo al fin por accidente  
del mozo capitán acelerado,  
fui sacado a la plaza injustamente  
a ser públicamente degollado;  
ni la larga prisión impertinente  
do estuve tan sin culpa molestado  
ni mil otras miserias de otra suerte,  
de comportar más graves que la muerte.

Y aunque la voluntad, nunca cansada,  
está para serviros hoy más viva,  
desmaya la esperanza quebrantada  
viéndome proejar siempre agua arriba.  
Y al cabo de tan larga y gran jornada  
hallo que mi cansado barco arriba  
y de la adversa fortuna contrastado  
lejos del fin y puerto deseado.

Mas ya que de mi estrella la porfía  
me tenga así arrojado y abatido,

verán al fin que por derecha vía  
la carrera difícil he corrido;  
y aunque más inste la desdicha mía,  
el premio está en haberle merecido  
y las honras consisten, no en tenerlas,  
sino en sólo arribar a merecerlas.

Que el disfavor cobarde que me tiene  
arrinconado en la miseria suma,  
me suspende la mano y la detiene  
haciéndome que pare aquí la pluma.  
Así doy punto en esto pues conviene  
para la grande innumerable suma  
de vuestros hechos y altos pensamientos  
otro ingenio, otra voz y otros acentos.

Y pues del fin y término postrero  
no puede andar muy lejos ya mi nave,  
y el tímido y dudoso paradero  
el más sabio piloto no le sabe,  
considerando el corto plazo, quiero  
acabar de vivir antes que acabe  
el curso incierto de la incierta vida,  
tantos años errada y distraída.

Que aunque esto haya tardado de mi parte  
y a reducirme a lo postrero aguarde,  
sé bien que en todo tiempo y toda parte  
para volverse a Dios jamás es tarde;

que nunca su clemencia usó de arte  
y así el gran pecador no se acobarde,  
pues tiene un Dios tan bueno, cuyo oficio  
es olvidar la ofensa y no el servicio.

Y yo que tan sin rienda al mundo he dado  
el tiempo de mi vida más florido,  
y, siempre por camino despeñado  
mis vanas esperanzas he seguido,  
visto ya el poco fruto que he sacado  
y lo mucho que a Dios tengo ofendido,  
conociendo mi error, de aquí adelante  
será razón que llore y que no cante.

FIN DE LA TERCERA PARTE DE LA ARAUCANA

## **Tabla de las cosas más notables desta Tercera parte de La Araucana**

### A

Asalto al fuerte de los españoles en el valle de Tucapel XXXI, 45  
Andresillo, indio yanacona de los españoles, descubre al capitán Reynoso el trato doble XXXI, 5  
Andresillo entra con Pran, soldado de Caupolicán, en el fuerte XXXI, 26

### C

Caupolicán envía a Pran por espía al alojamiento español XXX, 43  
Caupolicán habla con Andresillo sobre el dar el asalto al fuerte XXXI, 12  
Confederación de Rengo y Tucapel XXX, 23  
Caupolicán, roto, deshace el ejército y se reduce a andar privadamente XXXII, 24  
Confesión de Caupolicán y habla que hizo a Reynoso XXXIV, 5

### D

Derecho del rey don Felipe al reino de Portugal y justificación de sus armas XXXVII, 14  
Don Alonso de Ercilla halla a Millalauca, mujer principal mal

herida XXXII, 32

Desafíos condenados por todas leyes XXX, 1

Don Alonso de Ercilla cuenta la historia de la reina Dido XXXII,  
54

Dido lanza en el mar los sacos de arena XXXII, 80

F

Fin del combate de Tucapel y Rengo XXX, 7

Fundación de Cartago por la reina Dido XXXII, 5

H

Huye Dido de su hermano Pigmaleón XXXII, 70

Hazaña, aunque bárbara, de Fresia, mujer de Caupolicán XXXIII,  
76

J

Junta de los caciques a la elección de General XXXIV, 38

L

Lamentación de Dido sobre las cenizas de Sicheo XXXII, 59

La guerra es de derecho de las gentes XXXVII, 7

M

Muerte de Caupolicán XXXIV, 19

Muévese el rey don Felipe contra los rebeldes de Portugal  
XXXVII, 61

Muerte de Pran XXXII, 15

Muerte de Dido XXIII, 51

P

Alonso de Ercilla

---

Pran se descubre a Andresillo, yanacona de los españoles XXX, 49

Prisión de Caupolicán XXXIII, 78

R

Razonamiento de Caupolicán junto al palo XXXIV, 25

Razonamiento de Pran a Andresillo XXX, 50

Respuesta de Andresillo a Caupolicán en que le promete ayuda XXXI, 21

Razonamiento de los embajadores de Cartago XXXIII, 21

Respuesta de Dido a la embajada de Yarbas XXXIII, 28

Razón por qué los desafíos son condenados XXX, 1

Razonamiento de Dido a los ministros de su hermano XXXII, 84

FIN DE LA TABLA